

Las corrientes que riegan los cielos

Descripción teológico–narrativa a través del misterio de la Santísima Trinidad.
Un recorrido subjetivo alrededor de las Tres Personas.



J.A
Forteza

Editorial Dos latidos

© Copyright José Antonio Fortea Cucurull

Título: Las corrientes que riegan los cielos

Todos los derechos reservados

fort939@gmail.com

Editorial Dos Latidos

Benasque, España

Publicación en formato electrónico en septiembre de 2016

www.fortea.ws

Versión para tablet

versión 3.2

Las corrientes que riegan los cielos

Descripción teológico–narrativa a través del misterio de la Santísima Trinidad.
Un recorrido subjetivo alrededor de las Tres Personas.



José Antonio Fortea

Índice

Prólogo 1

Atrio 4

En la cripta 14



Yo soy Dios 18

Yo soy el Hijo de Dios 39

Yo soy el Hábito Santo 52

Yo soy Uno 67



Bajo el cielo de hierro 84

Andando por tierra de lobos 105

Bajo el primer velo 115

Bajo un cielo edénico 140



Bajo el cielo de la guerra 155

Bajo el ardiente sol de agosto 167

Llegando al final del camino 196

Prólogo

.....
ID Y HACED DISCÍPULOS DE TODAS LAS NACIONES,
BAUTIZÁNDOLOS EN EL NOMBRE DEL PADRE
Y DEL HIJO Y DEL ESPÍRITU SANTO.

Mateo 28, 19

Un fresco sobre la Santísima Trinidad, eso y no otra cosa es lo que he pretendido con esta obra. Describir visualmente a la Trinidad Suprema. Este libro desearía ser como una Capilla Sixtina en cuya entera superficie con horas y desvelo he pintado a las Tres Personas: un gran fresco con la Trinidad como tema. Deseaba delinear yo humildemente con palabras lo que Miguel Ángel trazó magistralmente con pintura.

Al hablar de pintura y de un libro visual que nadie se engañe, ésta no es una obra de divulgación. He escogido la técnica del fresco para intentar expresar el Misterio más profundo. Albert Einstein decía que no comprendía una cosa hasta que podía dibujarla. Mi propósito con estas páginas es traducir a imágenes la teología, pintar lo invisible. Párrafos y más párrafos de teología abstracta no hubieran podido expresar de igual manera la vida de la Trinidad. Éste es un libro de teología, de teología narrativa.

Pero algo es importante dejarlo claro desde el principio, este libro no es fruto de ninguna revelación, ni mía ni de otros. Estas páginas son teología y sólo teología, teología hecha narración.

No me gustaría que alguien comience a leer esta obra con aprensión desde la primera página, repitiéndose una y otra vez:

Dios es invisible, el autor está empequeñeciendo el misterio. Soy perfectamente consciente de que Dios es invisible e inefable. Ya sé que ninguna imagen puede contener al Altísimo. Pero Dios es el primero que ha usado esas analogías sin escrúpulo alguno en las páginas que Él mismo escribió. Dios no es una zarza ardiente ni el Espíritu Santo una paloma. El Señor no sólo ha usado analogías visuales en las Escrituras, sino que Él mismo se ha manifestado, en muchas ocasiones, de un modo visual.

Así que a los lectores-inquisidores les pediría que no fueran más duros conmigo que con Dios. Este libro es como una gran y extensa parábola y así hay que leerlo.

Puesto que las primeras dos páginas que he escrito de esta obra han sido éstas del prólogo, pido a los ángeles que me inspiren en mi trabajo. A ver si logro algo que sea un poco digno de lo que voy a tratar de explicar. Qué maravillosa sería una lectura en la que recorrer un libro fuese un peregrinaje a través de Dios.

Por encima de la bóveda que estaba sobre sus cabezas, había algo como una piedra de zafiro en forma de trono, y sobre esta forma de trono, por encima, en lo más alto, una figura de apariencia humana. Vi luego como el fulgor del electro, algo como un fuego envoltura, todo lo que parecían para arriba; y parecían ser sus caderas para abajo, vi algo como fuego que producía un resplandor en torno, con el aspecto del arco iris que aparece en las nubes los días de lluvia: tal era el aspecto de este resplandor, todo en torno. Era algo como la forma de la gloria de Yahveh. A su vista caí rostro en tierra y oí una voz que hablaba.



que formaba una alrededor, desde ser sus caderas desde lo que caderas para

ezequiel 1, 26–28

Atrio

¿POR QUÉ NOS DEJA NACER DIOS
SI EN LA VIDA SÓLO VAMOS A SUFRIR?

Job 3, 20



1 de junio de 1936

Con mis dedos llenos de tedio toco desanimado el terciopelo raído del sillón. Derrumbado moralmente, ésa es la definición mejor que puedo dar de mi ánimo en este momento. Soy un pobre hombre de más de cincuenta años. Cincuenta y seis, cómo pasa el tiempo. Son las cinco de la tarde. Qué lento pasa un día de calor agobiante como éste. El verano no ha hecho más que empezar. Calor opresivo en la calle y asfixiante en este ático.

Me toco el pelo, consciente de que ya todo son canas. No sé por qué me compongo el cabello. Nada me lo ha despeinado. Cuando por la mañana me miro en el espejo, el reflejo me muestra a alguien más viejo que lo que indica mi edad. Al menos, por la mañana, hace un poco más de fresco. Paseo mis ojos cansados por el salón de la casa. Por todos lados veo pobreza, hasta ahora digna, pero desde hace un mes desesperada.

Este ático de paredes pintadas de blanco hace muchos años, apenas sin muebles, cuenta sólo con tres pequeñas piezas: una habitación que hace las veces de salón de estar, una alcoba y una cocina. Mientras vivieron sus padres, agricultores arrendados,

dormí en ese saloncito. Saloncito durante el día, dormitorio por la noche. El retrete, común para toda la escalera, se encuentra fuera de la casa; pero, al menos, se halla en este rellano.

No quiero volver a llorar hoy. La gente se dirigía a mí con respeto: Don Argemiro. Fui sacerdote en esta ciudad de Alcalá de Henares. Qué triste es recordar todo eso. Y lo hago varias veces al día desde hace medio año. Seis meses. Seis largos meses interminables. Me parece mentira que fuera expulsado del estado clerical con todos los deshones posibles hace sólo medio año. En verdad que me parece que ha sido toda una vida lo que ha transcurrido.

Acusado de hechos que nunca cometí, de nada me valió protestar que todo era falso. Las transgresiones que se presentaron en mi contra eran gravísimas, robo incluido. Yo sabía que aquello era mentira, pero no me creyeron. No me creyeron. Les creyeron a ellos.

En mi proceso canónico el hecho sustancial que más pesó fue la enemistad acérrima con el arcipreste de la ciudad, don Antonio. Nunca entendí el por qué de ese odio, pero lo cierto es que había sido una aversión sin piedad por más de veinte años. Aversión por su parte. Yo, en toda ocasión, fui correcto con él. A don Antonio siempre se le había revuelto el estómago cada vez que me veía. Parece ser que todo había comenzado cuando alguien había susurrado al oído del agrio arcipreste que yo, recién llegado a la ciudad, iba infundiendo especies acerca de él.

¿Alguien se encargó de cebar esa hoguera con regularidad o bastó prender el fuego para que éste ya se alimentara por sí mismo? Nunca lo supe. En los años pasados había habido entre él y yo palabras afiladas como navajas, pero todo se había mantenido guardando las formas. Nunca le falté al respeto. Siempre me mantuve en el terreno de la corrección. Él nunca

ocultó su mirada torva, pero tampoco fue más allá. Ahora el arcipreste, sin haber hecho nada, veía satisfecho su deseo de que alguien tan indigno del sacerdocio como yo fuera apartado de él.

Mi viejo adversario, sin duda, no ha sentido el más mínimo remordimiento, porque yo, el sentenciado, me lo merecía. *Más vale expulsarlo tarde que nunca*, había comentado en la sacristía de la Iglesia Magistral al resto de canónigos. Unos asintieron en silencio, otros no estaban de acuerdo. Pero nadie me defendió. No les culpo, no hubiera servido de nada. Como él siempre repetía abriendo las manos y encogiéndose de hombros: *Ha habido un juicio canónico*.

Yo, don Argemiro, el pobre coadjutor de la parroquia de Santa María, me vi echado a la calle, sin poder ejercer ya nunca más de sacerdote. Con expresa prohibición, en el decreto arzobispal, de ingresar en monasterio alguno.

En vano intenté hablar con el arzobispo. Su secretario le excusó con exquisitos modales, alegando que estaba muy ocupado y que mi caso ya había sido cerrado. *Tuvo, usted, la posibilidad de dar su versión de los hechos, lo hizo y ya hay veredicto*, fueron las cansadas palabras del secretario la última vez.

Tampoco el nuncio me recibió. El secretario del nuncio, con su voz aguda y sus movimientos exquisitos, me animó con una amable palmadita en la espalda a que aceptara su nueva situación: *Resignación, resignación*. En el último intento de pedir audiencia, tuve que quedarme en el portón de la entrada, el criado ni me hizo pasar a la antesala del secretario.

Aceptar la nueva situación. Me había entregado totalmente al servicio de Dios. Si hubiera sido expulsado más joven, habría podido buscar trabajo y empezar una nueva vida. Pero ahora, a los

cincuenta y seis años, ¿en qué puedo trabajar para ganarme la vida? Como escribiente no: si leo mucho rato, noto que se me nubla la vista. Puedo escribir, pero sólo con frecuentes descansos. Mi cuerpo tampoco me permitía aceptar trabajos físicos en los que hubiera que cargar con pesos, padezco de una ciática que se acrecienta con los años y que amenaza con ser alguna lesión mayor de espalda. Dos años antes me habían diagnosticado diabetes. Ése era el origen irresoluble de esa progresiva pérdida de visión.

El decreto firmado y sellado del arzobispo lo guardo en ese cajón del armario. Pero el azúcar en mi sangre también es otra sentencia que guardo en los cajones de mi cuerpo. Una sentencia sobre otra. Un decreto sobre otro decreto. Hago cuentas. Bien me pueden quedar diez años en la oscuridad, antes de sumergirme en otra oscuridad.

El arcipreste, la última vez que se dignó recibirme, me exigió que abandonara la ciudad: *Es lo mejor que puedes hacer dada... tu situación*. Con mucha brevedad, porque me dijo que tenía prisa, me explicó que era un escándalo que viviese en la misma ciudad donde había ejercido mis sagradas funciones: *Ten, al menos, un poco de dignidad*.

Y me miró de arriba abajo. Llevaba chaqueta de pana marrón y pantalones negros, una camisa blanca y estoy seguro de que sin darme cuenta yo apretaba nervioso la boina en mis manos. El desprecio surgió en los ojos que me escrutaban, lo noté. Desprecio en el que no faltaban unas gotas de satisfacción.

Le expliqué que en la ciudad, al menos, tenía una vivienda. Fuera de Alcalá de Henares no tengo ni familia ni lugar donde vivir. *No tengo donde caerme muerto*.

–Pues debes marcharte, porque aquí voy a dar instrucciones de que no te ayude ningún convento ni párroco. Lo hago por el bien del ministerio. Vas a ser el hazmerreír de la gente.

–Pero... ¿cómo puedes hacerme eso?

–¿Es que no entiendes que secularizado no puedes deambular por una ciudad tan pequeña como ésta? –me interrumpió.

Humillado, pero deseoso de someterme, cedí:

–Si la archidiócesis me otorgase una vivienda en Madrid, me trasladaría.

–Por supuesto que no. Después de tantos años haciendo daño a la Iglesia, ahora quieres que te pongamos un piso. ¡Ya lo que faltaba!

–¿Quieres que viva en la calle?

–Hay hospitales de beneficencia para personas sin casa.

–Teniendo mi propio hogar, pobre pero mío, ¿quieres que vaya a un dormitorio común de indigentes?

–Vende tu piso y compra otro en Madrid.

–Si lo vendo, no tengo suficiente para comprar nada.

–Pues alquila una habitación.

–¿Y cuando se me acaben los duros?

El arcipreste le miró con dureza:

–Eso no es cosa mía.

Salí destrozado del Palacio Arzobispal. Pero don Antonio no había hablado en vano: en los meses siguientes comprobé que ningún convento me ayudaba ni siquiera con un poco de sopa o unos huevos.

Mis amigos... sucedió lo que cabía esperar. Tras la sentencia eclesiástica los perdí de golpe. Eran personas muy religiosas. *¿Quién lo iba a decir?*, comentaron entre ellos. *¡Qué chasco!*, como si hubieran sido seducidos por mi falsa apariencia de buen sacerdote. *¡Qué engañados nos tenía!*

El único amigo que me quedó me ayudó gustosísimo los tres primeros meses. Después, como mucho me daba un duro. Poco a poco, él también se fue alejando de mi trato. Sin duda, avergonzado de no poder seguir ayudándome. Busqué trabajo por todas partes. Pero a mi edad, con la vista cada vez peor y sin poder cargar con pesos, no era fácil. Logré alguna cosa por unos pocos días. Pero nada fijo. No conseguí ni el puesto de barrendero municipal, cuando hubo una baja.

Yo iba muchas veces a rezar ante el sagrario del altar mayor de la Iglesia Magistral, la gran colegiata de la ciudad. A los prebendados que pasaban y que me veían arrodillado allí, no les gustaba. Dado que mi historia era conocida, *debería tener un poco más de vergüenza*, comentaban dos colegas míos meneando la cabeza. Pero yo, el antiguo don Argemiro, necesito orar, aquietar mi espíritu, ser consolado. La colegiata al ser más grande, al tener más recodos y ser más oscura, me ofrece mayor intimidad. Era más fácil sentarse en un rincón discreto y rezar, buscando consolación.

Seguí manteniendo la misma vida de oración que tenía cuando era coadjutor. Mi indumentaria era la de un laico tal como preceptuaba la sentencia. Mi atuendo no varía, porque sólo tengo la chaqueta de pana gruesa que llevo cuando salgo. Todavía

recuerdo el día que tuve que ir a comprarme esa chaqueta. Siempre había llevado sotana. El tendero, que me conocía desde hacía veinte años, me preguntó que para quién era. Ante esa pregunta salí del paso como pude, sin mentir, sin revelar quién era el destinatario. La compré sin atreverme a probármela allí. Tardé dos días en salir a la calle.

Pero, aunque vestido como laico y ya sin ninguna obligación clerical, rezo todo el breviario y paso media hora de oración por la mañana y otra media por la tarde. Al principio, la oración la hacía en mi casa. Pero después me repetí a mí mismo que la sentencia no me prohíbe ir a los templos a rezar ni recibir los sacramentos. Así que comencé a hacer mi oración ante el sagrario de la colegiata que es el lugar que más devoción me da.

Un mes después, comencé a ir a misa de diario. El canónigo-archivero, al principio, no quería que fuera. Y así me lo hizo saber hablándome aparte. Todavía me acuerdo de ese canónigo moviendo su mano en silencio para indicarme que me acercara a él. Pero le insistí en que el decreto episcopal sólo dictaminaba la reducción al estado laical, ninguna otra pena. El canónigo se encogió de hombros y me dio la espalda sin ni siquiera despedirse.

Al comienzo, frecuenté mucho la biblioteca para llenar el día, el largo día, el inacabable día. Pero la vista me está fallando. Cada vez me canso más si leo demasiado rato. Tengo que hacer frecuentes descansos. Y aun con ellos no puedo leer toda la mañana. Así que, con mayor frecuencia, paso más tiempo delante del sagrario. Ya han pasado los meses en que le pedía, le suplicaba, le insistía a Jesús sacramentado ser restituido al estado clerical, al puesto que fuese, con las condiciones que le impusiesen. Que mi honra se restituyese, que se supiese la verdad.

Pero... ahora... ya no le pido eso. Ya sólo le pido santificarme en mi situación.

He amado a la Iglesia con todas mis fuerzas. Y ahora la Iglesia me ha echado a la calle. Y me ha lanzado fuera de sí con deshonra. He trabajado siempre para ella; y ahora ella no quiere saber nada de mí. Pero tampoco es justo esto. Debo desechar estos pensamientos. Una cosa es la Iglesia, el misterio sagrado de la Iglesia Santa, y otra cosa son las personas. Lo que siempre me han repetido: una cosa son las personas, otra la institución.

Debo desechar los malos pensamientos. Amar a la Iglesia a pesar de todo y contra todo. Lo más triste es que, desde que me ordené a mis veintitrés años, nunca quise acumular ahorros. Cuánto me riñeron mis padres. Siempre doné todo lo que le sobraba a la colecturía para misas de sacerdotes en necesidad, en secreto. Siempre tuve la seguridad de que si era generoso con Dios, Él se ocuparía de mí. De ahí que el proceso canónico me cogiera sin ahorros.

Pero, curiosamente, ahora amo más que nunca a la Iglesia. No me he llenado de rabia. A partir de cierto momento, no admití pensamientos internos contra nadie, ni siquiera contra el arcipreste. O hacía eso o me iba a envenenar desde dentro. Estuve a un paso de llenarme de rabia. Y el odio me hubiera llevado a la locura. Si hubiese abierto un poco la compuerta de mis pensamientos al rencor consentido, éste se hubiera convertido en una fuente irrefrenable. En esa situación o me convertía en un santo o hubiera acabado mis días muriendo revolviéndome en mi lecho como un ateo, con mi boca desbordante de furor y blasfemias.

Oré, lloré y ofrecí mis sufrimientos. No apareció en mí ni la cólera interna ni la locura. Mi sangre no se envenenó con el deseo de la venganza. *Lo acepto, Señor, lo acepto. Dame fuerzas. Que*

ame a todos, que desee el bien de todos. Ésa fue mi letanía diaria, continua, interminable. Dame fuerzas. Señor, creo pero aumenta mi fe. Que no odie. Que no odie.

Tampoco admití pensamientos contra los dos jóvenes que, por sacarme dinero, me habían levantado falso testimonio. Ellos juraron, entre otras cosas, haber visto en esta pobre casa mía el precioso relicario de San Apolinar, el que había desaparecido un año antes del templo parroquial. Ellos aseguraron que les quise hacer cómplices del robo continuado de las colectas de la parroquia de Santa María. Por sacarme un poco de dinero, me habían hundido.

Pero no era un poco de dinero. Si hubiera cedido, ¿dónde hubiera estado el final? Toda mi vida habría sido desangrado, toda mi vida sin paz. Hice bien. Pero cuando puse en conocimiento de mi párroco el chantaje, se inició una serie de acontecimientos, de causas y efectos, que llevó a los jóvenes a la convicción de que la mejor defensa era un ataque.

Varias veces me los encontré por la calle. No cruzamos ni una palabra. Ellos me respondieron con una sonrisa cínica. En silencio sus ojos era como si le dijeran: *Te hubiera valido la pena pagar.*

Mi fe en Dios no ha declinado lo más mínimo. Siempre he dado todo el dinero como limosna, confiando que el Padre Celestial me cuidaría cuando llegase la vejez. Ahora que me veo en la indigencia... es el momento de confiar más que nunca en la Mano de Dios.

No odiar a nadie, no pensar en lo que me hace daño, amar a la Iglesia más que nunca, ¡más que nunca!, confiar en Dios, debo repetir mi letanía con frecuencia. Pero todo el amor a la Iglesia y las horas de oración en la colegiata no obvian la realidad de que

en ese momento ya no me queda ni una perra gorda en el bolsillo. En toda mi casa no hay ni un solo billete ni una sola moneda. Con los conventos negándome el más mínimo alivio, la situación de qué voy a comer cada día no era ninguna tontería. Quisiera trabajar. En cualquier cosa. Ya no hay nada humillante para mí. Pero, de momento, no encuentro nada.

Cada vía de sustento que me ha abierto algún alma misericordiosa, ha sido cortada por el celoso arcipreste: *No le ayudéis. Tiene que dejar esta ciudad. Lo hago por su bien.* Al final, tengo que ir a Madrid en el tren, basándome en la piedad del jefe de estación que habló con el revisor. En Madrid almuerzo al mediodía en un comedor de beneficencia, donde me dan un buen trozo de pan para la cena. Regreso en tren tras el almuerzo. Es un trayecto de hora y media de ida, y otro tanto de vuelta.

Pero todo está en el aire, ya que si el arcipreste se entera de esto, moverá todos los hilos para que no se me permita ir de gratis en el tren. Al principio, pensé que yo acabaría tocando fondo. Pero si algo he aprendido en estos meses, es que siempre uno se puede hundir un poco más. Y la diabetes sigue avanzando. En los pies tengo heridas muy feas. El médico ya me ha dejado claro que no se puede hacer nada. El problema está en el azúcar de la sangre, no es cuestión de medicinas. *El mal está dentro de usted y le carcome desde la sangre.*

En la cripta

MIS DÍAS SON PASADO.
MIS PLANES ESTÁN QUEBRANTADOS.

Job 17, 11



10 de junio

Hoy una monja caritativa me ha dado dos hogazas de pan, *sin que se entere nadie, padre*, me había dicho en el torno, susurrando. Así que hoy no tendré que ir a Madrid. Me siento cansado. Al menos, hoy puedo descansar de estos viajes.

He ido pronto por la mañana a escuchar misa en el final de la capilla de San Pedro. Después me he dirigido al convento, donde me ha esperado la sorpresa de los panes. Tras un rato mirando la pared de enfrente del salón de su casa, me he encaminado a la colegiata a orar. A las once del mediodía el gran templo estaba desierto. Un silencio perfecto reinaba en ese sagrado lugar habitado por ángeles. Santos, penumbra y velas rodeaban el pequeño banco en el que me he arrodillado ante el sagrario de altar mayor. Un banco entre la verja del coro de los canónigos y la bellísima y antigua reja del presbiterio.

Después de una hora de repasar salmos, rezar el rosario y hablar con el corazón a Jesús, me he dirigido a la capilla donde se guarda el arca con el cuerpo incorrupto de San Diego. He rezado despacio tres padrenuestros y una salve. Después he bajado a la pequeña cripta situada en la girola, me he santiguado ante las

muchas reliquias allí presentes y, finalmente, me he arrodillado ante la urna de plata de los Santos Niños, mártires de la última persecución romana del siglo IV.

Mi idea era arrodillarme cinco minutos ante los dos mártires patronos de la ciudad y pedirles por mi salud. Pero, al final, me senté y me quedé un rato en esa soledad. De pronto, alguien me tocó el hombro con suavidad. Abrí los ojos. Lo primero que pensé era que algún canónigo me pedía que saliera de la colegiata, que ya llevaba demasiado tiempo.

Pero ante mí tenía un niño de unos diez años que me miraba y me sonreía. Iba vestido con una túnica romana. Detrás de él, estaba su hermano: eran san Justo y san Pastor, los patronos de la ciudad. Lo supe. No tuve la menor duda. Me miraban con un cariño indescriptible.

—No te preocupes, don Argemiro —le dijo Justo con sus bondadosos ojitos de color miel—. Sabemos lo mucho que has sufrido. Pero no tienes que preocuparte de nada. Hoy, día de Santa María de Escocia, ha sido escogido por la Providencia para hacerte un regalo.

—¿Un regalo...?

—Recibirás varias visiones en las que serás guiado por un ángel enviado directamente desde el Trono del Altísimo. Serán visiones acerca de Dios con el encargo de que las pongas por escrito.

Yo estaba literalmente con la boca abierta. Por un momento, pensé que quizá (tal como me había gritado un borracho en la Calle Mayor) se me había ido la cabeza de tanto rezar. Pero esos ojos claros y llenos de amor. Sólo recuerdo una mirada así, cuando yo era niño y mi madre me miraba orgullosa. Después de unos instantes de reflexión, pregunté vacilante:

—¿Voy a ser reintegrado al estado clerical? ¿Se me hará justicia?

San Justo le miró compasivo. Después de un pequeño silencio, me contestó con una calma celestial:

—No.

—¿Al menos seré curado de mis enfermedades?

Había un desgarrador tono de súplica en mi pregunta. San Pastor, el hermano mártir, se me aproximó y, poniendo su manita en mi hombro, me respondió con igual sereno amor:

—No, no serás curado. Al revés, tu diabetes irá a peor.

Mis ojos se enrasaron de lágrimas, sin llegar a caer ninguna.

—Al menos, ¿recuperaré mi fama?

—¿Qué te importa tu fama? —respondió San Pastor—. Ten la fama que Dios quiera. Tú haz el bien y olvídate de ti. Si Dios está contento, todos contentos.

—Eso sí —añadió San Justo—, lleva una vida completamente sacerdotal dentro de tu casa y dentro de tu alma. En lo externo, sométete en todo al decreto de reducción al estado laical. Serás sacerdote para siempre, no lo olvides. Obedece al arzobispo. Él fue tu juez y te juzgó, pero él tendrá otro Juez y será juzgado. Y en ese segundo juicio, definitivo, tú serás el acusador.

—¿Y el arcipreste don Antonio?

—La sentencia contra él será tan dura como él lo fue contigo. Su alma se salvará. Pero tendrá que pasar por todos los sufrimientos por los que tú has pasado y pasas. Sólo que él sufrirá de un modo mucho más triste e inconsolable que tú. No le odies. Compadécele. Si tú supieras lo que es la justicia divina. Pagará

toda su deuda para con Dios y para contigo, pero con mayor desconsuelo y aflicción.

Don Argemiro bajó los ojos y dijo con lentitud, costándole:

–Yo le perdono. No me tiene que pagar nada.

El niño mártir me sonrió. Noté cuanto le agradaba mi petición de perdón. Pero después de dejarme eso claro en silencio, se puso serio y añadió tajante:

–Tu perdón no es el perdón de Dios. La Justicia se cumplirá con tu perdón o sin él.

–Ahora nos tenemos que marchar –me dijo San Pastor.

–Recuerda, recibirás la visita de un ángel. Dios está contigo, no temas.

Y allí acabó la visita de los dos mártires. Ambos se desvanecieron ante mis ojos.

Yo soy Dios

PORQUE EL SEÑOR TU DIOS
ES UN FUEGO QUE CONSUME.

Deuteronomio 4, 24



11 de junio

Son las doce del mediodía, rezo el ángelus en latín. Después me siento, estoy en el banco de la cripta de la colegiata. Hoy tampoco he tenido que ir a Madrid. La monja tornera de las *carmelitas de afuera* me sigue dando pan. Hoy ha añadido dos manzanas. Sin duda, la priora se ha apiadado y le ha autorizado a continuar con esta obra de piedad con un exsacerdote. Rezaré un rosario y me marcharé antes de que a la 1:00 cierren el templo.

Mientras estaba yo ocupado con estos pensamientos, un ángel se me apareció. Iba vestido con una túnica blanca y tenía dos grandes alas en la espalda. Alrededor de él había un fulgor espiritual. Su rostro era como el rostro del que ha visto a Dios. Sonriente me saludó:

—Salve, Argemiro, presbítero del Altísimo, probado más que ninguno de tus colegas en esta ciudad. Dios está muy contento contigo. Recibirás el premio adecuado a tus sufrimientos. Te aseguro que en el más allá será tan sobreabundante el premio que sólo una cosa te causará pena: no haber sufrido más.

Yo me arrodillé y junté las manos sobre mi pecho. En ese momento bajó los peldaños de la cripta un fraile franciscano muy humilde. Era bajito, de cara dulce y afable. Su rostro parecía envuelto en una tenue luz. El ángel me dijo:

–Es San Diego.

Admirado le miré lleno de devoción. Había rezado tantas veces en ese templo ante la urna de plata donde reposaba su cuerpo.

–Ánimo, sacerdote consagrado al Señor de cielos y tierra, has sido elegido por Dios para contar lo que veas. Lleva tu cruz no sólo con resignación, sino incluso con alegría, que en el Reino de los cielos, sólo te dolerá no haber penado más por Nuestro Señor.

El ángel añadió:

–Fíjate bien en todo lo que veas, porque después tendrás que ponerlo por escrito. Escribe de un modo sencillo, sin embellecimientos barrocos que sólo despistarían a los que lean tus visiones. En tu escribir debe primar la claridad. Podrás preguntarme lo que desees. Yo te enseñaré y tu escrito enseñará a otros.

–Trataré de hacerlo lo mejor que pueda.

–Prepárate, entonces, porque te voy a llevar ya ante la manifestación de Dios. No verás su rostro, no atravesarás el velo de su esencia. Pero vas a ver algo tan grandioso que creerás estar viendo a Dios mismo. Y a Dios verás, en verdad, pero no su rostro, no su verdadera gloria, sino una imagen finita de su esplendor.

En ese momento, el ángel me hizo un gesto para que me sentara en el banco. Entonces mis ojos se cerraron sin yo quererlo

y vi una luz lejana. Ascendí hacia lo alto, como si atravesara un largo túnel. A lo lejos se veía una luz intensa y hermosa como no la hay sobre la tierra.

Al llegar afuera vi a Dios inmenso, colosal, lo contemplé como la montaña más grande, más bella que imaginarse pueda, algo impresionante que va más allá de lo que cualquier mortal haya visto. Era como una Montaña-de-Ser ante la cual yo no era ni una mota de polvo. Una Montaña viviente de Amor, un imponente ser personal gigantesco como esa mole que aparecía ante mis ojos. Una mole rodeada de los cantos de gozo de miles de millones de ángeles que sobrevolaban esa mole.

Esta Montaña era de tales dimensiones que si miraba hacia el norte, se desvanecía su base en la lejanía. Si miraba hacia el sur, sus laderas se perdían hacia el horizonte. Levanté mi rostro, su cúspide desaparecía de mi visión entre las nubes. Aunque no podía mirar por debajo de la Montaña, tuve la sensación de que su base tampoco alcanzaba límite alguno.

La Montaña hasta la mitad de su altura estaba cubierta de bosques y prados. Prados amenos en los que retozaban miles de millones de almas humanas. Bosques densos, oscuros, húmedos, rebosantes de vida. Selvas en las que apetecía internarse y recorrerlas durante días, meses y años.

Mirando más hacia lo alto, la Montaña emergía como peña rocosa. Dios era la roca impenetrable, el fundamento inamovible. Al ver desnuda la roca que era Dios, sentí que el Espíritu me movía exclamar exultante las palabras del salmo 18:

El Señor es mi roca.

Mi Dios, mi roca en la que tomo refugio.

¿Quién es Dios fuera del Señor?

¿Y quién es una roca fuera de nuestro Dios?

El Señor vive. Bendita sea mi roca.

Era una mole tan increíblemente grande que se veía que era, en verdad, inamovible. Alcé los ojos todavía más a lo alto, y ví que la roca más arriba aparecía inmaculadamente blanca, cubierta de nieve. En su cúspide, la montaña estaba oculta por una nube.

—¿Nieve? Qué nieve tan hermosa.

—No te engañes —me explicó mi ángel—. Aquí no hay ni un átomo de materia. Todo lo que ves es símbolo de realidades espirituales. En Dios no hay ni nieve ni bosques. Todos esos prados y bosques son símbolos de la vida que emerge de Dios, y los campos nevados son símbolo de su pureza.

—Lo entiendo, lo entiendo.

—Dios no es una Montaña. Pero la analogía es el único modo para que comprendas un poco la diferencia que hay entre tú, una mota de polvo, y esta Montaña Infinita rebosante de vida.

—¿Y esos bosques? Me han fascinado. Son un verdadero paraíso. Dime algo sobre esos bosques.

—Esos bosques, praderas y vergeles recorridos por almas incontables son la vida que surge en la superficie de Dios, porque Dios es Vida y transmite la vida. Pero la vida que rodea a Dios, no es Dios mismo. En realidad, el Altísimo es el Fundamento que hay debajo de esa vida. Eso es lo que simboliza esa Roca Primigenia que emerge poderosa de entre esas laderas verdes. Todo el Universo gira y se mueve alrededor de este Fundamento eterno, estático, inmóvil como esas peñas que ves ante tus ojos.

—Ofrece una gran impresión de peso —comenté extasiado ante la visión de Dios como roca.

Mi ángel se sonrió y me preguntó como el que pregunta a un niño:

—¿Sabes cómo es de grande esta montaña?

A mí se me aparecía como colosal, pero más allá de cierta distancia las referencias se perdían. Al ver que tardaba en dar una respuesta, mi ángel me explicó:

–Imagina que esta Montaña llenara todo el Universo de un confín al otro. Pues bien, imagina mil millones de universos llenos por esta montaña y sólo estarías comenzando a comprender la diferencia entre tú y la grandeza colosal de Dios.

No me extrañaba lo que decía el ángel. Pues lo que veía, aquella visión, tenía la virtud de mostrar la grandeza de Dios más allá de lo meramente visual. Aquella visión de la Montaña tenía la función de traducir a una visión lo que era Dios. Mis palabras, cuando algún día contara lo que vi, traducirían la visión a palabras. La visión se quedaría por debajo de lo que es Dios. Mis palabras se quedarían por debajo de la visión.

El ángel prosiguió:

–Sólo tenéis el Universo para haceros una pequeña y pobre idea del poder del Dios que lo creó, de su grandeza. Por cada grano de arena que hay en la tierra, existen un millón de estrellas en vuestro universo. Los 93.000 millones de años luz que tiene de diámetro de vuestro cosmos material os ofrecen una ligera idea de un Dios que es capaz de crear otro nuevo universo como ése cada segundo sin cansarse. Cada segundo podría crear otro universo el doble de grande que el anterior, y proseguir así durante siglos, y eso no le produciría ni el más leve cansancio, ni el más leve debilitamiento de su poder. ¿Te haces ahora una idea de cómo es la Roca Inamovible?

Yo estaba anonadado, sin poder dejar de mirar al Fundamento del Universo. Entonces me di cuenta de que inconscientemente siempre había imaginado a Dios como un hombre anciano con barbas blancas y un triángulo detrás de su

cabeza. Muy poderoso y muy bueno, pero, al fin y al cabo, como un anciano sentado en un trono rodeado de ángeles. De pronto, me daba cuenta de que mi subconsciente siempre me había impuesto una visión muy empequeñecida de la Divinidad. Ahora estaba ante la realidad y me resultaba una experiencia abrumadora.

El ángel me dio una palmadita en la espalda, diciendo:

–Si te hubieran preguntado, lo hubieras negado. Pero tu imaginación, sin darte cuenta, te había limitado mucho el concepto que tenías del Ser Infinito. Cuando desde aquí os escuchamos hablar a Dios, nos damos cuenta de que no sabéis a Quien os estáis dirigiendo. En el fondo pensáis que es uno de vosotros, sólo que sentado muy alto y con mucho poder. Al menos, el Universo, pedestal de sus pies, os puede ayudar a entender de qué cantidad de poder estamos hablando.

Yo no podía dejar de mirar a Alguien tan grandioso. Era lo más bello que había visto nunca sin comparación. Pero no sólo era belleza, era también poder, conocimiento, bondad.

Un gran ángel que pasó volando por encima de nuestras cabezas, a gran altura, un ángel cinco veces más grande que el que me acompañaba y revestido con una túnica con franjas de oro y perlas, una dominación, tronó con potente voz:

–Y Salomón dijo: *La casa que voy a construir será grande, porque nuestro Dios es más grande que otros dioses* (2 Crónicas 2,5).

Y mi ángel musitó:

–Y Salomón añadió inmediatamente después: *Pero ¿quién es capaz de construir una casa para Él, cuando el cielo, incluso el más alto cielo no puede contenerlo* (2 Crónicas 2, 6)?

Yo seguí mirando el espectáculo de poderío y fuerza que estaban contenidos en la Roca que se mostraba ante mis ojos mortales. La cúspide aparecía tan misteriosa tras las nubes. Después pregunté:

—¿La luz sale de la Montaña?

—Sí, la luz, de un modo agradable y tenue, envuelve a la Montaña.

—¿Y qué sostiene a la Montaña?

—Alrededor de Ella sólo está la Nada. La Montaña llena todos los cielos, es infinita. Lo que vosotros entendéis por el cielo eterno es su superficie, esa superficie rebosante de vida, y también su interior.

—¿Su interior?

—Las montañas tienen sus sistemas de cavernas que penetran hacia dentro de la montaña. Laberintos intrincados, que se conectan entre sí, donde te encuentras con lagos y cascadas subterráneas.

—¿Podríamos nosotros ir al interior de la Montaña? Yo pensaba que el interior estaba cerrado a nosotros.

—Allí no puedes entrar. Las almas bienaventuradas pueden penetrar hacia el interior de este Misterio, pero tú todavía no has muerto.

En ese momento, aunque no dije nada, me dieron ganas de pedir la muerte para quedarme allí. Mi ángel me miró comprensivo. Después dijo:

—No me es concedido ni a mí ni a ti determinar el momento en que la vida se acaba. Se acabará, sí. Pero en el día y la hora que el Omnipotente determine. Ni antes ni después. Él es

Todopoderoso. Nada te puede matar si su decreto es que continúes en la tierra. Nada te puede salvar de la muerte frente a la hora determinada.

Me sentí, en cierto modo, aliviado. Pero también sentí el temor a perder todo aquello que estaba viendo.

–Al menos, dime que hay en el seno de la Roca.

–La montaña es como un gran templo. En cierto modo, la entera montaña es un templo. Un lugar santo habitado, con sus moradores, millones de ellos.

–¿Hay cámaras y estancias?

–No, dentro sólo se halla el Ser de Dios. Dentro de la Montaña sólo se halla la Presencia de Dios. Pero sígueme.

Y sobrevolamos las laderas de esa mole, hasta llegar a una Magna Puerta en la base de la Montaña. Se parecía a un gran pórtico catedralicio. Pero esta puerta ya de por sí tenía la altura de la catedral de Colonia si se me permite la comparación. Las dos torres de ese templo no hubieran alcanzado con sus pináculos al pedestal de la gran imagen de la Virgen María que había en lo alto.

–¡Es la Virgen María! –exclamé al ver la estatua inconfundible. Una estatua de mármol con vetas azules.

–Sí, lo que ves allí es sólo una estatua, pero ella es la Puerta, la gran puerta hacia Dios, la Puerta del Cielo. Pero acerquémonos más al pórtico, de ella te hablaré después.

Nos acercamos hacia la entrada a la Montaña sobrevolando un río de almas. Millares de almas recién salidas del purgatorio, flotando penetraban en ese templo como un río luminoso e ininterrumpido. Ese formidable pórtico, en vez de puertas, lo que

tenía en su umbral era un velo incorpóreo hecho como de nubes. El velo, sutil, se ondulaba por un suave viento, como una brisa, que salía del interior de la Montaña. Las almas, al ser incorpóreas, atravesaban el velo sin dificultad alguna.

Volví a sentir deseos de quedarme, de descansar definitivamente, de regresar a casa, a mi casa. Aquello era mi casa, la tierra era un destierro. Hasta me vinieron pensamientos de que Dios había sido cruel: ¿quién, después de ver eso, podía querer regresar al valle de lágrimas que, hasta entonces, había considerado mi casa?

Deseché ese pensamiento y me fijé de nuevo en el pórtico. Una luz inmaterial parecía atravesar el velo. Al ver esa luz sentí una paz y una felicidad que resulta imposible explicar. Bastó ver esos haces de luz que se escapaban, para entender que valía la pena morir mil muertes con las peores torturas por disfrutar durante un minuto de la visión del Ser puro que había detrás.

Delante del velo, en el aire, se movían ángeles poderosos, las dominaciones de ese universo angélico. Pero detrás del velo, a pesar de la increíble distancia, se entreveían los cuatro gigantescos *seraphim* que estaban alrededor del Misterio de Dios. Nada vi de lo que había en el centro, detrás de ellos, porque estas cuatro montañas angélicas hacían la función de último velo.

Me apresté a seguir hacia delante. Fue entonces cuando mi ángel me puso la mano en mi hombro, me sonrió y me dijo:

—Hasta aquí puedes llegar. Detrás del velo verías la Esencia de Dios, su Substancia, el Ser de Dios sin ningún velo, lo que llamáis el Rostro de Dios.

—Ya me imaginaba que no podría contemplarlo con mis ojos indignos.

–Nadie puede verlo y seguir viviendo. Pero se te ha concedido divisar de lejos sus resplandores.

–Pero esa luz que se filtra a través del velo... no es la Luz, ¿verdad?

–Esa luz completamente distinta a lo que has visto nunca ya te parece que es Dios. Pero no. Eso sólo son los reflejos limitados de la Verdadera Luz. Insisto, nadie puede resistir su visión sin que el alma abandone automáticamente el cuerpo.

–¿No habría alguna manera de verlo y seguir viviendo? ¿Al menos descorrer el velo un instante?

–Si pudieras verlo directamente, tu alma sería arrastrada por un huracán de deseo y anhelo de tal vehemencia que dejarías atrás el cuerpo. El Espíritu Infinito atraería de tal manera tu alma que tu cuerpo quedaría muerto atrás.

Lo mismo que Abraham insistió en su petición ante Dios, pensé que tenía yo alguna posibilidad si insistía. Ver a Dios un instante valía la pena persistir en la petición. Y así le dije con humildad:

–Te aseguro que mi alma se abrazará a mi cuerpo con férrea determinación. ¿No hay ninguna posibilidad?

–Ahora piensas: los brazos de mi alma se aferrarán con toda su fuerza al cuerpo. Lo abrazarán y no lo soltarán. Pero si lo vieras a Él, tu alma soltaría al momento el cuerpo y lanzaría sus brazos hacia el Bien Sumo.

–¿Y no se podría después volver al cuerpo por un decreto divino?

–Ya no tendría sentido. La vida en la tierra es una prueba. Si has visto a Dios, ya nada de lo que hicieras tendría mérito alguno.

Una vez visto el Rostro de Dios ya no te costaría ningún esfuerzo ningún ayuno, ninguna flagelación, ningún martirio. Por eso los beatos habitantes del cielo no pueden pecar. ¿Quién escogería lo limitado después de haber visto el Infinito?

–Entiendo.

–Por eso no podemos seguir más adelante. Ver al Altísimo supone irremediablemente el fin de la prueba. Serías un santo, pero ya sin ningún mérito.

–¿Y el río de almas no se detiene nunca?

–Nunca. Aunque aquí no hay noche, podríamos decir que no se detiene ni durante el día ni la noche. Millares de almas purificadas entran ante la Presencia y quedan totalmente transfiguradas y transidas por esa Luz.

–¿Y dices que desde ese momento es imposible pecar?

–Sí, resulta enteramente imposible. Ellos conservan enteramente su libertad. Pero ya nadie que haya visto a Dios, podrá nunca escoger el mal por pequeño que sea frente al Bien Supremo. Sería como escoger un montón de estiércol a cambio del Tesoro Infinito.

Yo flotaba el aire junto a mi ángel. Aunque nos habíamos detenido, notaba que la Luz de detrás del velo me atraía. Imperceptiblemente sentía que me iba hacia delante y tenía que hacer esfuerzo por no desplazarme de mi sitio. Mi ángel continuó:

–Las iglesias, capillas y catedrales son pequeños lugares donde mora Dios. Por pequeños y humildes que sean, allí mora el Rey de reyes. Cada uno de ellos es un atisbo, mejor o peor, del verdadero templo de los cielos. Y es aquí donde habita su Presencia, su presencia visible. El Templo es Él mismo. Uno se adentra en Él, en las moradas de su Ser.

—¿Dentro del Templo hay moradores?

—Millones. Todos los bienaventurados ven a Dios estén donde estén, porque si se te abrieran los ojos, tus ojos ciegos, verías que la entera Montaña es Dios. Todos moran en el Ser de Dios. Pero unos en su superficie, otros más adentro. Unos pocos en el mismo corazón de este templo, en su *Sancta Sanctorum*.

—¿Pero pueden salir de aquí y moverse con libertad por todas partes?

—Los moradores del cielo pueden moverse con entera libertad por toda la Montaña del Ser, por dentro y por fuera. Pueden recorrerla toda la eternidad, pues es infinita. Pero cada habitante del cielo tiene su morada propia en el corazón de Dios. Cada uno tiene su propia felicidad. Cada uno tiene su grado de felicidad esté donde esté en esta Montaña.

—¿Y quiénes están dentro de este Templo?

—Las almas sacerdotales. No todos los ordenados con el sacramento del orden mantuvieron un alma sacerdotal. Por el contrario, hubo laicos que en el altar de su corazón siempre estuvieron ofreciendo un continuo sacrificio de alabanza. Esos, los mejores de los mejores, moran aquí, aunque puedan pasear por donde deseen y visitar a quien quieran.

—¿Hay grandes diferencias de felicidad?

—Son tan grandes, como diversas fueron las vidas que llevaron sobre la tierra. No es la misma la felicidad morando en la superficie de Dios que morando en el interior del *Sancta Sanctorum* de su misterio. Esto es como la parábola del banquete de bodas: unos están al lado del Señor y otros están en el último puesto.

—¿Pero todos ven a Dios?

–Sí, todos. Pero no todos gozan en el mismo grado de lo que ven.

–¿No podría Dios hacer que alguien gozara más de lo que goza?

–El tiempo de vida sobre la tierra es un tiempo de forja del alma. Durante la vida os vais transformando. Aquí, en el cielo, cada uno goza en grado máximo según es. El premio es el mismo para todos: Dios. Y, sin embargo, cada uno goza en un grado. Si vuestro Padre pudiera hacer que los bienaventurados gozaran más, lo haría. ¿Qué otra cosa querría Él? ¡Os ha creado para eso! Vuestro Creador se desvela plenamente y, sin embargo, cada uno goza en un nivel determinado según su ser.

–O sea, es imposible que gocen más.

–Hay cosas que dependen del solo querer de Dios y otras no. Ésta depende del ser de las cosas.

Yo, en el interior de mi corazón, hice propósito de esforzarme más, cuando volviera a la tierra. El ángel sonrió y señaló a unas almas, explicándome:

–Esos que ves allí abajo podrían haber gozado más. Pero hubieran tenido que haber sufrido más enfermedades, más dolores, más sufrimientos y haber sufrido con amor. ¿Crees que querían en ese entonces? Su Santificador hizo lo que pudo según la generosidad de cada uno. Vuestro Padre celestial obra en vosotros lo que le dejáis. Ahora todos querrían volver a la tierra a sufrir, rezar, ayudar al prójimo y hacer el bien a los pobres, a los enfermos y necesitados de todo tipo. Pero si volvieran eso ya no tendría mérito. Ni mil martirios atroces tendrían mérito alguno.

–¿Ninguno?

–Ninguno. Una vez que han visto a Dios, el sufrimiento se haría dulce al saber con evidencia lo que ganaban. No, una vez muertos ya no hay vuelta atrás. El tiempo de merecer se acaba. Así es el ser de las cosas. Insisto, hay cosas que sólo dependen de Dios, hay otras que dependen del ser de las cosas. Dios quisiera que todos gozaran más. Pero Dios sabe que hay cosas que tienen que ser de una manera y no pueden ser de otra.

–Trataré de ser un buen sacerdote, aunque tenga que vivir como un laico.

–Trata de serlo. Dios no se deja ganar en generosidad. A Él le da lo mismo que seas un Romano Pontífice o un hombre despreciado. Toda tu eternidad valdrás solamente lo que valga tu alma. Embellece tu alma. No te despistes con las demás cosas. Dios y el alma, el resto de cosas son un mero ornato.

–Ya que has mencionado a los romanos pontífices. ¿Ocupan un lugar especial aquí?

Entonces me señaló hacia el centro de la puerta, había una procesión de almas revestidas con esplendorosas vestiduras que estaba entrando. Me fijé y exclamé:

–Pero... ¡pero si son los Papas!

Los 254 Papas iban revestidos con albas y capas pluviales. Sobre sus pechos colgaban cruces pectorales y tiaras en sus cabezas. Iban cantando una melodía gregoriana, precedidos de ángeles y más de un millar de obispos.

–¿Adónde van?

–Van a una liturgia celestial. Aquí se sigue tributando gloria a Dios de un modo colectivo, no sólo individual.

–¿Y esos otros?

–Esos son los doce patriarcas, los doce hijos de Jacob. Mira, el de allí es Abraham. Detrás de él, camina Isaac y sus esposas. Esos de más allá, esa larga hilera, son los antepasados de Jesús. La línea de antepasados que va desde Adán hasta la Virgen María.

–¿Podríamos ver esa ceremonia sin contemplar el Rostro de Dios?

–Lo siento, pero no podrías resistir la gloria del Trono de Dios.

Con pena nos alejamos. Le pregunté:

–¿Los Papas de la Iglesia moran juntos en un lugar determinado?

–No, están diseminados por toda la Montaña. Haber sido Sumo Pontífice de toda la Iglesia no hace que goces más durante la eternidad. Aquí cada uno vale lo que vale su alma. Aquí no importa si has sido sucesor de Pedro o rey de un reino. Aquí no importa si fuiste en la tierra un gran artista o un obispo. Fueron meros trabajos, meras funciones. Aquí, sólo aquí, es donde se ve lo que realmente valía eso. Lo único, te lo repito, ¡lo único! que importa es el alma! Ahora lo comprenden, cuando ya es demasiado tarde.

Exhalé un suspiro. No pude evitar el recuerdo de buena parte de mi vida ya había pasado. Me rehíce y comenté:

–Pero Papas y obispos se reúnen por lo que veo.

–Sí todas las jerarquías eclesiásticas se congregan para determinadas funciones litúrgicas. En ellas aparecen engalanados con sus magníficas capas pluviales, cruces pectorales, anillos, tiaras y otros ornamentos. En esas liturgias celestiales, los Papas rinden honor a Dios todos juntos, en otra parte están los cardenales con sus impresionantes vestiduras, en otra parte los

obispos. Hay liturgias en las que vienen los que fueron cistercienses, otras en las que participan los benedictinos o los mártires o los doctores de la Iglesia, los proclamados así en la tierra y los proclamados como tales en el cielo. Pero acabada la liturgia celestial, retornan al lugar que les corresponde.

–Ya veo que los puestos más altos los ocupan los verdaderos reyes del espíritu.

–Así es. Los Papas reunidos no dejan de ser un mero ornato, un embellecimiento de la ceremonia. Lo mismo que los antepasados de Jesús también están reunidos, o los doce patriarcas hijos de Jacob.

–Me ha sorprendido todo esto. Pensaba que el cielo era como un eterno éxtasis y, sin embargo, todo esto es más humano de lo que creía.

–Cierto, todos los bienaventurados ven a Dios, pero ese gozar de Dios no anula las relaciones humanas. Los habitantes del cielo gustan de encontrarse unos con otros, de charlar, de visitarse. Aquí las relaciones familiares y de amistad continúan.

–¿Es posible conocer a los grandes pintores de la Historia, a los grandes generales romanos? Me refiero si es posible hablar con ellos tranquilamente y preguntarles cosas.

–Es posible conocer a Platón, a Julio César, a Alejandro Magno y Aníbal, con toda facilidad. Pero te aseguro que cuando veas las vidas de muchos otros seres humanos desconocidos, te interesarán mucho más esas otras vidas anónimas.

–¿Y podré hablar con Nerón o Hitler?

Mi ángel se detuvo y me miró con profunda tristeza. Después exclamó con voz dolorida:

—No todos están aquí.

—Dime sólo una cosa, ¿se salvó Judas Iscariote?

Mi ángel me miró en silencio. Después musitó:

—No hallarás su lugar aquí.

Su respuesta no resolvió mis dudas. En sus palabras cabía alguna interpretación más benigna que la condenación eterna. Podía estar en el purgatorio hasta el fin de los tiempos, hasta el Juicio Final. Así que insistí:

—¿Está en el infierno?

Noté como el rostro del ángel se cubría con un gesto de dolor.

—Su alma nunca verá a Dios, nunca —respondió—. Sí, está en el infierno.

Y siguió hacia delante sin añadir nada más.

Al cabo de un rato, le pregunté:

—¿Podrías enseñarme el infierno?

—Sí, lo verás. Lamentablemente, existe. Pero eso vendrá después.

Antes de alejarnos más de la puerta, miré hacia atrás una última vez. Mi ángel añadió:

—Dios no es mera acumulación de poder o de conocimiento. El Altísimo es santo. Por eso entrar a su presencia es como entrar en un templo.

—Pero no es una construcción.

–No. Dios es espíritu. Dios mismo es el Templo en el que moran las almas. El Templo es la gran Montaña que has visto. Pero recuerda que el Altísimo es inmaterial; es espíritu y sólo espíritu. Cuando has visto que las almas se internaban en el interior del Templo, en realidad se adentraban en el Misterio de Dios. Tú no has visto al Omnipotente, así que tengo que traducir las realidades inefables a realidades materiales, visibles, tangibles. Si no tradujera a imágenes ese acto de sumergirse en Dios, créeme, no entenderías nada.

–Me queda claro que no es material.

–No es material. Todo esto es como una parábola. Esa Montaña que te he mostrado muestra la grandeza de Dios y cómo millones de espíritus moran en su superficie. La Montaña la has visto como un Templo infinito porque es el modo de expresar el modo en el que las almas se internan hacia el interior de ese Misterio de Dios y cómo moran en su seno. Pero Dios no es un templo material, sino un templo vivo donde habita su Ser.

–Tranquilo, de verdad, me ha quedado claro. Es colosal como una montaña, una montaña rodeada de vida. Es sagrado como un templo en el que te internas.

–La Montaña expresa su poder, su magnitud, la vida que se desprende de Él. El Templo expresa su santidad. Cuando algún día, por su misericordia, entres en Él, te sentirás envuelto de la atmósfera de su bondad. Una bondad de tal intensidad que es lo que llamamos santidad.

–¿Lo trataré con familiaridad?

–Al entrar en su presencia, sentirás el impulso de postrarte ante Él. Dentro del Templo comprenderás que Dios, insisto, no es mera acumulación de Poder, sino que es Sagrado. En el Templo

sentirás la santidad de Dios, la verás (verás lo invisible), te penetrará.

–Estoy deseando sumergirme en esa Luz inefable, estar acompañado de ángeles, en medio de esos cantos que he escuchado en la lejanía.

–Ahora entiendes mejor por qué vale la pena perderlo todo, con tal de no perder a Dios.

–No sólo Dios. Los ángeles... Nunca vi sobre la tierra una hermosura como la de sus rostros. Y del pórtico... era como si saliese como una brisa de incienso. Esos aromas, nunca los he conocido sobre la tierra.

–Ven, te enseñaré otra cosa.

Rodeamos el Templo y al llegar a su parte oriental vi algo asombroso. En sus muros, a cierta altura, se abría una puerta colosal, rectangular, sin bloques, todo formaba una sola pieza. Y en medio de su umbral, donde debía estar el portón de ingreso, se veía una abertura redonda en la piedra, cuyo diámetro no debía tener menos de un kilómetro de longitud. De esa abertura salía un chorro de agua potente e incontenible; con tanta fuerza que emergía del muro en dirección totalmente horizontal. Sólo se ve algo parecido cuando una presa abre sus aliviaderos y el agua surge con toda su potencia. Esta agua aparecía de color completamente blanco por el ímpetu con que brotaba, llenando enteramente la abertura circular. El flujo no disminuía ni un solo instante, día y noche, año tras año, siglo tras siglo.

–¿Qué es esto? – le pregunté gritando junto a su oído, pues el estruendo que hacía el agua al surgir era como la música de miles de órganos.

Mi ángel señaló más lejos.

El agua caía sobre la llanura expandiéndose. Pero por mucho que se extendía a ambos lados, se veía con claridad que formaba una corriente que se dirigía hacia el horizonte. Yo iba a meterme en esa corriente, pero mi ángel me puso la mano en el hombro y me dijo:

–No, no te está permitido.

–¿Por qué si esto es sólo una visión?

–Del mismo modo que no puedes atravesar el velo, ni siquiera en la visión, tampoco puedes sumergirte en esa corriente. Esta visión es visión de una realidad verdadera. Y tú no puedes entrar en ella, ni siquiera en la visión.

Aunque no me metí, la vista de mis ojos se percató de que el agua no me hubiera llegado más que a los talones. Seguimos sobrevolando a lo largo del curso de la corriente. Pronto la profundidad de ese río me hubiera llegado a las rodillas. Más adelante, el río ya me hubiera cubierto del todo y seguía haciéndose más profundo, más ancho. Un río de aguas puras, frescas, cristalinas que era más caudaloso que el Rin, el Volga y el Danubio juntos. Incluso añadiéndoles a ellos el Nilo y el Orinoco, este río era más grande.

Lo que veía no era sólo un río más caudaloso que estos, sino sobre todo que sus aguas eran espirituales. Se trataba de un agua viva, de un agua de felicidad: ese río era el símbolo del Hijo, de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad.

Sus aguas eran las Aguas del Ser. Un Río de Ser que surgía de la Montaña Infinita. Su corriente recorría millares de kilómetros a tramos por llanuras, a tramos por valles. Alrededor de sus aguas había prados y bosques. El Río estaba lleno de vida y vivificaba los márgenes por los que discurría. El Río estaba sobrevolado por pájaros de todo tipo, en sus aguas aleteaban los

peces. Sobre el río volaban los ángeles, las almas humanas se sumergían felices en esas Aguas del Ser.

Miles y miles de kilómetros más en dirección Este, después de dar vida a montes arbolados y selvas impenetrables, el Río se reposaba. Sus aguas, al principio del curso, mostraban la fuerza de Dios. Al final, ese curso mostraba la paz de Dios, era el Río de la Tranquilidad camino de su desembocadura.

Estaba contemplando ese Río y me volví a mirar por última vez a la Montaña. Quería contemplarla una vez más. No me cansaba de mirarla. Ante mis ojos aparecía esa magnificencia sin límite. Era algo que no tiene comparación con nada de este mundo. Entonces experimenté algo como un éxtasis. Fue como si perdiera la consciencia y sintiera un indecible deseo de perderme por las laderas de esa Montaña. No puedo explicar mucho, porque fue como si el gozo obnubilara mis sentidos y mi pensamiento. Sólo puedo decir que me sentí transido por ese Mar de Amor, rodeado y penetrado de dicha. Entonces exclamé con palabras santas que me brotaron de mis labios:



¡Oh llama de amor viva, que tiernamente hieres de mi alma en el más profundo centro! Pues ya no eres esquiva, acaba ya, si quieres; ¡rompe la tela de este dulce encuentro! ¡Oh cauterio suave! ¡Oh regalada llaga! ¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado, que a vida eterna sabe, y toda deuda paga! Matando, muerte en vida la has trocado. Esas palabras las proferí con mi boca, pero no eran mías. Tenía conciencia de que el Espíritu las ponía en mi corazón, y que de mi corazón subían a mi boca. Entonces, me pareció como que en el seno de la Tercera Persona resonara un coro de ancianos profetas que recitaron estas palabras:

El que construye sus cámaras superiores en los cielos.
El que llama a las aguas del mar, y las derrama sobre la superficie de la tierra.

amós 9, 6

Yo soy el Hijo de Dios

EL SEÑOR ES NUESTRO DIOS.

EL SEÑOR ES UNO.

Deuteronomio 6, 4



25 de junio

Yo era pobre, pero todavía guardaba en un armario cuatro resmas de papel y un frasco de tinta. No había ni más papel ni más tinta, todo debía escribirse con lo que había allí. Por eso, al principio, para ahorrar intenté hacer la letra más pequeña. La visión la había escrito, corregido dos veces con mucha lentitud y la había vuelto a pasar a limpio. Las hojas se iban gastando con más celeridad de lo que pensaba. Y la que iba a ser la versión final, ya mostraba nuevas marcas a lápiz sobre las palabras y anotaciones en los márgenes. Tampoco ésa, la de la buena letra, sería la versión definitiva.

Al ir a buscar la goma de borrar al armario, miré mi sotana colgada de la percha. Yo obedecía el decreto vistiendo como un laico incluso en la intimidad de mi casa. Desde que recibí la sentencia, esa sotana había quedado allí colgada y guardada. No me había atrevido a guardarla. Seguía en la misma percha de siempre. No me la había vuelto a poner. Había que obedecer y someterse también estando a solas. Obedecer sin resistencia interior. Viendo un designio de Dios incluso en los errores de los superiores.

Permitir el mal... Después de lo que he visto, permitir o querer... Al final se hace la Voluntad de Dios. Dentro de un cajón del armario, estaba la sotana buena, la más nueva, la que había usado en solemnidades y visitas a casas importantes. Estaba perfectamente doblada y con naftalina en el cajón inferior de ese armario. Su recuerdo me hirió. La tristeza se asomó un momento a mi alma.

Pero estoy tan feliz por mi visión. Ya no me importa para nada mi situación. Los días anteriores he vivido colmado de felicidad. Porque ahora sé que Dios está contento conmigo y eso es lo único que importa. Antes de la visita del ángel, en mí había penetrado el sentimiento de que mi vida había sido un fracaso. Ahora me doy cuenta de que es justo lo contrario. Dios mismo me lo ha dicho. Durante estos días, a ratos, he llorado de felicidad. Todo tiene sentido. El sufrimiento ha tenido sentido.

El ángel, de nuevo, se apareció en mi salón, como la primera vez. Al acabar de rezar un rosario, a las tres de la tarde. Caí de rodillas. Lo primero que hizo fue darme ánimos.

—¿Te ha complacido lo que he escrito?

—Sí.

—¿Quieres verlo? —le dije mostrándole las hojas cubiertas con letra menuda. Me sentí como un niño que enseña su redacción al maestro de escuela.

—¿Crees que necesito leerlo como vosotros, línea a línea? Te he dicho que me ha complacido tu trabajo. Lo has hecho lo mejor que has podido. Y eso es suficiente.

Me tranquilizaron sus palabras. Después me perdí en una serie de preguntas acerca del estilo y ciertos aspectos menores. Mi ángel me prestó atención con paciencia sin interrumpirme. Como

un hermano mayor que escucha al benjamín de la familia. Pero, después, por toda respuesta, se limitó a contestarme:

–Para esta misión podría haber sido escogido un gran teólogo dominico, hay uno en Friburgo y otro en el Angelicum, que son sapientísimos y humildes. Se podría haber escogido a un prestigioso jesuita profesor, un hijo de San Ignacio piadoso que siempre está trabajando como un ratoncito de biblioteca en una universidad alemana. También el designado podría haber sido un afamado obispo. Hay uno en Sudamérica que es un verdadero San Agustín. El designado también podría haber sido un reconocido cardenal que, al final, de sus días dejara estas visiones recibidas como herencia en su legado. El cardenal Ottaviani hubiera sido perfecto, aunque ahora sólo es un prometedor monseñor.

–Ángel de Dios, ¿por qué no han sido escogido ellos? Me has convencido plenamente de que ellos eran mejores opciones. Todo sería más fácil con ellos.

El ángel me sonrió con ternura.

–Pero, entre todas las opciones –me contestó–, el Omnipotente escogió al que era nada. Él, justamente Él, el Glorioso, escogió al despreciado.

–Pero con ellos todo sería más fácil.

–Para Dios nada es fácil o difícil. Cuando hablamos de Él, sólo existe lo posible o lo imposible. Para Él es tan fácil recordarte donde has dejado la llave de tu casa, como crear otro Universo, con un planeta habitado en el que se recree otra Historia con otros imperios que los de la Tierra. ¿Sigues pensando que con otra persona todo hubiera sido más fácil?

–Pero, escogiéndome a mí, perjudicáis la credibilidad de la obra.

–Humanos, no queráis enseñar al Ser Infinito.

Saqué mi pañuelo y me sequé las lágrimas. Escuchar que había sido elegido por Dios, me emocionó. Ya me había acostumbrado demasiado a las burlas.

–Humanamente hablando –prosiguió mi ángel–, hubiera sido más fácil usar otro hombre como instrumento. Pero Dios se complace en usar las nada para sus obras. El Glorioso Rey de reyes consuela al que ha sido humillado y le coloca delante de los demás en un lugar de honor.

Yo seguía llorando. Dios confiaba en mí. No me regodeaba en ello, pero me vino a la mente la cara que pondría el arcipreste (que me consideraba indigno del sacerdocio) si viera que había sido elegido por Dios. No me regodeaba en ello, pero qué cara de asombro pondría. Se quedaría con la boca abierta, sin entender nada.

El ángel me dijo:

–Hoy unos se ganarán su sustento fabricando zapatos, otros construyendo casas. Tu trabajo son las visiones. Así que vamos a ella.

Y, en ese momento, mi espíritu fue arrastrado exactamente al mismo lugar donde acabó mi anterior visión. Vi el Río de Vida que sale del flanco del Templo. Me quedé mirándolo con alegría, fijándome en su grandiosidad.

Tras un rato de silencio, respetado por mi ángel, éste me explicó:

–Antes de llegar a la desembocadura de este Río, quiero explicarte algunas cosas. Ese chorro incontenible de Ser que sale del Templo es Ser que surge de Dios. Ese Río de Ser no es como los seres que has visto sobre la superficie de Dios. Los bosques

que has visto sobre la Montaña, o los prados que ves allá alrededor del Río son seres limitados. Lo que ves surgir del flanco de la Montaña es Ser Infinito.

—¿Es un Ser personal?

—Sí, no es una energía o una cosa, es un Ser personal. Dado que surge de Dios, es, en verdad, el Hijo de Dios. La mejor forma de expresar la relación entre la Montaña Infinita y el Río de Aguas Vivas es la que existe entre un Padre y un Hijo.

—¿Y con esta fuerza manó desde siempre? —pregunté admirado de que se pudiera mantener de forma continua semejante chorro. Me producía la sensación de que tenía que gastarse el Ser. De un modo humano no podía dejar de pensar que no se podía mantener semejante intensidad.

Mi ángel me señaló la montaña de Este a Oeste, y después su índice apuntó hacia lo alto. Me quiso decir con este gesto: la Montaña es infinita, puede hacerlo. Después añadió:

—Ese Río ha manado de la Montaña siempre y siempre manará. No hubo un instante en el que no brotara este chorro impresionante.

—¿En el seminario nos enseñaron que el Padre no pudo no haber tenido a su Hijo? ¿Por qué no cupo esa posibilidad?

—A nosotros, los ángeles, nos podía haber creado o podía no habernos creado. Lo mismo con vosotros. Pero el Río de Aguas Vivas manó de forma necesaria de la Montaña, como bien os lo enseñaron en el seminario.

—¿Pero por qué eso es así?

—Voy a buscar una comparación, imperfecta. Cuando en el mundo material se levanta una montaña muy alta, ésta no puede

evitar que en ella choquen las nubes con su lluvia y rocío. Por su misma altura no puede evitar que la nieve se deposite en sus cumbres. Al final, una montaña de vuestro mundo material se ve incapaz de retener toda esa acumulación de agua y se desborda en regueros, arroyos que confluyen en un río. Lo mismo sucede con esta Montaña. Imagina que el agua fuera en realidad conocimiento, gozo, felicidad. Dios no pudo contener toda esa felicidad en sí mismo, desbordándose en un Río: Dios generó un Hijo, el Hijo de Dios.

—¿Por qué razón en el Evangelio Jesús a su Padre lo llama Dios si Jesús también es Dios?

—Todo lo ha recibido de Él. Jesucristo es el primero en adorar a Dios, en glorificarle, en tributarle la gloria que merece. Para Jesús, el Padre era Dios, aunque el mismo Jesús era Dios. El Hijo no es un Dios menor o un Dios de segunda categoría. Porque o se es Dios o no se es Dios. O se es Dios o se es criatura. Y este Río tiene el Ser de Dios. Las criaturas sólo somos una pequeña participación del Ser divino.

—¿El Hijo está subordinado al Padre?

—Eso es algo que confundió a algunos de los primeros teólogos de la Iglesia. El Hijo está totalmente sometido al Padre, el Hijo sólo quiere hacer lo que quiera el Padre. Ahora bien, el Padre jamás quiere hacer nada que no quiera el Hijo. Los dos son Dios y su querer es uno. El Hijo está sometido al Padre por el amor, y el Padre está sometido al Hijo por el amor.

—Entiendo. Es como un matrimonio en el que el marido ama tanto a su esposa que sólo desea hacer lo que ella quiera, y ella sólo desea hacer lo que él quiera.

—Exacto. Pero con la diferencia de que en un matrimonio humano, hay dos voluntades pero una sola carne. En el caso el

Padre y el Hijo, son dos voluntades pero un solo Ser. Y aunque sean dos voluntades, la del Padre y la del Hijo, se quieren tanto, se identifican tanto, que, en verdad, se puede decir que hay un solo querer.

–¿Pero hay dos voluntades?

–En realidad hay dos voluntades porque hay dos Personas, dos individuos. Pero tan identificadas, en tan perfecta sintonía, que, siendo dos, es como si fueran una. El Hijo se somete al Padre porque todo lo ha recibido de Él y está eternamente agradecido. Pero el Padre ama tanto a su Hijo que sólo desea hacer su voluntad. En el seno de esa relación hay dos voluntades, pero cuando actúan respecto a nosotros están tan de acuerdo que sólo observamos una voluntad.

–Dos voluntades en su seno, una voluntad respecto a nosotros y el resto de las criaturas –repetí tratando de entender.

–Si miráis el seno de la Trinidad, veréis que en las dos Personas hay dos voluntades. Pero están tan identificadas que, respecto a vosotros, es decir, en todo lo que atañe a las decisiones respecto a vosotros, con toda verdad siempre podéis hablar de una sola voluntad, de la voluntad de Dios.

–Pero reconocerás que el hecho de que Jesús llame Dios al Padre puede confundir a alguno.

–En ello hay un gran misterio: incluso Dios Hijo adora a Dios Padre, incluso Dios Hijo obedece a Dios Padre. Pero recuerda, el Padre sólo desea hacer lo que quiere el Hijo. Tan Dios es uno como el otro. Uno no es un Dios superior y el otro un Dios inferior. O se es Dios o no se es. Si se es Dios, se es de un modo infinito, de otra manera no se sería Dios.

–Pero el Padre es el Fundamento.

–Sí, pero le ha entregado todo su Ser a su Hijo. Nada se ha reservado, ni su poder, ni su conocimiento. El Hijo es tan santo como el Padre.

–Ese chorro poderoso que surge del Templo me parece tan impresionante que no tengo palabras.

Y yo no dejaba de contemplarlo.

–Simboliza que el Ser del Padre pasa al Hijo.

–Perdona que insista, ¿pero, de algún modo, no es más grande el Ser del Padre? Por lo menos, en algún modo.

–No. Todo el Ser del Padre pasa al Hijo. Todo. La relación entre ambos es como de una fuente y un arroyo. La Fuente divina traspasa toda el agua viva de su Ser al Arroyo. No se guarda nada. Ahora bien, la Fuente es una Fuente de Ser infinito, nunca se agota. Le pasa todo el Ser, sin perder nada de ese Ser. Pero no hay nada que posea el Padre que no se lo entregue al Hijo, continua y constantemente.

–Por lo que veo, el Río es mantenido en el Ser por el Padre. Es un flujo continuo.

–Sí, todo se lo debe al Padre y sin el Padre no sería nada. Pero el Padre le da todo su Ser.

–Por lo que veo, el Hijo no existe como si su existencia fuera un acto estático que una vez recibido ya continúa por sí mismo para siempre.

–Efectivamente, su existencia es como un flujo, como una corriente. La relación es como la de una Fuente y su Arroyo. Si en Dios hubiera tiempo, diríamos que el Hijo recibe cada segundo su Ser del Padre. Pero vive fuera del tiempo, en un eterno presente.

De manera que la donación de su Ser es continua sin paso de tiempo.

–De verdad, resulta tan increíble que ese chorro pueda manar con semejante fuerza sin que algo dentro del Padre se agote. Lo veo, lo veo con mis ojos que ese chorro es Ser ilimitado.

Sin dejar de mirar el costado de la Montaña, contemplando la generación del Hijo exclamé embargado de emoción:

–La Montaña es infinita, el Río es infinito. El Ser que mana la montaña es infinito. Todo lo que hay alrededor del Fundamento y el Río del Ser es finito. Nosotros somos criaturas. Somos pequeñas participaciones de ese Ser. Ahora entiendo la diferencia radical entre el Río Vivo que es la Segunda Persona y una gotita de agua. Como la diferencia que hay entre una mota de polvo y la Montaña.

Yo no podía dejar de mirar ese Río que surgía desde siempre del Fundamento. Después recorrí con mi vista el curso del agua. A lo lejos, el Río se hacía inmenso y estaba rodeado de vida. Incontables tierras cubiertas de verde hierba y prados floridos flanqueaban esas aguas del Ser.

Los bosques nobles de serenos cipreses donde volaban tranquilas las mariposas y los ruiseñores, cientos de kilómetros más adelante, siguiendo el curso del Río, daban lugar a frondosas arboledas de robles con suelos donde crecían numerosas setas aquí y allá. Arboledas que, de nuevo, cientos de kilómetros más adelante, se transformaban en espesuras húmedas donde pastaban cervatillos y corrían las alegres ardillas.

Los ángeles sobrevolaban las aguas como felices bandadas de aves. Millones de almas pululaban llenas de dicha en el interior de las aguas infinitas. Había vida en el cauce de esa corriente,

sobre su superficie y en su caudal. Al cabo de un rato de contemplar aquella belleza, pregunté:

—¿Pero el Padre no merecería más honor por ser el Fundamento?

—Dios es sólo Ser, y todo su Ser se lo entrega al Hijo. Por grande que sea el Fundamento, le hace partícipe de todo su Ser al Hijo. El Padre no es más poderoso, no tiene más conocimiento, ni siquiera es más sabio. ¿Por qué merecería más honor?

—Por haber aparecido el primero.

—Ambos están fuera del tiempo, ambos son igual de eternos. No hubo una época en que existiera Dios y no existiera el Hijo de Dios. No hubo ni siquiera un segundo en el que no estuviera junto a Él su Hijo. Padre e Hijo son iguales en honor.

—¿Y este Río contiene todo su Ser y lo mantiene dentro de sí, o desemboca en algún sitio?

Mi guía me hizo un gesto de que le siguiera.

Conforme el Río se acercaba a su desembocadura se hacía todavía más caudaloso. Por difícil que pareciera que pudiese contener más aguas, cada vez se hacía más gigantesco. Ya no se veían sus orillas. Sus aguas cristalinas llenas de luz se calmaban de un modo que parecían llegar a la inmovilidad. Su transcurrir estaba tan lleno de placidez que, en verdad, parecía un mar ese Río.

Pero después, sorprendentemente, el Río cayó hacia abajo. Es decir, ¡el curso del río se transformó en cascada! Aquello era increíble, porque el cauce del río llegaba hasta el confín del horizonte. Era como un mar cayendo en forma de catarata en el Océano. Caía formando una cascada ¡de varios kilómetros de

altura! La masa de agua que se arrojaba impetuosa hacia abajo era un espectáculo sobrecogedor.

Cuando sobrevolé esa caída y me detuve a mirar la cascada desde el otro lado, vi que formaba como un muro de agua, un muro blanco de aguas espumantes y ensordecedoras. No se veía el lugar donde ese volumen de agua caía estruendoso, porque allí se formaba una gran nube. Las aguas blancas y la nube igualmente alba llegaba un punto en que se confundían.

Más allá de aquella catarata perpetua se extendía el verdadero Mar. Un Océano de Ser sin límites. Ninguna orilla encerraba ese Océano. Se extendía sin final en cualquiera de sus puntos cardinales.

Ese Océano contenía ingentes cantidades de vida. Lo mismo que en el Río, los ángeles también sobrevolaban la superficie de sus aguas, y también las almas pululaban en sus aguas transparentes. En ese océano había islas y archipiélagos enteramente cubiertos de fauna y vegetación paradisiaca.

Mi ángel me hizo notar que conforme nos adentrábamos mar adentro, su profundidad se hacía mayor. Llegó un momento en que la profundidad del Mar era de miles de kilómetros. Mucho más adelante, sus abismos eran tan profundos que no hubiera bastado ni un año volando a gran velocidad para alcanzar su fondo. Lo repito, volando, no nadando. Ni aun así se hubiera alcanzado su fondo ni en un año. Pero no eran abismos de oscuridad, sino de Luz.

Mucho más adelante vi con mis ojos que, más adelante, ese Océano carecía de fondo: vi su infinitud. Su profundidad no conocía límite y no había orilla alguna más allá en el horizonte. Se podía recorrer durante siglos su superficie y nunca se

alcanzaba un límite en ese Océano de Vida: era la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

Me volví a mirar hacia atrás, a esa corriente que alimentaba ese Océano. Aquello era el espectáculo más grandioso que imaginarse pudiera. Sentí como si ese Río de felicidad me atrajese con una fuerza irresistible. De nuevo sentí como si mi alma abandonase el cuerpo. No vi a Dios, porque todo se volvió blanco ante mis ojos. Fue como un dormirse conscientemente en el regazo del Hijo. Mientras me adormecía, musité, de nuevo, palabras santas que no eran más sino de



hombres santos, de muchas almas llenas de amor que las habían dicho de corazón mientras estuvieron con vida sobre el mundo: *Vivo sin vivir en mí y de tal manera espero, que muero porque no muero. En mí yo no vivo ya, y sin Dios vivir no puedo; pues sin él y sin mí quedo, este vivir ¿qué será? Mil muertes se me hará, pues mi misma vida espero, muriendo porque no muero.* En medio de mi feliz adormecerme, escuché a miles de vírgenes que melodiosamente cantaban a coro estas palabras:

Tendrá de nuevo compasión sobre nosotros. Arrojará nuestras iniquidades bajo los pies. Arrojarás todos nuestros pecados en las profundidades del mar.

miqueas 7, 19

Yo soy el Hálito Santo

PORQUE EL SEÑOR TU DIOS ES DIOS DE DIOS
Y SEÑOR DE SEÑORES.
Deuteronomio 10, 17



1 de julio

La tercera aparición del ángel ocurrió a las siete de la tarde, después que yo hubiera rezado vísperas. Justo al cerrar el breviario, vi cómo aparecía ante mí en el salón de casa, como si su figura surgiese de una niebla inexistente. Siguiendo mi costumbre, me arrodillé. A su lado se apareció otro ángel más bellamente vestido que el primero, de un rango superior.

El segundo espíritu angélico me dijo que era mi ángel ministerial:

—Cuando Dios infundió tu alma en tu cuerpecito, vino este ángel a protegerte —y señaló al ángel que me había hablado las otras veces—. Pero cuando fuiste ordenado sacerdote, yo fui encargado de acompañarte hasta el fin de tus días. Los sacerdotes tenéis dos ángeles que os protegen. Bajé desde el cielo el día de tu ordenación.

—¿Asististe a mi ordenación?

—Sí, asistí a esa ceremonia. Y, después de la oración consecratoria del obispo, me puse a tu lado. Aquel día, en medio

de esos ritos, había más ángeles. Allí había ángeles y personas, santos del cielo y almas bienaventuradas, aunque vosotros sólo vierais la parte material.

Después, el ángel ministerial me explicó que me había protegido e inspirado muchas veces sin que yo me diera cuenta. Y que estaba muy contento de mí. Que, a menudo, venían otros ángeles y le preguntaban: ¿Qué tal sigue don Argemiro? Y que les contestaba: Santificándose más y más cada día. Y que esos ángeles bienaventurados me miraban con tanta benevolencia como lo harían un grupo de hermanos mayores entreteniéndose en mirar a un niño pequeño que empieza a dar sus primeros pasitos.

—¿Siempre estás a mi lado? — le pregunté.

—Tu ángel de la guarda, siempre. Los ángeles ministeriales vamos y venimos cuidando de nuestros sacerdotes. Pero vengo a ti muy a menudo, cada día te visito varias veces sin que te des cuenta. Los ángeles ministeriales somos de una jerarquía superior y cada uno tenemos a varios sacerdotes de Dios a nuestro cargo. Desde luego, vengo a tu lado siempre que me lo pides. Te inspiro en muchas ocasiones sin que te des cuenta. Son ideas que te vienen a la mente.

Este ángel ministerial me explicó que los obispos reciben un tercer ángel: el ángel episcopal, de una jerarquía superior.

—Si pudierais verlos, veríais que ellos están acompañados de tres ángeles. Sobre todo en las ceremonias: uno a cada lado y el tercero detrás.

—¿Por qué especialmente vienen durante las ceremonias?

—Para inspirar devoción al obispo. Para que, durante la liturgia, la gracia penetre en su alma.

Tras unas cuantas palabras más, me vi inmerso en la visión de Dios. Justo en la parte en la que me había quedado la vez anterior. Contemplé admirado el Océano Infinito del Ser de Dios. Era impresionante, no hay palabras para describir algo así. Mirando y volviendo a mirar aquella belleza, aquel poder, me sentí abrumado y dije:

–Necesito que me expliques tantas cosas –le supliqué a mi ángel.

No era una pregunta concreta, pero bastó para que mi guía comenzara a explicarme algunos aspectos acerca de lo que veía:

–Los hombres siempre han recurrido a dos imágenes para explicar quién es Dios: la montaña y el mar. Pues somos como una mota de polvo ante una montaña, y como una gota de agua ante el mar. Pues bien, la Montaña Infinita está conectada con el Océano Ilimitado a través del Río.

–¿El Río es menor que el Océano?

–No te fíes de las apariencias visuales, el Río tampoco tiene límites. La misma corriente de Ser, Ser Infinito, que sale del Padre, atraviesa el Hijo y desemboca en el Espíritu Santo. Por grande que te parezca este Océano no es más grande que el Río. Además, no hay ni una sola gota en este Mar que no haya pasado por el Hijo.

Me quedé mirando la serenidad de ese Océano: era la paz de Dios. Y, sin embargo, las suaves olas sobre su superficie sin fin representaban la continua vida que bullía en Él. Mis ojos percibieron las corrientes inmensas que recorrían su superficie, así como las corrientes internas que se movían en su seno. Aquel océano era estático como la Montaña, pero era otro tipo de estatismo. Mi ángel me dijo:

–El Océano Infinito es estático, pero lleno de vida. Como el del Fundamento, pero diverso. Cada Persona es realmente distinta de las otras dos. Cada una de Ellas es vida, pero cada una es una vida diversa. Cada una está llena de vida, ninguna de ellas es una repetición de la Persona anterior.

–¿Por qué Dios es estático?

–Porque es inmutable. En Él, en su seno, no hay ningún cambio. Ni el más mínimo. El flujo del Ser Infinito a través de las Tres Personas es eterno.

–Pero ese flujo es movimiento. Entonces sí que hay cambio.

–Ese flujo es participación del Ser. Esa participación es eternamente inmutable. La generación del Hijo y la espiración del Espíritu Santo son ahora como lo han sido siempre. En esas dos emanaciones nunca ha habido mutación alguna. El Río siempre ha sido así, como lo has visto. El Océano siempre ha sido, como lo has visto. Sólo ha cambiado la vida que ha nacido alrededor de ellos. Pero ellos no han cambiado.

–Me resulta difícil entender la inmutabilidad y, al mismo tiempo, la continua generación del Hijo y el Espíritu Santo.

–Dios no es como una piedra sin vida, inmóvil pero muerta. ¿Cómo expresar que Dios es tan inmutable como una roca, pero lleno de vida como un río? El río con su fluir constante es símbolo de la alegría ininterrumpida del brotar de sus aguas cristalinas. La Montaña es inamovible, pero está llena de vida.

–¿Es más inmóvil el Fundamento que el Río?

–No, los tres son igual de inmóviles, los tres están igualmente llenos de vida. La Primera Persona es estática como una fuente que no se mueve de su lugar. La Tercera Persona es el final, es la tranquilidad, la paz. Es donde desemboca toda la Vida

de la Primera y de la Segunda Persona. En la imagen que has visto, parece que sólo el Río se mueve. Pero no es así. El Hijo parece que se mueve, que tiene dinamismo, porque continuamente es generado. Pero no te olvides de que el Padre lo está generando continuamente, en un eterno presente sin final. El Espíritu Santo parece que es estático por ser el final, pero tampoco te engañes. Él está continuamente recibiendo su Ser del Padre y del Hijo, y Él devuelve el amor a los que lo espiran.

–Entiendo. Esta vida interna es común a los tres.

–Exacto. Si vieras a Dios de lejos, lo verías como una Esfera inmutable. Ésta podría ser una imagen visual para imaginar lo inimaginable. Ahora bien, en su seno, existe esa continua participación del Ser entre los tres.

Entonces comprendí, otra vez más, la insistencia del Padre en lo importante que era preservar la doctrina sobre las Tres Personas con la mayor pureza, de un modo perfecto. Porque vi a teólogos sobre cuyas cabezas revoloteaban las herejías como polillas grises. No ponían cuidado en custodiar la pureza de la Fe. A poco que se hubieran esforzado, el Espíritu Santo les hubiera ayudado.

Era impresionante ver, como lo estaba viendo, al Creador, Redentor y Santificador; Trino en la unidad, y Uno en la Trinidad. Y vi como ese Dios tenía sus amigos, pero también sus enemigos; incluso sus asesinos. Hay quienes si pudieran destruir a Dios, lo harían.

Dios siempre es más bueno que vosotros los buenos, me dijo aquella dominación angélica. Tenía razón. Comprendí, lo vi, que ¡Él es!, sin predicado. Estaba viendo la gloria de Dios. Era apabullante aquella visión serena y llena de poderío. Hasta ahora

me había hablado esa criatura angélica. Pero, mientras contemplaba ese Océano, surgió de esas aguas una voz que dijo:

YO HE SALIDO DE LA BOCA DEL ALTÍSIMO
Y COMO NUBE HE CUBIERTO LA TIERRA.
ECLESIAÍSTICO 24, 3

De nuevo sentí que perdía la visión de todo y el uso de los sentidos. Al cabo de un rato, retorné a la consciencia. Pregunté qué me había pasado. Necesité unos minutos para reponerme del impacto. Mi ángel no tenía prisa. Sí, en verdad, Dios había arrojado todas nuestras iniquidades en las profundidades de ese Mar de Amor que era Él, anulándolas. Era tan grande el Mal que yo había visto. Pero Dios era más grande todavía.

Todavía me sentía como el que sale de un sueño muy profundo. Poco a poco fui volviendo en mí. El ángel con tranquilidad me fue hablando acerca de lo que yo había visto en la visión, como un maestro que quiere dejar todos los cabos bien atados. Yo, como un pobre alumno, trataba de aprovechar sus explicaciones. En un momento dado, le dije:

–Se me ocurre una cuestión, acordándome de las clases del seminario al tratar este tema. Los teólogos orientales afirman que el Espíritu Santo procede del Padre a través del Hijo. Los teólogos occidentales afirman en que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. Después de lo visto parece que tienen razón los orientales.

–Te aseguro que ambas escuelas teológicas tienen razón. Ambas expresan la verdad de este misterio. Unos insisten más en un aspecto y otros en otro. Unos lo expresan como si fuera por fases, otros insisten más en la simultaneidad.

–Pero yo he visto que es a través del Hijo.

–Lo has visto así porque todo el Ser del Hijo proviene del Padre y visionando el conjunto de un modo sucesivo parece que esta procesión divina se produce por fases. Pero date cuenta de que todo ocurre de modo perfectamente simultáneo y que en Dios no hay tiempo. Imagínate que Padre e Hijo se abrazaran con cuerpos como los humanos y que de ese abrazo surgiera una luz que fuera el Espíritu Santo: eso también sería verdad. Tan verdad como lo que has visto, sólo que expresada de otra manera. Imagina que la Montaña abrazara al Río, y el Río abrazara a la Montaña. Ambas escuelas teológicas tienen razón. Ambas expresan una parte del Misterio.

–Ajá, ya veo. El Hijo recibe todo su Ser de ese abrazo del Padre –concluí–. Y en ese abrazo de los dos se emana al Espíritu Santo.

–Exacto. De todas maneras, la visión del Río es más clara para explicar la transmisión del Ser. La del abrazo es más clara para expresar la simultaneidad de la espiración del Espíritu Santo por parte del Padre y el Hijo.

–¿Pero no hay una de estas imágenes que sea más verdadera?

–No, las dos son verdaderas. La Montaña abraza al Río, y el Río a la Montaña. De ambos, es espirada la Nube de Luz que es la Tercera Persona.

–Tengo una pregunta. Si el Espíritu Santo es espirado por el Padre y el Hijo, entonces ¿del Padre surgen dos ríos: la Segunda y la Tercera Persona?

–De la Montaña no surgen dos ríos de Ser, sino sólo uno. Es de la unión de ambos (Padre e Hijo) que surge un único flujo de Ser que es el Espíritu Santo. *Spiritus* significa hálito, aliento, viento. De las dos Personas surge un solo Hálito Sagrado, un solo

Viento Santo. No dos alientos que se unen en una Persona. Por eso la imagen del Río y el Mar es más clara.

–Pero, al final, no podemos evitar decantarnos por una de las dos fórmulas: o a través o simultáneamente.

–Hay dos errores a evitar en esta procesión. El primer error sería considerar que del Padre salen dos Ríos, como si tuviera dos Hijos: hay un único Hijo de Dios, La Segunda Persona es el Unigénito no solamente el Primogénito. Unigénito, recuerda, es cuando un padre tiene sólo un hijo. Insisto, Dios-Fundamento sólo tiene un único Hijo. Y no puede tener dos, porque todo su Ser, todo, absolutamente todo, se lo transfiere al Hijo. No hay ni puede haber dos Ríos infinitos. Y es de esa unión entre el Padre y el Hijo como surge el Espíritu Santo. Como ves, las dos escuelas teológicas tienen razón, aunque cada una enfoca este misterio desde una perspectiva.

–Has dicho que hay dos errores. ¿Cuál es el segundo error a evitar?

–El segundo error sería justo en contrario. Consistiría en pensar que del Padre surge el Hijo, y que del Hijo surge el Espíritu Santo. En la expresión teológica de los occidentales muy acertadamente se insiste en la simultaneidad, en que los dos son causa de la Tercera Persona, en que el Ser de la Tercera procede de la Primera y la Segunda a la vez. ¿Cómo expresar visualmente los dos aspectos? Comprende que no es fácil tratando de evitar estos dos errores.

–¿Podríamos expresarlo como tres Esferas infinitas?

–Esa imagen es correcta y expresa mejor la simultaneidad. Pero tiene el problema de que no es que salgan unos, digamos, rayos de la Primera Esfera y de la Segunda, y al unirse esos rayos es cuando aparece la Tercera. No hay rayos flotando en ningún

lado. El flujo de Ser que se genera ya es el Hijo. El flujo de Ser que se espira ya es directamente el Espíritu Santo. No hay nada intermedio.

—Lo reconozco, si de Dios Padre sólo puede salir un único Río Infinito, entonces el mejor modo de explicarlo visualmente es el que he visto.

—En la imagen de las tres Esferas quedaría muy clara la procesión del Hijo, pero no quedaría clara qué es esa mitad de rayos que salen del Padre para unirse con los “rayos” del Hijo y así formar al Espíritu Santo. El único Ser Infinito que procede del Padre es el Hijo, no hay cosas intermedias entre el Padre y el Hijo: lo que surge del Padre es el Hijo. Lo mismo sucede con el Espíritu Santo, no hay pasos intermedios. Con la imagen de las Esferas un algo que no sería el Espíritu Santo debería salir de las dos Personas; sólo al unirse lo que sale de las dos Personas se formaría la Tercera.

—¿Y no podrían salir, simultáneamente, dos flujos de Ser Infinito? ¿Un flujo del Padre y otro del Hijo?

—No, porque sólo hay un único Ser Infinito, no hay tres seres infinitos. Las Tres Personas poseen un único Ser. Por eso de la Fuente surge un único Río, por eso el Padre tiene un único Hijo.

—¿Por qué Tres Personas? ¿Por qué no podría haber una cuarta persona infinita?

—La Montaña no pudo (ni quiso) evitar desbordarse en el Río. La Fuente y el Río no pudieron (ni quisieron) evitar desembocar en un Océano. Todo ese Ser Infinito no podía evitar desembocar en alguna parte. El Océano no tiene límite alguno. Era perfecto para que en Él desembocara todo el Ser del Padre y el Hijo. El Océano no precisa desembocar en ningún sitio, porque

contiene todo el Ser. El flujo de Ser acaba en Él. Allí descansan eternamente las aguas del Ser infinito.

–Pero el Espíritu Santo está como más lejos del Padre. Da la sensación de que el Hijo se halla más cercano al Padre y tiene mayor intimidad.

El ángel calló y me señaló la superficie de las aguas del Océano. El amor entre las Tres Personas calentaba esas aguas y se evaporaban formando nubes. Nubes que cubrían todo el Océano. El amor movía un viento que llevaba esas nubes hacia el Templo que es la Primera Persona. Esas nubes (que eran el amor del Espíritu Santo) acariciaban con su rocío la superficie de la Montaña. Esas nubes llovían sobre los bosques de la montaña y sus aguas purísimas penetraban por los recovecos pétreos de la Gran Roca, llegando hasta lo más profundo de ella, hasta lo más interno. Esas nubes cubrían la cumbre del Padre con el esplendor de la blancura de la más inmaculada nieve.

–De manera que hay un ciclo ininterrumpido.

–Exacto. Y no hay Tiempo, con lo cual la blancura de la nieve del Espíritu Santo se ha estado depositando en la Montaña desde siempre. El problema de que vosotros los humanos estéis inmersos en el Tiempo es que os hace imaginarlo todo por fases. Pero la caricia de la Nube del Espíritu Santo sobre la Montaña ha existido tan simultánea y eternamente como el aparecer de esa corriente impetuosa que surge del flanco de la Montaña. Vosotros pensáis por fases. Pero no apareció antes el Río, ni esa Nube Santa acarició la Montaña después.

–Ahora comprendo un poco más la relación entre simultaneidad y “a través de”.

–Sí, la relación entre la Montaña y la Nube fue tan simultánea como la aparición del Río. La relación entre la Primera

Persona y la Tercera es tan fuerte, tan amorosa, tan poderosa como la relación entre la Montaña y el Río.

—¿Pero sin el Hijo esa relación entre la Primera y la Tercera no sería posible?

—Cierto, pero el Padre no puede evitar que de Él surja el Hijo.

—Entonces ¿el Espíritu Santo es ese Océano o esa Nube Infinita?

—La Tercera Persona es ese Océano, esa Nube Infinita, el Viento que mueve en los cielos azules esas masas blancas, algodonosas, repletas del Agua de Vida; también es el rocío que desciende de lo alto, o esos campos inacabables de blancura nívea que cubren la Montaña, la cual es inacabable en sus dimensiones, por eso los campos nevados de la cima no tienen límite. El agua pura que penetra por las grietas y recovecos hasta lo más profundo de la Montaña simboliza el amor del Espíritu Santo que quiere y desea y consigue penetrar hasta lo más profundo de la Primera Persona: un abrazo que no se queda en la superficie, sino que penetra.

—Entonces, ¿también el Hijo procede del amor del Padre y el Espíritu Santo?

—Dado que el Hijo es generado únicamente por el Padre, lo adecuado y preciso es afirmar que el Hijo procede del Padre eternamente amado por el Espíritu Santo. Como la procesión de las divinas Personas existió desde siempre, nunca hubo un momento temporal en el que el Hijo procediera de un Padre solitario. La Segunda Persona siempre procedió de un Padre amado por el Espíritu Santo; y de un Padre que amaba al Espíritu Santo. Pero el Hijo es generado únicamente por el Padre. El agua que recorre a las Tres Personas representa el Ser.

–Ya veo, el Hijo surge sólo del Padre. Del mismo modo que sería erróneo afirmar que el amor del Hijo y el Espíritu Santo hacen surgir al Padre.

–Exacto, ese amor no puede hacer que aparezca la Montaña. La Montaña es el Fundamento. El Padre no es ni generado ni emanado por nadie. Al principio hay una Montaña. La Santísima Trinidad no se puede expresar con la imagen de tres ríos infinitos. Al principio de todo hay una Montaña, una Roca inamovible. Incluso la imagen de tres océanos ilimitados no expresaría la verdad de las cosas con la adecuación de la imagen que has visto.

Me quedé mirando el Océano que había ante mí. Bendita teología que me hacía conocer a mi Creador. Ensimismado en estos pensamientos, le dije a Dios que le amaba, que lo deseaba con todo mi corazón. Para mostrarme lo que había detrás de los conceptos, se me acercó una impresionante dominación, un gran ángel del Todopoderoso. El cual tronó con potente voz: ¡Contempla la gloria de Dios!

Y un velo se descorrió, y aunque no vi la Esencia de Dios, caí en éxtasis ante el Océano de Ser que tenía ante mí. Era el Dios vivo. ¡Vivo! Un Ser viviente, lleno de vida, dador de vida. Vi algo que ya no eran imágenes, pobres imágenes, sino lo que había detrás de esos conceptos. Deseaba sumergirme en ese Océano de Amor. Se me descubrió algo



de la Trinidad indivisa que me llenó de un placer indescriptible. No hay fuerza en las palabras para dar a entender lo que vi y sentí. La Trinidad Santísima la contemplé como un Misterio de bendición. Era un Ser trascendente. Trascendía todo lo que hay sobre la tierra y todo lo que podemos imaginar. Él estaba más allá.

Y el Espíritu de Dios se cernía sobre la faz de las aguas.

génesis 1, 2

No sé cuanto rato pasé en ese estado. Mi ángel seguía a mi lado, como un hermano mayor que espera a que su hermanito se despierte del todo. Yo había entendido de un modo muy profundo como Dios derramaba sobre los hombres las aguas de ese Mar que es su Santo Hálito. Estaba impresionado por lo que había comprendido sin imágenes, en un momento. Pero no era fácil trasladar aquello a palabras.

Después, otra vez, sin cansarse, el ángel me hizo reparar en aspectos concretos de lo que había visto antes de ese éxtasis. Era como si la lección que había recibido no pudiera tener fallos cuando yo la transmitiera. Al cabo de un rato, hice este comentario:

–Parece que el Espíritu Santo únicamente se vuelve hacia el Padre.

–No, la Nube Sagrada también derrama su rocío y su lluvia sobre la superficie del Río, así como sobre los bosques de vida que hay a lo largo del cauce del Hijo. También la Nube acaricia el Río. También la Nube sobrevuela la superficie del Hijo.

–El Espíritu Santo es Océano, Viento, Nube, Rocío, campos infinitos de nieve de blancura espiritual.

–Sí, todo eso en conjunto simboliza la vida, el amor y el conocimiento del Espíritu Santo. La Nube abraza a las otras dos Personas.

–¿No es más multiforme el Espíritu Santo que el Padre?

–La Montaña es el Templo donde habita el Ser Sagrado. Sólo has recorrido una pequeña parte de esa mole del Ser. Lo mismo el Río, el cual es mucho más extenso y variado de lo que puedas imaginar. Ni toda una vida de cien años te bastaría para

recorrer la extensión de ese Río de longitud ilimitada y profundidad insondable. Un Río capaz de llenar un Océano. Sólo un Río infinito como ése es capaz de llenar un Mar infinito. Los bienaventurados tienen toda una eternidad para conocer al Hijo y nunca acaban.

—¿Los bienaventurados se reparten y habitan sólo en una de las Tres Personas?

—Cada uno tiene su morada en el Ser de Dios. Unos tienen su morada en un lugar más o menos profundo de ese Ser. Se pasan la eternidad recorriendo el Misterio de la Trinidad, conociendo a cada una de las Tres Personas. Nunca acabarán ese recorrido. A vosotros los humanos, mientras vivís, os gusta recorrer vuestro mundo: visitar nuevos museos, callejear por ciudades lejanas y exóticas, caminar por pasajes naturales que no conocíais. Pues bien, ni en toda una eternidad acabaréis de recorrer cada una de las Personas de la Trinidad.

—Me has hablado mucho del Espíritu Santo como amor que abraza a las otras dos Personas. ¿Es también conocimiento esa Nube que les abraza?

—Sí, el Espíritu Santo es también conocimiento. Conocimiento que conoce al Padre y al Hijo. Conocimiento que penetra al Fundamento y al Río. También es vida y alegría.

—Ya veo que el Espíritu Santo aparece como Nube y como Viento.

—También como Fragancia. Cada vez que en la santa misa incensáis el altar, eso es una imagen del Espíritu Santo.

—Yo pensaba que el incienso simbolizaba nuestras oraciones que subían hasta Dios. Y que también podía simbolizar la

fragancia de nuestra adoración o el buen olor de nuestras buenas obras.

–Sí, simboliza todo eso. Pero también podéis imaginar que representa al Espíritu Santo rodeando el altar, abrazando el altar. El altar simboliza a Cristo, y desde él, el Espíritu Santo asciende a las alturas del Padre.

–Cómo me gustaría volver a celebrar la misa. Con qué devoción la celebraría ahora. Con qué fervor recitaría cada una de sus oraciones y realizaría cada uno de sus sagrados ritos.

En ese momento, casi me eché a llorar.

–¿No podría ser reintegrado al ministerio? –continué– Desearía tanto volver... a trabajar como sacerdote –se me hizo un nudo en la garganta–. Dios es Todopoderoso. Él puede hacerlo todo.

El ángel me miró lleno de piedad. Como se mira a un niño que sufre. Mi sufrimiento no era en el cuerpo, sino en el alma. Pero era dolor real. Mi ángel suspiró y me dijo con compasión:

–Los planes de Dios son siempre los mejores planes.

Allí terminó la visión.

Yo soy Uno

.....
¿PORQUE QUIÉN ES DIOS AL LADO DEL SEÑOR?
¿Y QUIÉN ES LA ROCA EXCEPTO NUESTRO DIOS?

2 Samuel 22, 32



7 de julio

Venía yo de darme un paseo junto a la vera del río Henares. Un sendero que, en esa época del año, sólo se podía recorrer a las nueve de a tarde, pues el sol era abrasador durante el día. Caminaba entre álamos y chopos, pero fuera del sendero toda vegetación estaba agostada.

Por el camino iba pensando el camino que había emprendido la coalición de partidos que gobernaba España: la expulsión del territorio nacional del cardenal Segura, primado de España, por criticar las medidas antirreligiosas del gobierno, la norma que regía la retirada de crucifijos de las escuelas, la disolución por ley de la orden de los jesuitas, la secularización de los cementerios propiedad de la Iglesia, la nacionalización de los colegios religiosos, hasta los entierros católicos quedaban sometidos a las normas que dieran los alcaldes.

Era evidente que nubes cada vez más oscuras se cernían sobre el cielo de España. Nubes de tormenta, cada vez más negras, cada vez más amenazadoras. El Gobierno quería acabar con la Iglesia de España y la mitad de la población le apoyaba. Que la Virgen Santísima nos ampare. Qué va a ser de nosotros.

A la vuelta hacia casa, vi que alguien había pegado unos cuantos carteles en la Puerta del Vado. Uno de ellos representaba a la República como una mujer bellísima totalmente desnuda. La única prenda que la cubría era un gorro frigio, una báscula romana en su derecha y una bandera de España en la otra mano. Yo nunca había visto una mujer totalmente desnuda. Ésta era tan hermosa, su piel tan blanca, sus pechos sin velos. Estaba rodeada de los retratos de ministros y políticos. Sólo reconocí a Lerroux, a Azaña y a Casares Quiroga. Aparté la mirada de esa mujer que me hechizaba con su firme mirada al frente y su sonrisa de victoria.

A su lado había otros carteles. Varios de ellos representaban a un fraile con cara de cerdo y dientes de lobo. Me detuve a mirarlos con tristeza por el odio con que habían sido hechos. Un político arrodillado ante ese franciscano le besaba la mano. Al obeso religioso se le caía la baba de la boca, mientras llevaba colgado del cinto unos chorizos y a sus pies había una bota de vino. Detrás del franciscano, agolpados a sus espaldas, se asomaban otros cinco frailes: sus rostros no eran humanos, eran animales, hienas.

Ya no son humanos. Para ellos, ya no son humanos, repetí mientras me marchaba lleno de pena. Esos carteles contra los curas y monjas que llevo viendo desde hacía un mes parecen hechos por el mismo demonio. Están sembrando el odio. Cada día crece más el odio y siento la impotencia de no poder hacer nada.

Tras volver a casa, bebí del botijo y con una toallita empapada me refresqué en la habitación. Fui lavando mi cuerpo parte a parte con una jofaina. Después me derrumbé en mi sillón a descansar. Tras unos quince minutos, fresco y rehecho, se apareció por cuarta vez el ángel.

Sobre la mesa estaban las hojas escritas en limpio, y las hojas cuya redacción todavía no era definitiva. El primer grupo de

hojas mostraba líneas rectilíneas y letras redondeadas. El segundo grupo mostraba un escrito lleno de remiendos: letras de distinto tamaño, tinta de pluma y letras garrapateadas con el lápiz, marcas y subrayados con un lápiz rojo.

Esta vez el ángel vino acompañado de un santo: San Argemiro. Era el mártir del siglo IX al que yo tantas veces me había encomendado. Se mostró muy feliz de saludarme. Al poco se despidió, diciendo que las visiones debían continuar.

Me encontré donde la visión se había quedado la última vez, viendo la Santísima Trinidad en conjunto, como ese impresionante flujo que constituía la infinita generación y la infinita espiración. Mi ángel me llevo a lo alto. Nos alejamos a gran velocidad hacia las alturas. Atravesamos un velo de nubes. Después un segundo velo de nubes blancas. Siete velos atravesamos hasta salir afuera. Siete velos en los que aleteaban millones de ángeles felices. En cada espacio entre velo y velo se escuchaba un diferente canto celestial que salía de las bocas de los dichosos espíritus.

Después de atravesar el último velo, seguimos avanzando hacia delante. Mi ángel, en un momento dado, me indicó que nos detuviésemos. Entonces me volví hacia atrás y donde antes había visto al Dios Trino, ahora veía al Dios Uno. Vi a las Tres Personas bajo el aspecto de un Sol infinito en medio de la nada, un Sol cuya luz no dañaba. Una Esfera rodeada de una gloria imposible de describir con palabras. Nada se le podía comparar. Qué belleza, qué amor desprendía.

El ángel me explicó:

—Cuando hablamos del Dios Único, la unidad de Dios se expresa mejor bajo la figura de la esfera. Mientras que la esencia

de la Trinidad se podría sintetizar como la emanación del Ser que va desde la Montaña hasta el Océano.

Miré a la inmensa Esfera, grandiosa, llena de majestad. Y comenté:

—La mayor parte de la Humanidad así ha conocido a su Creador, como un Dios único.

—Sí, sólo hace dos mil años Él decidió revelaros que es Uno y Trino.

—¿Cuántos en la Historia no han conocido que existía Dios?

—Pocos —respondió el ángel—. Incluso la mayor parte de las religiones politeístas colocaban en su panteón a un dios en la cima. Y ese dios que estaba por encima de los demás dioses para esos pueblos era Dios. Quizá no era así en la teoría de sus mitologías. Pero, en la práctica, para la gente sencilla solía haber un Dios justo, creador y todopoderoso que premiaría a los buenos. Por eso, casi todos los hombres que han existido en la Historia han barruntado, por lo menos en algún momento de sus vidas, que entre los dioses limitados e injustos tenía que haber un Dios que daría sentido a la existencia al dar a cada uno según sus obras en el más allá.

—No me extraña. Es algo instintivo.

—Hasta los hombres más primitivos entendían la diferencia entre espíritus misteriosos con ciertos poderes, y un Creador. Un Ser inmenso como una montaña, ante el cual ellos se sentían como una mota de polvo. El ser humano instintivamente sabe que tiene que haber algo más tras la vida, algún tipo de justicia.

—Ahora, después de las visiones, me doy cuenta de que hasta yo, formado en teología, tenía una imagen poco grandiosa del Todopoderoso. Si el Señor se hubiera dignado a hablarme a mí,

pequeña mota de polvo en su presencia, me hubiera podido decir con toda razón: “Nos imagináis como un anciano humano con una barba blanca y una paloma cerca de Él. Nos imagináis de formas muy limitadas y poco grandiosas”. Qué razón tendría Él en esta queja.

–Tú tendías a pensar en la Trinidad como si fueran tres bolas en un triángulo, y ya has visto que cada Persona es distinta, diversa, única. Cada Persona divina no es una copia de la anterior, no es una repetición.

–Ya, ahora me doy cuenta de mis limitaciones – reconocí mirando la Esfera grandiosa bajo cuya imagen se me manifestaba el Dios Único.

El ángel me explicó:

–Dentro de esa Esfera están las Tres Personas que has visto. La Montaña llena toda la Esfera ilimitada. El Río la recorre entera también. La Esfera está henchida con el Océano de su interior.

Miré y alrededor de la Esfera no había nada, absolutamente nada. Sólo oscuridad y vacío. Entonces pregunté:

–¿Y las almas? ¿Y el Universo?

–Todo existe en Él, nada fuera de Él.

–¿Cuánto tiempo pasó hasta que Dios decidió crear el Universo?

–En Dios no hay tiempo. Vive en un eterno presente. En Dios no ha pasado nunca ni un solo segundo. Tampoco había un espacio vacío que había que llenar. Antes de la Creación no había espacio. El Ser de Dios era todo lo que existía.

–¿Y era feliz Dios en su soledad?

Mi ángel rió.

—¡Dios es infinitamente feliz! —afirmó el ángel con rotundidad—. Era plenamente feliz. Créeme, Él no os necesita para nada. Os quiere, os ama, pero no os equivoquéis: Él estaba lleno de dicha en grado sumo, incluso aunque ninguno de nosotros nunca hubiéramos existido. Os creó para que también vosotros participais de su felicidad. Pero nada de lo que hagáis le podrá hacer más feliz. Tampoco nadie podrá disminuir su felicidad, ni en el más leve de los grados.

Yo me arrodillé y clamé con todo mi corazón:

—Señor, somos como polvo ante su presencia. Somos una gota ante el Océano.

Estuve así un rato con los ojos cerrados. Me parecía tan grandiosa la paciencia de Dios que no destruía todo el mal con un simple movimiento de su dedo meñique.

Mi ángel debió saber lo que había pensado, porque dijo:

—Si Dios quisiera destruir todo el mal del mundo, debería destruir a millones de sus hijos. ¿Es eso lo que quieres?

—Pues...

—Dios les da tiempo. Les da más tiempo, antes de que se les acabe todo tiempo.

Como mi ángel no me vio del todo convencido, añadió:

—¿Querías tú haber sido destruido?

—Yo nunca hice daño al prójimo. Mis pecados eran de debilidad.

—Hace quince años, recuerda, cuando eras más joven, tú estabas en tu interior repleto del magma del que surgen pecados peores. Eras la tierra de la que fermentan corrupciones más graves. Te lo repito: ¿Hubieras querido ser destruido?

Bajé los ojos.

–Pero nunca hice daño a nadie.

–Únicamente, porque Dios te preservó de seguir descendiendo más peldaños. Fue el Espíritu Santo el que te envió gracia tras gracia, hasta que comenzaste a ascender de nuevo, pasito a pasito. Cuánto tuvo que insistir Dios. Cuántos remordimientos tuvo que suscitar en tu corazón. Te lo repito: ¿Hubieras querido tú ser destruido?

–No –respondí.

–La próxima vez que pidas castigo y venganza, ten cuidado, no sea que, en el fondo, estés pidiendo que se te castigue a ti. Dios castiga, pero lo hace lleno de sabiduría. Castiga en su momento, ni antes ni después.

–Pero es que el mal sobre la tierra, a veces, es demasiado espantoso. Cuesta entender el silencio de Dios.

–No hay tal silencio. Dios habla. Otra cosa es que no queráis escuchar.

–Da la sensación de que los más espantosos monstruos de mal se libran siempre ante un Dios excesivamente bueno.

–No sabéis nada. Si conocierais el castigo de Dios. Si lo conocierais, sólo pediríais misericordia para todos.

–Pero...

–Creo que no hace falta que te recuerde la grandeza de Dios –me interrumpió–. Él también es grande al castigar. Grande en su bondad, grande en su justicia. Nada más terrible que su venganza.

El ángel hizo una pausa cerrando los ojos. Después añadió entreabriéndolos:

–Todo el mal que conoces en toda la Historia, y el que no conoces, recibirá justa retribución en su castigo supremo. Los hombres no saben quien es Aquél que clamó: *Mía es la venganza*.

La faz de mi ángel se había ensombrecido al hablar de cosas que yo no conocía suficientemente. En silencio, estuvimos contemplando la Esfera del Ser Infinito que teníamos ante nuestros ojos. Yo me ponía a hablar del Mal, teniendo al Bien Ilimitado delante de mí. El ángel, para cambiar de tema, me explicó:

–Tres criaturas ayudan a entender un poco la grandeza de Dios: la montaña, el mar y el sol.

–Explícame más al sol como símbolo de Dios, ya que ya me has explicado las dos primeras.

–El sol terreno es inalcanzable. Por más que los hombres saltéis o le arrojéis piedras, no lo alcanzaréis. No podéis mirarlo directamente sin abrasaros los ojos. De él recibís toda la vida que hay en vuestro mundo. Él es uno solo, pero todos vivís por él. Él está en el centro.

–Sí, siempre he pensado que el sol es como una parábola de Dios.

–El Creador puso esta parábola en el centro de sus cielos. Una parábola acerca de Él que, día tras día, se halla visible a los ojos de todos. Hay días que os parece que no calienta lo suficiente, hay días que os parece abrasador. Pero él es siempre el mismo. Hay momentos en que las nubes parecen ocultarlo del todo. Pero Él no tiene cambios. Es, verdaderamente, un sermón continuo para vosotros, siempre dando luz.

–¿Y en él está simbolizada la Trinidad?

–Sí, el Creador todo lo hace perfecto. El sol no puede tener esa masa tan colosal y no comenzar a experimentar una reacción de fusión en su seno. Acuérdate de esa palabra, *fusión*. Ahora no la entiendes, pero tus lectores sí que la entenderán. Pero no te preocupes, el Espíritu Santo te la recordará cuando escribas tu visión. Para esta visión que vas a ver mientras te hablo, necesitarás que la Tercera Persona te recuerde más cosas y términos que esa palabra. Pero no te preocupes, estate atento y después ya se te recordará lo que se vea que es necesario.

–Escribiré rezando antes de ponerme manos a la obra. Escribiré con mucho cuidado.

–Sí, aunque se te ayude, tú debes poner todo de tu parte. Bien, como te estaba diciendo. El sol no puede evitar el estallar en una corona de luz. El Fundamento, la Primera Persona, sería como el astro rey que no puede evitar el estallar en una colosal corona de luz. Esa Luz es el Hijo. Él es la Luz que sale del Astro Rey. El Hijo es la corona del Padre.

–Sí, entiendo, esa luz que sale de Él representa de forma muy perfecta el concepto de generación.

–Exacto. Uno no puede ser un Astro Infinito y no estallar en una Corona de Luz infinita. Todo rey tiene su corona: el Hijo es la corona del Padre.

–¿Y el Espíritu Santo?

–Estaría representada por la tercera parte del sol, la más externa. La que vuestros astrónomos llamarán la *corona solar*. Pronto la descubrirán. Esta corona es el viento solar, el último halo que surge del sol. Es el campo magnético del sol, sus vientos solares, el último halo que envuelve a la parte luminosa. Invisible, pero poderoso y benéfico. Una burbuja enorme que rodea a todo el sistema solar. Si la luz solar (símbolo del Hijo) llega a todos los

planetas, esta corona invisible pero real (símbolo del Espíritu Santo) también llega a todos.

–Impresionante. Sin lo que me explicas, nunca me habría percatado de que la Trinidad está representada de forma tan perfecta en nuestros cielos materiales. El sol parece único para expresar que Dios es uno. Pero, en realidad, está el astro, la luz y el halo que rodea a ambos.

–El Hijo es la corona del Padre, Luz de Luz. El Espíritu Santo es la corona del Hijo y es verdaderamente Viento, y así lo llaman vuestros astrónomos. Este último halo solar puede parecer muy humilde, pero es que representa a la Tercera Persona que siempre busca desaparecer, siempre busca la humildad. El Hijo aparece en todo el esplendor de su Luz. El Viento Santo busca desaparecer, busca la humildad.

–¿El Viento Solar es únicamente corona del Hijo?

–No hay ningún problema en que consideres al Espíritu Santo como corona del Padre y del Hijo. Si has captado la imagen que te he mostrado, verás que ambas afirmaciones son verdaderas.

–¿Y qué funciones tiene esta tercera parte del sol?

–Este último halo envuelve a todos los planetas del sistema solar y marca con su presencia el entorno donde es posible la vida. Sin él, las radiaciones cósmicas aniquilarían la vida en los planetas del sistema solar. Por eso, ciertamente, este halo representa al Defensor. Pensáis siempre en la Luz, que representa al Hijo, pero sin el halo podríais tener toda la luz que quisiérais y, sin embargo, la vida no sería posible.

–¡Qué magnífico símbolo ha puesto Dios de sí mismo en el cielo: está en el centro, atrae a todos, da calor, todo gira alrededor de él! ¿Cómo podemos estar tan ciegos a la verdad?

–Vuestro Padre Celestial decretó que siempre y a los ojos de todos, en lo alto de los cielos, apareciera el símbolo de Él mismo.

–Siempre me ha fascinado ver cómo un haz de luz solar penetra en la penumbra de una iglesia a través de una ventana, en mitad del silencio de una iglesia vacía. Es una imagen que inevitablemente me lleva a pensar en el Señor. El sol está a millones de kilómetros y su luz llega hasta allí. Directamente del sol hasta ese lugar. De verdad que siempre me ha parecido que esa escena me habla del Altísimo.

–Esa escena que describes ocurre todos los días en millares de templos, y no ocurre por casualidad. Él lo decretó así. Su última predicación en cada iglesia suya, antes de que acabe el día.

–Otra imagen que siempre me ha fascinado son los haces de luz del sol atravesando las nubes en el atardecer. Hay atardeceres en los que la sinfonía de colores, tonos de luz y nubes parecen gritar al mundo: Mirad a lo alto, Yo existo.

–Sí, hay cosas que son imágenes poderosas del Altísimo. Ninguna de ellas está allí por casualidad.

–¿Cómo los hombres pueden estar tan ciegos?

–Dios habla, son los hombres los que no quieren escuchar. Tienen otras ocupaciones, otros intereses.

–¿Lo que enseñó Santo Tomás de Aquino acerca de que el Hijo y el Espíritu Santo proceden del conocimiento y el amor de Dios es correcto?

–Es totalmente correcto. Y puedes incorporar esa teología a esta imagen.

–La visión que se me ha mostrado se centra en la donación del Ser, en mostrar visualmente esa emanación de la Segunda y

Tercera Persona. ¿Pero cómo puedo integrar lo que escribió Santo Tomás en lo que he visto?

—Lo que se emana de la Montaña es Conocimiento. El Ser espiritual que es el Fundamento se conoce a sí mismo y de Él surgen esos arroyos de conocimiento. Esos arroyos que procedían de la Roca eran el conocimiento de sí mismo. La Montaña Infinita rezuma con esos arroyos de conocimiento. Ese conocimiento infinito forma el Río. Date cuenta de que en Dios, realmente, no había al principio ni praderas ni bosques ni nada. Al principio, no había criatura alguna. Fue conocimiento lo que manó de su espíritu: conocimiento y sólo conocimiento.

—Por eso el Padre en las Escrituras le llamó *Logos*, Palabra.

—Sí, *logos* significa “palabra”, de ahí pasó a significar también “discurso”. De ahí pasó también a significar “conocimiento” en general. Todo el conocimiento del Fundamento se derramó en su Río. Como ves, el Autor de las Escrituras escogió muy acertadamente el término para referirse a la Segunda Persona: Palabra. Porque todo ese conocimiento era en realidad simplicísimo, simple en grado sumo, como una Palabra infinita que sale de la boca del Padre.

—¿Y todos esos regueros y regatos de la Montaña que ví qué simbolizan?

—Esos arroyos que recorren la superficie de la Montaña simbolizan el conocimiento que emana de toda la Roca. Pero del Fundamento sólo surge un único chorro imponente: la Palabra. Ese chorro formidable, incesante e infinito es la Palabra. Una única Palabra eternamente pronunciada por la boca del Padre.

—Entonces el Padre y el Hijo se amaron, y de allí fue espirado el Espíritu Santo.

–Exacto. Ante el amor del Hijo, de la boca del Padre surgió su Hálito Sagrado. El amor del Padre –el Espíritu Santo– es espirado a través del amor del Hijo. Y todo el amor del Hijo vuelve al Padre a través del Espíritu Santo.

–Lo entiendo, lo entiendo. No me he perdido en tu razonamiento. Las visiones me han ayudado a comprender. Podemos verlo por fases y de un modo consecutivo: y el resultado son los libros de la teología oriental sobre la Trinidad. Podemos verlo todo de un modo simultáneo, como un abrazo: y el resultado son los libros de la teología occidental sobre las Tres Personas.

–Así es –concluyó satisfecho mi ángel de que su alumno fuera comprendiendo las cosas.

–Ya me has dicho que la imagen de tres esferas te parece una imagen correcta.

–Sí.

–Me imagino que no está mal que, durante siglos, se haya pintado al Padre como un anciano con barba

–No, no está mal. De algún modo hay que representar lo invisible. La gente necesita una imagen al orar al Padre. Pero no tiene barba ni cuerpo. Si lo representas como anciano con venerable barba blanca, siempre habrá quien se queje de que lo estamos humanizando demasiado. Si lo representas como una gran montaña infinita, siempre habrá alguien que se quejará de que no estás resaltando su carácter personal.

–¿Y que te parece representar a la Trinidad como tres personas sentadas en tres tronos que aparece en algunos óleos antiguos?

–Esa imagen tiene de positivo que recalca mucho el carácter personal de cada uno de los Tres, evitando que se les pueda

considerar como energías o fuerzas impersonales. Pero posee el inconveniente de presentar con manos, pies y cuerpo a los Tres. El Padre, aunque se le llame así, nada tiene de apariencia humana. Tampoco el Hijo tuvo nunca la más leve apariencia humana antes de la Encarnación. Presentar con cuerpo de hombre al Espíritu Santo, cuando su mismo nombre afirma que es espíritu, tampoco es una imagen que satisfaga.

—Además, esa representación induce a pensar que la Trinidad son tres Dioses sobre tres tronos.

—Sí, la Trinidad no son tres Dioses. Pero tampoco seas duro con los artistas que pintaron el Misterio de esa manera en los frescos, óleos y pergaminos. Hicieron lo que pudieron.

—¡Pero no son tres Dioses!

—Ni son tres Dioses, ni es un único Dios que se manifiesta de tres maneras. Es decir, no es una apariencia: realmente Él es Tres Personas.

—A mí, lo que me parece peor es cuando se representa a la Trinidad como un ser humano en cuyo rostro hay tres caras.

—Sí, eso es peor, porque la imagen resultante no es bella. Pero, al menos, no puede negarse que los creyentes se han esforzado en representar visualmente este Misterio. Unas veces lo han logrado con más acierto y otras con menos. Pero no seas duro con ninguna representación. Todos tuvieron buena intención, todos trataron de mostrar la verdad.

—No seré duro.

—¿Tienes alguna duda?

—Creo que no.

–Aunque sepáis poco de la Santísima Trinidad, lo importante es que lo que sabéis lo sepáis correctamente, sin errores ni deformaciones. Sabed poco pero bien.

–Me ha quedado claro que el Espíritu Santo no es el Hijo del Hijo.

–Muy bien.

–También que el Espíritu Santo, aunque surja del Hijo, también es el Hálito que sale de la boca del Padre.

–Así es.

–Veo que Dios es padre y madre, dado que no tiene sexo puesto que es un espíritu.

–Cierto.

–Que el Hijo no es un poco inferior al Padre.

–Así es. Él es consubstancial.

–Como al Padre y al Hijo los representamos con rostros humanos, y con cuerpos humanos, antes de estas visiones el Espíritu Santo se me aparecía, en mi vida espiritual, como una figura menos cercana. Pero ahora entiendo mejor lo que ya sabía: que, en realidad, por esencia ninguno tiene cuerpo.

–Ni siquiera el Hijo tenía cuerpo humano antes de la Encarnación. La Segunda Persona era espíritu y sigue siendo espíritu. Se encarnó, pero no dejó de ser espíritu. El Espíritu de la Segunda Persona sigue estando en todas partes del Mundo y del Universo. Asumió un cuerpo, pero no renunció a ser espíritu y sigue estando en todas partes. Sigue siendo ese Río que has visto. Esa Palabra inmaterial que sale de la boca del Padre.

–Gracias por enseñarme tantas cosas.

–Te enseño, porque, como te he dicho antes, aunque sepáis pocas cosas de la Trinidad, debéis saberlas bien. El Señor ha estado muy atento a lo largo de los siglos para que el error no penetrara en vuestra doctrina acerca de este Misterio. Las herejías han sobrevolado la doctrina, pero Dios ha impedido que anidaran en ella. Ama la ortodoxia de la doctrina, porque en ella brilla el esplendor de la verdad. La doctrina recta debe ser custodiada.

–Ángel mío, nunca me alejaré del Magisterio de la Iglesia.

–La ortodoxia del Magisterio se ha formado a través de un largo y armonioso proceso de siglos. La tenéis ahora gracias a la oración, estudio, ayunos, sacrificios, lecturas y largos diálogos de santos, obispos, ascetas, místicos, teólogos, padres de la Iglesia, doctores, concilios y Papas. Vosotros los humanos sois falibles.

–Lo reconozco.

–Os equivocáis sin querer. No hay mala voluntad. Las herejías sobrevuelan vuestras mentes. Dios protege a su santa y única Iglesia para preservar la recta doctrina.

–A partir de ahora lucharé con todas mis fuerzas para honrar y alabar a la Santísima Trinidad.

–Muy bien, pero quédate claro, hombre, que nada de lo que hagáis engrandece a la Trinidad. Podéis tributar todo el honor y gloria que queráis al Altísimo, pero Él ya posee la gloria infinita.

–¿Cuál es la gloria del Señor?

–La gloria de Dios es Él mismo. ¡Él mismo! –repitió con énfasis–. Su mismo Ser, su grandeza es su mayor glorificación. Ningún honor que le tributéis le hará más feliz.

–Pero nuestro amor sí que lo desea.

–Él quiere que lo améis. Pero recordad que todo vuestro amor, el de toda la Humanidad, al lado del amor infinito que es Él es como una pequeñísima gota al lado de un mar sin fin. Vuestro paupérrimo y limitado amor no tiene nada que ver con la profundidad y pureza del amor de las Tres Personas. Todo lo que hagáis es para vuestro bien, a Él no le añadís nada.

–Parece que hablas de un Ser insensible. Alguien al que no le importamos nada.

–Dios está lleno de cariño y ternura hacia vosotros. Os quiere con un amor incomparablemente más grande del que nunca vosotros tendréis por Él. El candor de su ternura paternal hacia vosotros nada tiene que ver con vuestro amor escaso manchado de egoísmo. En la Biblia Él ha usado todo tipo de imágenes para que entendáis la verdad de esto. Él es un padre que os ama, pero, al mismo tiempo, nunca olvidéis la diferencia entre Él y vosotros. No olvidéis que Él es inmutable. Él no tiene que alcanzar la felicidad, ya la ha tenido desde siempre.

–De verdad que, después de lo visto, ya nunca olvidaré mi lugar cada vez que ore a mi Creador. Ahora entiendo en toda su verdad la frase *no somos nada*.

–Sois un poco de algo sacado de la nada. Sí, tenéis que ser humildes. Los ángeles somos como vosotros, un poco de polvo en suspensión alrededor de su trono.

–Seré agradecido. Para siempre ya seré agradecido.

–Recuerda, su Mano, al crearos, sólo quiso participaros de su felicidad. No buscó otra cosa al crearos. No penséis nunca mal de Él, porque únicamente quiere que seáis felices.

Allí acabó la visión.

Bajo el cielo de hierro

HABRÁ LLANTO Y RECHINAR DE DIENTES.

Mateo 13, 50



18 de julio

Me encontraba en la biblioteca municipal, donde había ido a leer un rato *Las vidas de los doce césares* de Suetonio. Estaba inmerso en esas páginas ingenuas y llenas de detalles de la vida privada de aquellos gobernadores del mundo. Qué diferente la existencia en aquellas villas deslumbrantes de objetos lujosos y palacios marmóreos frente a mi pobre piso lleno de escasez. Había acabado de leer el sueño en Acaya de Vespasiano, cuando el contable del ayuntamiento entró en la sala abruptamente y le dijo a su amigo el bibliotecario, sin bajar la voz, que había rumores de un levantamiento de las tropas regulares de Melilla.

Yo era el único que estaba en la biblioteca, así que siguieron hablando en voz alta. Me levanté y me dirigí a ellos a preguntar más detalles. De momento todo eran más bien rumores. A esas horas no estaba claro si el alzamiento había acabado y todo había quedado en una sanjurjada. Pronto llegó un escribiente, sabía que allí encontraría a sus dos amigos. No traía noticias nuevas, sólo ganas de parloteo. Al escribiente le encantaban esas charlas sobre temas en los que pudiera llevarse la mano al entrecejo y exclamar: *Esto no puede seguir así*. La charla, como es lógico, se animó.

El asunto se comentó mucho por la tarde en el Casino y los cafés de la ciudad, pero la verdad es que todo siguió tan tranquilo como en la jornada anterior.



19 de julio

La gente se arremolina delante del bar de *Madroño* en la Calle Mayor. Me acerco y pregunto qué pasa. El periódico pasa de mano en mano en la barra. Todos comentan las noticias recién llegadas: Hay un golpe de estado.

Un maestro retirado lee en voz alta para que todos oigan. Entrecorta el texto de la primera plana, para, como dice, *no leer toda la letra pequeña*:

–Legionarios y regulares ocupan los edificios gubernamentales de Melilla. (...) El Gobierno ha ordenado concentrar aviones en el aeródromo de Tablada (Sevilla) para atacar los cuarteles africanos. (...) El Ministro de Marina ordena el bloqueo del Rif con destructores y cruceros.



20 de julio

Estoy en la Plaza Cervantes junto a mucha más gente congregada. Un capitán de infantería se sube al quiosco circundado de unos trescientos alcalaínos. Allí lee el bando del comandante Baldomero Rojo: se ha declarado el estado de guerra. A continuación, los soldados se destacaron en los puntos principales de la ciudad, ocupando el ayuntamiento, la plaza de los Santos Niños, las oficinas de correos y telégrafos.

Al principio, ni a mí ni a nadie de los presentes, nos quedó claro si aquel despliegue de tropas estaba a favor del Gobierno o

no. Pero cuando las tropas se enfrentaron a algunos milicianos armados a los que pretendían quitarles los fusiles, quedó claro que el cuartel de la ciudad se había sumado al alzamiento.



21 de julio

Genara, la portera, corre escaleras arriba a pesar de sus cincuenta y ocho años. Desanudándose el delantal primero y levantándose la falda que le llegaba a los tobillos, vuela por los peldaños de madera y contrahuellas de baldosa, gritando: ¡Don Argemiro, don Argemiro! No hizo falta que llamara a la puerta. Yo ya había abierto la puerta y la esperaba en el rellano. La obesa mujer se paró y retomó el aliento. Necesitó unos segundos para recuperar el resuello. Haciendo una última profunda inspiración, me advirtió:

—¡Por lo que más quiera, no se le ocurra salir a la calle!

—¿Pero qué pasa, qué pasa?

—¡Están matando a los curas!

—¿Pero qué me dice?

—Han matado ya a don Julián.

—¿El abad?

—Sí. ¡Y a don Eduardo!

Nuestra conversación no duró más de medio minuto. Genara bajó llorando las escaleras. Me dirigí a la terraza del edificio, situada en ese mismo rellano. Pasé entre la ropa colgada que se secaba al sol. Era una calurosa tarde de julio. Desde allí miré en todas direcciones, se levantaban más de catorce columnas de humo negro de todos los barrios de la ciudad. Cada columna era un convento o una iglesia quemada íntegramente o ante la que se

había hecho una pira con sus retablos, vestiduras sagradas, confesionarios e imágenes.

Miré hacia la calle desde la azotea: la ciudad estaba en manos de Lucifer. Los socialistas, comunistas y anarquistas se habían lanzado a las calles ebrios de odio. Ya no eran hombres, eran manadas de lobos en busca de presa. Después me enteré que la columna de milicianos, llegada de Madrid para acabar con el alzamiento en el cuartel de la ciudad, una vez acabada la lucha, había tomado los bares y tabernas para su descanso. No creían en la propiedad privada y, por supuesto, no iban a pagar. Era fácil imaginar el desastre que eso provocó.

De allí, armados como iban, pasaron a entrar en los comercios de la ciudad para tomar como botín lo que quisieron. Bien bebidos y habiéndose llevado lo que quisieron, la emprendieron, entonces, con los templos.

Desde la azotea, durante el crepúsculo, vi perfectamente bien la hoguera del Convento de Santa Catalina. Les llevó una hora entera amontonar en la calle Empecinado todo cuanto de sagrado encontraron en el convento. Las más bellas casullas usadas sólo en las más importantes solemnidades, ahora estaban amontonadas sobre pinturas del siglo XVII y XVIII. Los vetustos volúmenes de la biblioteca, todos, se echaron encima para que ardieran mejor.

Una miliciana en estado de completa exaltación no dejaba de empapar de gasolina aquella pila de objetos antiquísimos. Ella misma prendió fuego a la pira sacrílega.



22 de julio

Yo, como tantos otros curiosos, nos acercamos a ver las ruinas de la formidable colegiata de la ciudad. Acercándome a ese lugar, me arriesgué. Ciertamente me arriesgué. Si alguien me reconocía y me denunciaba a uno de los muchos sindicalistas con pistolas que iban y venían por la ciudad, sabía que iba a ser llevado directamente a la cárcel. Sin duda que muchos de izquierdas me reconocieron, pero, en ese momento, les parecí poco importante y me despreciaron. No valía la pena tomarse la molestia.

La visión del edificio gótico reducido a columnas erguidas bajo el cielo y a arcos que ya no sostenían más que aire me impresionó hasta las lágrimas. Ayer ese lugar estaba en pie, hoy eran unas piedras que servían de recuerdo de lo que hubo. Cuantas horas había pasado rezando allí. Qué bonitos eran los oficios de los canónigos y los grandes pontificales. Me sequé con el pañuelo la frente y toda la cara. El calor era asfixiante. Olía a madera quemada.

Yo miraba desde la puerta sin atreverme a entrar. Muchos que nada tenían que temer se asomaban al umbral. Me hubiera gustado (y me hubiera dolido) pasear por aquellas naves cubiertas de escombros. Tres o cuatro lo estaban haciendo. Quizá buscando algo de valor entre las piedras. Pero entrar allí hubiera supuesto significarme mucho ante los que por la calle se detenían un momento a fisgar.

En ese momento, alguien me tiró de la manga de mi camisa.

—Estás loco —fueron las primeras palabras de Juan el panadero que hablaba en voz baja.

Le miré sin decir nada con los ojos llorosos. El panadero continuó musitando:

—Vete ahora mismo a casa, ¡y no salgas! Por nada del mundo salgas.

Tenía razón. Cuatro sacerdotes más habían sido fusilados esa noche. Regresé directo a mi casa. Ya no podía acercarme a pedir pan a las carmelitas. Todas se habían dispersado. Sin hábito, acogidas en casa de sus propias familias, escondidas a ver en qué paraba todo aquello. Menos mal que habían salido en mitad de la noche. Su convento fue saqueado a la mañana siguiente.



23 de julio

Llaman a la puerta. Es María Dolores, un alma de Dios que se confesó conmigo durante años. Viene acompañada de su hermana Elena que apenas habla y que no está muy conforme en exponerse de esa manera. Ha accedido a acompañar a su hermana un poco a la fuerza.

María Dolores me trae pan de centeno y unos tomates. Es curioso, nunca me había ayudado. Hoy está rota y me agarra las manos llorando. Me pone al corriente. Todas las iglesias de Madrid han ardido. Los sacerdotes muertos en la capital son centenares. Las monjas han sido despojadas de sus hábitos y fusiladas. Si había alguna joven, la han violado. Sevilla está en manos de los *benditos rebeldes*. Burgos también se ha sumado al alzamiento. Pamplona, Palma de Mallorca, también. Mi prima ha visto a comunistas en la calle hacerse fotos con casullas encima, llevando una pistola en una mano y un crucifijo en la otra.

—Ahora las cosas están muy revueltas —me dijo con sequedad la hermana de María Dolores—. Pero espere una semana o dos y márchese al norte. A una gran ciudad donde nadie le reconozca.

–Sí, sí, váyase, no se quede aquí.

–Pero si yo ya no ejercía de sacerdote.

–Están encarcelando a gente significada de derechas.

–Basta ser muy religioso, para que una denuncia te lleve a la cárcel –añadió Elena–. Ayer encarcelaron a las tres hijas de Alcarreño.

–Su único crimen era ser de misa diaria –dijo entre lágrimas María Dolores.

–Eso... y ser muy guapas –añadió con rabia Elena.

–Los de la CNT han establecido una cosa que llaman *checa* en el convento los oratorianos –dijo María Dolores–. Quieren interrogar a todos los frailes de la ciudad. Están convencidos de que guardaban escondidas armas y grandes cantidades de dinero. ¡Los están torturando!

–No piense que su camisa blanca, su chaqueta de pana y la boina le van a librar –añadió con frialdad Elena.

Las dos hermanas se marcharon en seguida. María Dolores le aseguró que le traería algo más con la mayor frecuencia posible. Tenía la excusa de que su anciana suegra, que ya no andaba, vivía en esa escalera.



24 de julio

Me da la sensación de que el infierno ha triunfado. La religión ha sido borrada de la faz de este país. Los crímenes, las abominaciones han sido tan horripilantes que todo el mundo se pregunta por qué calla el Omnipotente. ¿Cómo Dios puede guardar silencio ante semejante horror? Los demonios están sobre la tierra, las puertas del averno se han abierto.

El golpe de Estado ha fracasado. Me han pasado un periódico de hoy. Ya están muy claras las zonas donde los rebeldes forman bolsas incomunicadas que no pueden hacer otra cosa que resistir y retroceder.

El Nombre del Altísimo ha sido borrado totalmente de la nación. Ya no se celebra el santo sacrificio en ninguna iglesia, ya no hay monasterios donde los frailes recen sus cantos, ya no hay ningún sagrario con la Eucaristía. O fueron vaciados por el sacerdote antes de esconderse o fueron profanados de las peores maneras imaginables. ¿Dónde está Dios?, preguntan sacrílegamente los impíos y los asesinos.

A veces, en la soledad de mi salita de estar, me venía la tentación de pensar que yo era un pobre hombre que había tenido visiones. Que la presión de mi expulsión del estado clerical me había desequilibrado. Que todo era fabricación de mi mente. Es como si una serpiente invisible, agazapada, me repitiera: “Sí, es mejor ya acabar con esta locura de la religión. O lo hacemos así, o esta aberración se perpetuará generación tras generación”.

Me voy a volver loco. Es lo de fuera y lo de dentro. Ésta es la hora de las tinieblas. Ahora entiendo a los Apóstoles abandonando a Jesús en el Getsemaní. La voz de lengua afilada, la boca llena de veneno, me susurra: “Resultan lamentables. Pero estas medidas higiénicas sólo durarán una generación. Después, la Humanidad ya se habrá librado de ese yugo para siempre”.

Trato de no pensar. Doy vueltas por el salón de mi casa, como sustitución del paseo diario. Tengo que hacer algo de ejercicio físico. Aunque no puedo andar más de cinco pasos en una dirección, desde la pared hasta la puerta de enfrente, y otros cinco pasos de vuelta. De tanto en tanto, tengo que parar si siento que me mareo. Ahora el sol es infernal, por la noche pasearé un poco por la terraza. Aunque ésta no tiene más de siete pasos de

largo. Y allí se encuentra el retrete de toda la casa. Eso me da miedo, cuanto más invisible sea para los vecinos mejor. Dos hijos de dos familias vecinas son favorables a ideas de izquierdas. Sus saludos en la escalera han sido monosílabos secos a pesar de los años. Mi secularización no cambió la mirada torva de estos dos obreros hacia mí. Sí, a la terraza saldré cuando se ponga el sol.

Pero la noche está lejos todavía. En este horno todavía me quedan más de cinco horas. No he ido a misa por la mañana ni hay lugar adonde ir. *No hay misa adonde ir*, es un pensamiento que me repica en mi cabeza. ¿Estoy soñando? ¿Estoy en mitad de una pesadilla? La España de los Reyes Católicos, de Carlos V, de Felipe II... y no se puede ir a misa.

Y no puedo celebrar misa aquí en casa. El decreto me retira toda facultad para celebrar sacramento alguno. Debo obedecer. No se me pasa por la cabeza saltarme la obediencia al que es mi arzobispo. Tampoco tengo vino ni misal ni nada.

Cuando estaba pensando esto y algo cansado de ese ir y venir, tuve la quinta visión.

Al ver al ángel, lloré amargamente. Le enumeré las desgracias que habían caído sobre España. El espíritu me escuchó, tomó mis manos entre las suyas. Después se levantó y dijo solemne:

—Escucha, oh hombre, porque éste es un oráculo del Señor de cielos y tierra: Yo haré resurgir monasterios, iglesias y catedrales. Las torres crecerán de nuevo como los árboles, los seminarios rebosarán con millares de seminaristas, los cantos de alabanza volverán a resonar bajo las bóvedas de las abadías. Las piedras caídas se levantarán, España retornará a mí. Este pueblo no será tan religioso como lo ha sido hasta ahora, sino más. Sus misioneros recorrerán todas las regiones del mundo. El fuego del

amor a mí volverá a incendiar los corazones de esta tierra, provincia a provincia, comarca a comarca. Las campanas tornarán a repicar alegres desde Santoña en el norte, hasta Almuñezar en el sur; desde Gandía en el este, hasta Muxía en el oeste; desde Candelaria en las islas del Atlántico, hasta Alcaufar en las islas del Mediterráneo. En todo el reino resonarán de nuevo, congregando a mis hijos para que me ofrezcan el incienso de la alabanza.

Mis enemigos nada podrán hacer contra mi Mano. Ahora los ves poderosos como Goliat. Y como el gigante filisteo elevan sus blasfemias mirando al cielo. Los derrotaré con un David de mi elección. Mis enemigos hoy los ves triunfantes por las calles. Hoy los ves. Mañana ya no estarán. Unos ya están destinados a la espada, otros al exilio, y los que queden se esconderán felices de haber salvado su vida.

Aquí acabó el oráculo. El ángel, que había estado mirando hacia lo alto, tornó a mirarme con ojos dulces. Le pregunté:

—¿Entonces habrá guerra?

—No será una guerra, será una siega.

—¿Y después el Evangelio brillará para siempre en esta nación?

—Durante una generación, Jesucristo reinará en España. Las leyes de la Santa Madre Iglesia serán ley de estas tierras y sus habitantes. Después este país, como todos los demás, será arrastrado por la marea de la Historia. Esa marea que le llevará a la gran apostasía.

—¿Y después?

—Después habrá otra gran siega. Mucho más extensa, porque la iniquidad se habrá hecho común a todos los pueblos de la

tierra. Pero para eso falta mucho. No quieras indagar los hechos lejanos. Siéntate.

Y el ángel me ayudó a sentarme en mi sillón.

—Te voy a mostrar la quinta visión —me dijo—. Has contemplado la dicha de miles de millones de seres humanos que murieron y ya descansan en paz, viviendo en el misterio de la vida de la Trinidad. Hoy te voy a mostrar otro misterio.

Salí de mi cuerpo, siendo precedido por el ángel. De nuevo vi la inmensa Esfera del Dios Único. Yo me apresté a lanzarme hacia Ella. Pero mi ángel me indicó que no, que era en dirección contraria, que le siguiera.

Le seguí y cuando me volvía hacia atrás para ver cuanto nos habíamos alejado, comprobé que cada vez se veía más lejos la Esfera. Nos adentrábamos en la nada que rodeaba a Dios. Su Luz se divisaba como la de una estrella cada vez más lejana. Nos internábamos en una región inacabable de oscuridad, silencio y oscuridad. En la noche, al menos hay estrellas, allí no había nada.

Después de un rato, comencé a ver cómo una especie de nebulosa de luz tenue, vaporosa, con un tono rojizo. Era la luz que emitía la nube que formaban millones de espíritus angélicos caídos. Unos eran más grandes, otros más pequeños. Almas oscuras pululaban entre ellos.

En medio de esa nube de espíritus me pareció ver algo así como un planeta deshabitado. Era igual que la Tierra en dimensiones y también tenía mares y continentes, pero eran otros mares y otros continentes. Me sorprendió ver que en él también había vegetación y desiertos, montañas y ríos. Le miré interrogativamente a mi ángel. El cual me explicó:

—Ahora el infierno está compuesto sólo por espíritus, sean estos humanos o demoniacos, pero después de la resurrección de los muertos, los resucitados ocuparán un lugar y necesitarán un lugar donde estar. No pueden estar flotando en el universo, tienen cuerpo. Dios les ha concedido este planeta desierto para que moren en él. Desde el principio, antes de modelar al primer hombre, ya había creado este lugar para ellos.

—Pensé que irían a las cuevas y grutas de la Tierra.

—Dios no es cruel. Son sus hijos. Les proporcionará una morada digna. Tanto amaron el mundo que, al final, tendrán un lugar como aquél del que no querían salir. Quisieron ser inmortales sobre la faz de la tierra para seguir con sus pequeños placeres y sus existencias meramente naturales. Así que Dios les otorga a estos hijos pródigos un lugar como el que desearon. Ya ves hasta dónde llega la misericordia de su Padre celestial.

—¿Ése planeta está en el mismo universo que el nuestro?

—Sí, sólo hay un universo material. Pero su planeta está lejos, incomunicado del vuestro.

Seguí yo mirando a los habitantes del tártaro. No quisiera equivocarme, pero mi intuición era como si me hiciese percibir las cantidades. O, por lo menos, así me lo pareció. Allí había unos treinta millones de demonios y unos cien millones de almas. Eso es, por lo menos, lo que creí ver.

—¿Si quisieran podrían dirigirse hacia la Luz?

—Ni pueden ni quieren.

Miré a mis espaldas. La Luz de Dios se divisaba en esa nada como un destello lejano, como el de una estrella. Como si en todo el firmamento oscuro titilara una única estrella brillante. Era impresionante ver toda la bóveda celeste con esa negrura, con una

sola estrella en esa oscuridad. Como un recuerdo continuo, constante, eterno, de que Él estaba allí.

–¿Pero y si, a pesar de todo, quisieran ir hacia la Esfera?

–Hay un abismo que rodea esta inmensa morada. Es como un precipicio profundo. En la negrura de esta nada no lo puedes distinguir. Pero si alguno de ellos se dirige a la estrella, cae en él. Después, se encuentra con una especie de pared de oscuridad que ninguno de ellos puede ni atravesar ni escalar.

–¿Por qué Dios no les permite llegar al lugar de los bienaventurados?

–Si vagasen en el lugar de los santos, no harían otra cosa que mal. ¿Para qué escuchar blasfemias? ¿Para qué escuchar siglo tras siglo sus recriminaciones? Para ellos estar allí sería un tormento. Sería como estar en medio de un horno. Estar en un horno del amor, rodeados de seres que aman, cuando los réprobos están llenos de odio.

–Entonces, ¿por qué alguno de ellos querría ir hacia lo que es su tortura?

–Ten por seguro que algunos, aun llenos de rabia, resistirían el dolor de lo que viesan con tal de querer hacer daño a los bienaventurados. Sólo nos darían pena. No hay ninguna necesidad de permitir que ellos se humillen más en un vano intento de hacernos sufrir. Permitirles que subieran al cielo sería permitir que sufrieran más ellos mismos y sería permitir su inútil intento de hacer daño a otros. No, los dos mundos no se deben mezclar. No sería para bien.

En el centro de esa nebulosa entreví a un espíritu diez o veinte veces más grande que los grandes espíritus que estaban

inmediatamente alrededor de él: era Satán. Lo vi bajo el aspecto de una gran masa oscura con vetas rojizas. No apareció a mis ojos bajo el aspecto de una anaconda colosal o de un dragón monstruoso o de un ser humano de grandes proporciones con cuernos en su cabeza y sentado en un trono. Lo que vi era algo informe. Como un magma vaporoso en el que se percibía toda la oscuridad que reinaba en él. Eso sí, al lado de otros ángeles caídos inferiores, sus dimensiones eran mucho mayores. Las vetas rojizas que palpitaban esa nube tenebrosa eran la lava ardiente de su rabia contenida.

Miraba el infierno y percibía la tristeza de ese lugar en medio de la nada. Eran millones, pero allí se tenía la misma sensación que se tiene al habitar en un pequeño pueblo en medio de un desierto. Es decir, se percibía la impresión de estar aislados. No se veía con los ojos ninguna barrera alrededor. Pero, en ese lugar, se sentía el peso de una muralla. Se respiraba la sensación de encerramiento. Ellos podían moverse con libertad en cualquier dirección. Al único lugar al que no podían dirigirse era hacia esa Luz de lo alto.

Dentro de esos muros invisibles, habitaban un sinfín de historias. Cada uno de sus moradores cargaba con su propia historia. La larga o corta existencia de cada uno había concluido en ese destino. Ese lugar era la despiadada desembocadura de sus existencias. Un lugar tan inmisericorde como ellos lo habían sido para con otros. El lugar era terrible, pero no era peor que sus moradores.

Además de los demonios, vi allí almas y sólo almas, todas desnudas. Allí nadie tenía ni coronas ni collares que expresaran previas dignidades. Únicamente tenían su existencia. En medio de esa constelación de almas, vi como destacaba la negra rabia de muchos dictadores. Hombres que habían hecho sufrir a multitudes

y a los que ningún purgatorio podría nunca purificar. En el averno tenían su residencia definitiva muchos reyes, tiranos, ministros y fieles servidores suyos. Importantes y envidiados en vida. Olvidados a su destino eterno tras el fallecimiento. Pero no sólo vi a estos enormes asesinos, también había hombres humildes. Vi a prostitutas crueles y a millonarios sin piedad, a renombrados hombres de guerra y a usureros de una bajeza increíble, vi a brujos y a adoradores del Diablo, a hijos que habían maltratado físicamente a sus madres y a torturadores al servicio de sus superiores, vi a comisarios de la Unión Soviética y a secuestradores de esclavos en África, allí había romanos de la época de Tiberio y chinos de la dinastía Liang, jemerres rojos y obispos.

Sí, también allí vi sufrir a abades y a, otrora, príncipes de la Iglesia, a cistercienses y eremitas. Allí había dos eremitas de distintos siglos que alcanzaron las cumbres de la vida mística, para después caer en la más perfecta apostasía, en la consumación de su perversión. Ninguno se condenó sólo por su lujuria o las drogas o el vino. Todos se condenaron por haber resistido hasta el final a la misericordia de Dios. Esos pecados de debilidad les llevaron a aguas cada vez más profundas, hasta convertirse en monstruos.

Mi ángel me lo confirmó con sus explicaciones. Nadie se había condenado sólo por caídas de debilidad. Esas caídas sólo habían sido la puerta de entrada hacia una escalera que llevaba más abajo.

—Mira, oh hombre, aquí nadie está privado de Dios para siempre únicamente por pecados de lujuria. Pero casi todos comenzaron por los pecados de la carne a desviarse, a enneguecer su vista espiritual.

—¿Todos no?

—No, todos no. Otros amaban a su mujer y le eran fieles, y comenzaron directamente por la avidez del oro a hacer cosas espantosas. Otros eran impotentes, pero el brillo del Poder les volvió locos. Otros, verdaderamente enamorados de su cónyuge, fueron envenenados por doctrinas políticas que les volvieron animales feroces.

Seguí mirando ese triste panorama de sufrimiento. Dios no añadía ninguna tortura a esas almas. Simplemente les había reprobado, condenándolos a existir lejos de los bienaventurados. Pero no añadía ningún sufrimiento. El único sufrimiento de esos condenados era tener que existir cada uno con su alma, con sus propios pensamientos, con su propia rabia, centrado en sí mismo y sólo en sí mismo. Porque la vida sobre la tierra había forjado un alma en cada uno de ellos:

El cruel para todos también lo era para consigo mismo. El egoísta vivía sumido en su egoísmo. El alma llena de exigencias y siempre descontenta seguía existiendo con su carga de exigencias siempre descontenta. El triste seguía triste. El malvado seguía encerrado en la maldad de su alma. Dios no añadía nada.

Vi cómo a los demonios les gustaba reunirse como pájaros alrededor de algún miembro del clero para reírse de él. En cuanto le veían se agolpaban y exclamaban burlones: Podíais haber estado bien cerca del Trono del Innombrable, ¡y ahora estáis con nosotros!

Tantas eran las burlas, que los miembros del clero preferían reunirse entre ellos. Muy a menudo, el clero formaba un grupo charlando entre ellos, contándose sus vidas. Realmente formaban un grupo *sui generis* allí y les gustaba juntarse con aquellos con sus iguales, sintiéndose más comprendidos. Había “comunidades” de dominicos que se animaban entre ellos, que trataban de organizar lo mejor posible su existencia allí. Había grupos de

importantes arzobispos que se consideraban por encima de otros rangos inferiores, que gustaban hablar de sus cosas, que trataban de pasar la eternidad lo más distraídamente posible. Había corrillos de monjas que, haciendo lo posible por pasar desapercibidas, habían decidido recorrer todo ese mundo infernal para conocerlo mejor.

En ocasiones, a estos grupos los demonios les rodeaban, gritándoles imprecaciones. Ya no podían tirarles piedras o clavarles tridentes, no tenían cuerpo. Sólo podían avergonzarles. Cuando se producían estos linchamientos verbales, los clérigos formaban algo parecido a un grupo apretado de personas puestas en mitad de una plaza, rodeadas por una masa que les escarnecía. Vi en el centro de ese círculo vilipendiado a cuatro Papas, rodeados de cardenales que trataban de resistir con la mayor dignidad posible aquella situación. En el grupo que vi, estos purpurados a su vez estaban rodeados de arzobispos. Así hasta llegar a los simples monjes y religiosos.

Por supuesto que había también cristianos que habían llegado muy alto en la entrega a Dios, traicionándolo todo después. Pero a los demonios lo que más les gustaba era avergonzar a los ungidos y a los consagrados. Era fácil, todos los clérigos estaban marcados por la marca indeleble del sacramento del orden. No podían borrarla de su alma. Uno tenía la marca sacerdotal fuera donde fuera, sin poderla ocultar.

Contemplé las jerarquías demoniacas. Unos más inteligentes que las escalas inferiores, unos más pérfidos que otros. En el centro de todo aquello estaba Satán. Los espíritus angélicos condenados y las almas réprobas sentían la íntima necesidad de un fundamento, de un centro. No podían estar dando vueltas

alrededor de la nada, así que el núcleo de esa sociedad caída era Satán.

En la nebulosa no había edificios ni prados ni nada material, sólo espíritus y nada más que espíritus. La única cosa material era ese planeta en su centro, sobre el que se asentaba Satán y la corte que se había formado para sí mismo. Esta ausencia de elementos materiales no debe hacer pensar que allí faltaban distracciones y que todo era aburrimiento. No, en ese mundo de réprobos había vida social, amistades y un largo etcétera de alicientes.

Allí había vida, una vida natural y sólo natural, pero conservaban el ser que habían recibido al ser creados. Carecían de todo lo sobrenatural, de la alegría y el amor sobrenaturales, pero tenían sus capacidades provenientes de su ser humano y angélico.

El infierno no era un lugar aburrido. Estaban condenados, pero formaban un mundo. Un mundo limitado, compuesto por individuos sin bondad. Pero, al menos, tenían ese pequeño mundo para recorrerlo durante un tiempo sin fin. No había allí tormentos físicos al estilo de tantos frescos y pinturas de las iglesias. La tortura era interior. Al menos, su Creador, les había concedido poder estar juntos y hacerse compañía. Afortunadamente, no se podían dañar físicamente. Podían, a veces, ser agresivos entre ellos, burlarse y atacarse verbalmente. Pero eso no sucedía siempre, y no era poca cosa poder estar juntos en medio de la oscuridad de la nada.

Muchos pintores se han imaginado cómo sería el infierno. ¿Habría torres, cuevas, casas, colinas? No, todo lo que vi, todo era espiritual. Aquello era, como ya he dicho, como una gran nube de espíritus. E, insisto, era menos malo de lo que parecía pintado en la pared de una iglesia. Lo espantoso de esa morada era su eternidad. Y el peso de la eternidad no se puede pintar en un fresco.

Es ese remordimiento lo que han tratado de representar con el fuego. Por eso el fuego no les consume como lo haría el fuego material con un cuerpo físico. Es un fuego espiritual, interno, para un alma sin materia.

Qué triste era saber que allá en lo alto se divisaba esa lejana luz de Dios y que nunca gozarían de esa felicidad. Al ver el infierno, cierto que me sorprendió que fuera menos atroz de lo que me imaginaba. Pero el peso de la eternidad era tan insoportable que me preguntaba cómo era posible que ellos lo resistieran. Pero no había otra posibilidad. No había venas que cortarse, ni un cuello que degollar, ni veneno que pudiera matar un cuerpo del que carecían. No les quedaba otra posibilidad que seguir existiendo y vivir la opresión de los siglos sin fin por venir.

Entonces pregunté:

—Cuando resuciten ¿se podrán suicidar?

—Podrán hacerse daño en sus cuerpos, pero sus cuerpos siempre se regenerarán. Poco a poco, no importa el daño que hayan sufrido. Como un cuerpo que va recobrando la salud, irán recobrando la integridad de sus miembros y la salud. Aunque se despedazasen en centenares de pedazos, esos pedazos volverían a reunirse lentamente. Una vez que un cuerpo ha resucitado, el cuerpo volverá a regenerarse de cualquier laceración que se le inflija.

—Ya he visto que el infierno será un lugar físico.

—Sí, Dios no mezclará a los malos con los buenos sobre la tierra, pero tampoco los encerrará en las grutas de la tierra como creías tú. Dios no quiere encerrar a nadie. Es un Padre, no quiere que los malos sufran más de lo que tengan que sufrir por el peso de sus propias almas. El tormento de sus propias almas, basta. Él no añadirá sufrimiento a sus existencias. Así que ya ha

acondicionado ese planeta que viste para los malos. Ese planeta ya es el centro del infierno. Planeta sobrevolado por demonios, como las abejas sobrevuelan una colmena. Satán ha asentado su pobre trono sobre ese planeta.

—Pero... no sé... ¿nunca, nunca podrán salir? ¿Jamás?

Me puse a llorar.

—Nunca —respondió mi ángel mirando hacia el infinito—. Aquí se entra para no salir. Si Dios haciendo violencia a la libertad pudiera hacerlos buenos, lo haría. Quebrantaría la libertad por un momento, pero salvaría sus almas para siempre. Pero esos seres libres han decidido de forma perfecta, deliberada y definitiva. Si Dios los metiera en el cielo a la fuerza, sólo sufrirían más.

—¿Nada, absolutamente nada, surgiría en sus corazones si fueran colocados a la fuerza en el cielo?

—Eso les atormentaría como un murciélago que fuese arrojado a la luz intensa del día. Sus ojos llenos de odio no pueden resistir la luz de la verdad.

—Entonces ¿sólo se condena el que odia a Dios?

—Todos los millones de seres que ves vagando en este triste destino se condenaron por pecados que les llevaron a otros pecados. Te aseguro que aquí hay muchas almas que creían en Jesús y que estaban seguras de no condenarse porque amaban a Dios, porque tenían fe, porque estaban seguras de pedir perdón en el último momento. Pero, pecado a pecado, llegó un momento en que la llama de su lámpara se apagó. Y nunca más volvió a encenderse.

Yo seguía llorando. En medio de mis lágrimas, pregunté:

–¿No hay nada que hacer por salvarlos?

–Incluso Dios ya no puede hacer nada por ellos.

Miré una vez más a Satán, miré su interior, sus razonamientos, sus exigencias. Era el hijo pródigo de la parábola. Sólo que este hijo había decidido quedarse allí. El tiempo le había endurecido en esa decisión. Su voluntad se había petrificado. Ni todas las oraciones ni ayunos podrían penetrar en su coraza.

Aquí terminó la visión.

Andando por tierra de lobos

EL LOBO Y EL CORDERO PASTARÁN JUNTOS.

EL LEÓN COMERÁ PAJA COMO EL BUEY.

Isaías 65, 25



25 de julio

Durante la noche tuve un sueño. Era mi ángel ministerial, que (como ya he explicado) era distinto del ángel de mis visiones que era mi ángel de la guarda. No vi nada, sólo escuchaba su voz, pero sabía que era él. Escuchaba su voz clara y potente como si saliera del interior de la Ermita de Santa Lucía de la que está situada frente a la gran colegiata destruida. Lo primero que ese ángel me dijo fue que tuviera ánimo, que no desfalleciera. Después me indicó que tenía que salir de mi casa y de mi ciudad ese día.

—Si esperas a mañana, será tarde. Tienes que ponerte en camino hacia Barcelona. Pero no vayas andando por la carretera de Zaragoza. Sal de Alcalá por el camino que va hacia Los Santos de la Humosa. Después te dirigirás hacia Anchuelo, de ahí Torres de la Alameda. Desde ese pueblo retomarás el camino más directo hacia la carretera de Valencia

—¿Y si hay puestos de guardias que me preguntan?

—Les dirás que eres un hombre pobre que ya nada tiene y que se dirige a Barcelona, donde, al menos, tienes primos.

—¿Y si me preguntan mi profesión?

—No debes mentir. Dado que estuviste dos semanas como contable en la frutería de los Gómez, les dirás que has trabajado como contable.

—Pero sólo fue mientras estuvo enfermo Artigas.

—No importa, no es una mentira.

—¿Dejo cosas aquí o me llevo lo que pueda?

—No retornarás, pero ve todo lo ligero de equipaje que puedas. Debes llevarte lo que has escrito hasta ahora, así como el papel y los útiles para escribir. No te olvides de nada de lo que usas: lapiceros, goma de borrar, lápiz rojo, todo lo que tienes en el armario.

—De acuerdo.

—Otra cosa, pon atención. Delante de tus escritos sobre la Santísima Trinidad, pondrás una hoja en blanco que será la primera. En ella escribirás con letras muy grandes y claras:

HISTORIA DE LA GLORIOSA CNT EN LA CIUDAD DE ALCALÁ DE HENARES

Eso lo escribirás con letra mayúscula y debajo pondrás una bandera roja y negra como la que te muestro. Usa el lapicero de mina oscura y el otro de mina roja. Debajo pondrás tus nombres y apellidos. Hazlo tal cual te lo he mostrado, porque sufrirás varios registros.

—¿Y bastará la primera hoja? ¿Y si hojean el resto de páginas?

—Hojearán sin leer. Sólo leerán la primera página.

—¿Y si me preguntan cosas?

–Responde sin faltar a la verdad, aunque callando lo que consideres prudente. Lo que sí que harán, tras leer el título y hojear el escrito, es preguntarte si esas hojas las has escrito tú. A lo que responderás con orgullo que sí. Incluso señalarás el nombre y dirás que eres tú. Responde sin titubear y del resto nos ocuparemos los ángeles.

Ahora ve y toma muy pocas cosas para este viaje. Te lo repito, ve muy ligero. Una última cosa, deja el breviario en casa. Si te encuentran el breviario, eres hombre muerto.

–No he dejado de rezar el breviario ni un solo día desde mi ordenación como diácono hace treinta y dos años.

–Obedecer a Dios vale más que hacer esas oraciones.

Con esas palabras acabó el sueño.



27 de julio

Llevo día y medio de caminata. Durmiendo donde me ha cogido la noche. Evitando caminar a las horas de más calor del día. He pasado varios registros de patrullas. Ayer, en la carretera de Loeches, una camioneta me recogió y me permitió sentarme en la caja de atrás. En Arganda del Rey, me volví a poner en camino a pie.

A eso de las cuatro de la tarde, descansando camino de Perales de Tajuña, veo pasar a un caminante solitario por la carretera. Yo estaba a la sombra, con la espalda apoyada en el muro de piedra de un lavadero. Había bebido casi hasta reventar.

Pobre y desgraciado como yo debe ser ése para caminar igual que yo bajo este sol. Caminaba él sin prisa, vestía muy

sencillamente. El desconocido torció hacia mí. Querría preguntarme algo.

Pero cuando se puso delante de mí, me saludó con estas palabras:

–Hola, Argemiro.

Me quedé boquiabierto. Conocía mi nombre. Ante mi estupefacción, me repitió:

–Salud, camarada Argemiro. ¿No me reconoces?

Le miré atemorizado y reconocí el rostro de ese chico joven: ¡era mi ángel de la guarda! Era increíble verlo con esos pantalones remendados con tirantes y las mangas de la camisa arremangadas, en vez de con su túnica inmaculada. Mi primer impulso inconsciente fue ponerme en pie y arrodillarme ante él. Pero poniéndome su fuerte brazo en mi hombro, detuvo mi movimiento y dijo con tono jocoso:

–¿Quieres que nos fusilen a los dos?

No lejos de allí, cuatro mujeres estaban trillando en una era. Podían vernos. Los dos nos sentamos a la sombra y charlamos un rato. Después le conté que me sentía agotado y cómo las heridas de mis pies empeoraban de día en día, ya empezaba a cojear. El ángel me dijo con una sonrisa:

–No te preocupes. Tranquilo.

Como vio que no me quedaba muy conforme, me miró fijamente a los ojos y añadió:

–Eso no tiene ninguna importancia.

Esperó un gesto de asentimiento por mi parte. Él conocía el futuro. Así que si decía que no tenía importancia, es que no la tenía. Asentí con la cabeza.

–Vamos a continuar nuestro camino –añadió–. Tenemos que llegar a Valencia.

Yo me quedé sorprendido. ¿No iba a darme ninguna visión? Además, ¿teníamos que llegar a Valencia? Yo no estaba acostumbrado a andar tanto. Me encontraba agotado. Pero mi ángel se limitó a darme la mano para ayudarme a levantarme del suelo. Nos pusimos en marcha y me dijo:

–Dios me ha enviado, porque sin mí acabarías detenido por alguna patrulla que te parase. Se van organizando cada vez más y la consigna es no dejar pasar a los que levanten la más mínima sospecha. Especialmente buscan a curas y frailes. Saben que muchos tratan de ocultarse en el anonimato de ciudades grandes.

–¿Sin ti me hubieran encarcelado?

–Sin ninguna duda. Pero conmigo no has de temer. Como el profeta Daniel: pasarás entre leones, pero no morderán.

Seguimos andando. La mera idea de andar hasta Valencia bajo ese sol me atormentaba. Pero nunca hay que desconfiar de Dios. Hora y media después, una camioneta que llevaba ropa a Valencia, accedió a llevarnos en la caja del vehículo. Tras una hora de conducción hicimos la primera parada larga.

–Así descansa el motor –nos explicó el conductor antes de echarse en la parte de la carga para hacer una buena siesta.

Estábamos los dos al lado de la carretera sentados a la sombra. La carretera atravesaba la pequeña plaza de un pueblo pequeño. Según un letrero formado por baldosas, el lugar se llamaba La Hinojosa. A nuestra derecha estaba la iglesia de la localidad, quemada, con las puertas tiradas abajo. Los restos de los objetos sagrados desgarrados o rotos aparecían esparcidos en torno a su pórtico.

Al poco, llegó una compañía del POUM. Los miembros del Partido Obrero de Unificación Marxista bajaron de los vehículos a comer y beber. Se repartieron por el pueblo, pidiendo comida y bebida. Era una petición amable. Pero la amabilidad no debía engañar: no admitía una negativa. También ese pueblo debía colaborar en el esfuerzo de la guerra, no sólo los combatientes. Los campesinos sabían muy bien que si llamaban a la puerta, había que darles de comer. En cada casa, descansaron cuatro o cinco soldados.

Al cabo de un rato, el capitán de la columna, harto de estar sentado en la casa donde había comido, y antes en el automóvil, había salido a estirar las piernas. En esas calles desiertas por el calor, entabló conversación con el ángel y conmigo. Sus palabras eran amigables. Era evidente para él que no éramos individuos ricos, sino pobres.

Yo no bajaba la guardia. Aquel comisario político, ahora elevado a un rango militar, era un asesino. Ese capitán estaba locuaz, pero yo prefería escuchar más que hablar. Al ver la iglesia quemada, nos dijo que él había interrogado a cuatro curas gordos. Y que él mismo les había disparado, porque nunca había visto cómo moría una persona y deseaba verlo. Podía haber mandado a otros hacerlo, pero había preferido hacerlo él.

Yo no abrí la boca. Pero mi ángel, ¡increíble!, inició una conversación de religión. ¡Sencillamente increíble! Cuando el capitán le preguntó cómo se llamaba, respondió: Ángel. Ésa fue su respuesta sin el más mínimo nerviosismo. Al cabo de un rato de diálogo, el oficial marxista (que seguía de pie) le dijo a mi compañero en tono bravucón:

—Si Dios existe, debería habernos castigado. Mira lo que hemos hecho con su iglesia. Ahora es un almacén.

El capitán miró al chico joven (el ángel) sentado sobre el suelo. Éste se había puesto a dibujar sobre la arena del suelo con una ramita seca.

–Perdónalo, camarada capitán –me apresté a intervenir yo, haciendo un gesto mudo, muy discreto, como de que se le había caído un tornillo de la cabeza.

El chico joven con total inexpresividad repuso al cabo de unos instantes:

–Dios no tiene prisa.

–No eres culpable. Esas ideas religiosas, chaval, te las ha metido en tu cabeza tu madre.

–No tengo madre. Aunque sí que tengo una Madre.

El desencantado miliciano escupió al suelo y secándose el sudor de la frente con la manga, ya bastante sucia, musitó con rabia:

–Nuestra única madre es esta guerra.

–Dios ya ha decretado el fin de esta guerra.

–¿Ah, sí? ¿Y cómo será, zagal?, si puedo saberlo.

–Concediendo el don de la invencibilidad a un hombre cualquiera. Después, portará el cetro durante casi cuarenta años. Ya está sentenciado. Durante ese tiempo, el Evangelio será la ley suprema de esta nación. Esta iglesia que ves frente a ti será limpiada, reconstruida ladrillo a ladrillo. Los cánticos volverán a resonar en ella y el incienso a perfumar su altar. Ya está sentenciado, no podéis hacer nada.

–El oficial lanzó una gran risotada que resonó en toda la plaza desierta. Después continuó:

–Muchacho, hizo bien tu padre en llamarte Ángel –se secó el abundante sudor de la nuca con el pañuelo–. Pero eres un ángel loco. Por eso te dejo en paz, tranquilo. Nuestra misión no es matar a los locos –eso lo dijo mirándome a mí, para tranquilizarme respecto a mi hermano.

Pero el capitán no debía tenerlas todas consigo porque le preguntó a Ángel entre risas:

–¿Tienes alguna prueba que darme?

–La realidad será la prueba.

El miliciano, por reafirmarse en sus ideas, se levantó y, desde la entrada de la iglesia, gritó a Dios con fuerte acento aragonés, su tierra:

–Si estás ahí, sal. No tengas miedo.

El chico siguió escribiendo en el suelo. Después añadió:

–No tiene miedo.

–Entonces que salga.

–Entonces, tú tendrías miedo.



28 de julio, por la mañana

Por fin llegamos a Valencia. Creo que todavía me temblaban las piernas del episodio del día anterior junto a la iglesia quemada. Los últimos doscientos kilómetros se hicieron interminables a causa de una avería: ir andando hasta el pueblo más cercano, conseguir un camión que remolcara al nuestro,

esperar a que el herrero de la población soldara la pieza rota. Menos mal que aquel hombre fuerte y noble estaba acostumbrado a hacer todo tipo de apaños a los motores de los camiones de los alrededores.

Proseguimos nuestro camino. Nos bajamos del camión en la Plaza de la Madre de Dios de Valencia, que por supuesto ya se llamaba así. Tras despedirnos por última vez del conductor y agradecerle su favor, el ángel me dio un codazo y me dijo:

–Mira quién viene por allí.

Vi a un hombre rubio vestido con un mono de trabajo que se acercaba directamente hacia nosotros. Nos saludó y me dijo:

–Soy tu ángel ministerial. Siempre te protejo. No lo olvides.

Le miré sin pestañear ni comentar nada. La única cosa que pensé fue: si me estoy volviendo loco, ya estoy totalmente loco.

Mi ángel ministerial se despidió en seguida. El otro ángel, el de la guarda, me acompañó diez minutos más. Habló poco, pero su sonrisa franca me confortaba. Al llegar a cierta plaza me explicó que tenía que marcharse, pero que no me preocupara, que Dios estaba conmigo.

–¿Por qué no te quedas conmigo? ¿Sabes la diferencia que hay entre deambular por esta ciudad solo a hacerlo acompañado?

–Querido Argemiro, la vida es una prueba. Dios no sólo podría haberte puesto un compañero visible desde el primer día que huiste de Alcalá. Sino que, incluso, podría haber hecho que no tuvieras que huir. Dios te pudo elevar al episcopado, hacerte rey en un trono, rico potentado en una mansión con una bella mujer, rodeado de hijos y nietos. La vida es una prueba. Sobrelleva ahora la carga de la soledad volcándote en Dios.

–Tienes razón, tienes razón.

Y caminando hacia atrás, se despidió con su mano, diciéndome:

–Cuando estés en el cielo, la vida te habrá parecido tan corta.

Bajo el primer velo

PORQUE YO CONOZCO LOS PLANES

QUE TENGO PARA TI.

Jeremías 29, 11



28 de julio, por la tarde

Hoy duermo en un albergue de Valencia. Uno creado por la Izquierda Republicana. Es de ellos, por eso, al entrar, he saludado con el brazo en alto y le he llamado “camarada” al portero. Le he pedido un lugar donde pasar la noche al portero y a otro que le ayudaba, no me han hecho preguntas al entrar más allá de mi nombre y profesión. El obrero de la entrada me ha señalado con aburrimiento la sala contigua y no me ha hecho otra indicación que la de que escogiera el catre que más me gustase y que estuviese libre. En aquella sala amplia hay más de cuarenta lechos.

Nada más llegar he dormido tres horas. Después me he levantado y, aunque iba a atardecer, me he acercado a la catedral. No ha sido fácil preguntar donde estaba la catedral sin dar a entender que iba a ella. Pronto se me ha ocurrido preguntar por cosas como:

—¿Donde está la panadería que está al lado de la catedral?

—¿Cuál? ¿La de Gallart?

—Sí, ésa.

Al llegar, esperaba ver un montón de ruinas y rezar en silencio allí delante mientras paseaba. Pero, aunque incendiada y desvalijada, se mantiene en pie. De momento se salva cumpliendo la función de inmenso almacén y garaje. La puerta estaba abierta, pero, evidentemente, no me atreví a entrar. De vez en cuando, paraba un camión delante del pórtico, y varios hombres vestidos de mono llevaban adentro cientos de pucheros, sacos de trigo y mantas.

Regresé al albergue. Tumbado en la cama, haciendo que dormía, tuve mi sexta visión. Mi ángel me mostró el cielo, el purgatorio y el infierno como tres capas contiguas, como tres estratos superpuestos y paralelos, como tres franjas, una encima de la otra. La franja inferior no tenía cielo sino un muro de grandes bloques de piedra que se extendía sin fin hacia los cuatro puntos cardinales. En el centro de las tres capas, en el medio del purgatorio, estaba el planeta Tierra, flotando en su perfecta mitad.

En el centro del estrato del cielo, estaba el planeta en el que paseaban y moraban Jesús y María, acompañados de santos y ángeles. En el centro del estrato del infierno, estaba el planeta donde habitarán los réprobos. Cada estrato del mundo espiritual tenía, por tanto, un planeta material en su centro.

—Hoy te voy a mostrar el purgatorio —comenzó el ángel—. Ya has visto que hay tres estratos en el mundo espiritual: infierno, purgatorio y cielo. El purgatorio, a su vez, tiene tres franjas. Pero primero observa cómo salen las almas de sus cuerpos.

LA SALIDA DE LAS ALMAS DEL CUERPO



Vi a las ánimas salir de sus cuerpos cuando morían. Se me concedió ver millares de muertes a lo largo y ancho del Orbe. Yo veía a las almas con aspecto de cuerpo humano. Sin materia, pero con la misma forma y rostro humano que tuvieron en la tierra. Me llamó la atención la cara de sorpresa que ponían en el justo momento de abandonar el cuerpo. Muchos exclamaban: ¡Entonces, era verdad!

Miraban a sus cuerpos en el lecho de muerte rodeados por el amor de su familia. Rodeados de ese amor y esos llantos, pero ellos ya estaban de pie junto al cadáver. A otros la muerte, les había venido en la soledad de un camino, cuando su corazón les había fallado. Permanecían junto al cuerpo, incrédulos, sin saber qué hacer: ¿me debo quedar aquí, se supone que debo ir a algún lugar?

Vi tantas muertes, de tantas maneras. Entonces los ángeles venían a recogerlas. Cada caso, cada conversación entre ellos era distinta. Si la persona había sido buena, si había muerto en gracia de Dios, ya había un ángel esperándole antes de salir. Vi a hombres muy buenos con almas cargadas de méritos a los que los ángeles y los santos les esperaban, antes de que salieran del cuerpo, junto al lecho, rodeándolo. Los grandes hombres salían de este mundo ascendiendo a los cielos entre cánticos de alegría.

Lo normal era que las mejores almas fueran llevadas directamente ante el Trono de Dios y que Jesús mismo se levantara y les abrazara con su amor. Pero vi unos pocos casos de moribundos, muy pocos, a los que el mismo Jesucristo vino a recoger el alma a su lecho, eran sus grandes amigos. Este

privilegio lo tenían muy pocos. En esos pocos casos, esos afortunados normalmente veían a su Amigo unos segundos antes de morir.

Vi, como en medio de sus dolores, de su agonía, levantaban sus cabezas, abrían mucho los ojos y se quedaban mirando a una figura invisible a los pies de su cama, ante la sorpresa de familiares y médicos. Los cuerpos desasistidos de fuerza alguna, ante el silencio atónito de los presentes, alzaban la cabeza o llegaban a incorporarse. Los que allí estaban siempre guardaban silencio, como si sus propios espíritus supieran lo que estaba sucediendo aun sin verlo.

Cuando eso sucedía, a Jesucristo, Rey de cielos y tierra, le acompañaba una digna comitiva celestial de ángeles y santos adecuada al rango de Rey Supremo de Universo. La salida del cuerpo era un verdadero abrazo, intercambiaban unas palabras sin prisa, era un momento que había valido toda una vida, y después ascendían todos hacia las alturas.

También vi morir a un hombre condenado al infierno. Aun antes de salir de su cuerpo, él mismo ya veía a los demonios volar alrededor suyo. Tenían aspecto de gárgolas vivientes, de vampiros mitad humanos mitad animalescos. Giraban como un torbellino alrededor de su cuerpo moribundo. El alma aterrada se aferraba a ese cuerpo. No quería salir. Los familiares, alrededor de él, sólo observaron una cierta inquietud en ese cuerpo que respiraba lenta y afanosamente. El cuerpo no tuvo fuerzas para pronunciar ni una sola palabra. Pero su alma gritaba enloquecida. Sus ojos hicieron un amago de abrirse, pero les faltó las fuerzas. El corazón dio su último latido.

Sus hijos se acercaron a escuchar si se producía otra inspiración por leve que fuera. Mientras tanto el alma se agarraba con uñas y dientes a ese cuerpo muerto. Pero era inútil. Esos brazos inmateriales se fueron despegando lentamente del cuerpo que abrazaban. Los puños del alma se cerraron con más fuerza, forcejearon por agarrar algo, pero se iban desprendiendo con suavidad de ese cadáver.

El alma ascendió poco menos de un metro, cuando la atraparon con sus garras los demonios que, entre risas de ellos y los alaridos de aquel hombre, se alejaron para arrojarla en la morada que era su destino eterno.

Esta espeluznante escena ocurrió ante los ojos silenciosos de Dios. Miles de ángeles contemplaron la escena con un nudo en la garganta. Ni uno solo movió un dedo para arrebatarlo de esas zarpas malignas.

—¿Por qué? —pregunté horrorizado—. ¿Por qué no vino un arcángel que le librara de esos... buitres oscuros?

—¿Para qué? ¿Para que vagara haciendo daño a las almas que andan errantes por la tierra? Es un ser lleno de odio que ya es insanable. Es mejor reunirlos a todos en un solo lugar que dejarlos vagar en medio de las almas que se purifican.

—Pero... eso es crueldad.

—¿Qué daño podrían haber hecho?

—Podían haber seguido haciendo daño. El mal les nace de dentro. Y de verdad que ya no tiene ningún sentido. Su muerte pone punto final al tiempo en que eso se les permitió.

—Pues, al menos, ¿no se podría haber depositado en un lugar menos horroroso?

–Aunque esto te cueste entenderlo, sufrirá menos en el infierno. Sobre la tierra hay Bien. Y nada llena de más rabia a estos individuos llenos de odio que el Bien.

–Pero se le podría dejar en otro lugar que ese tártaro espantoso que contemplé.

–Dejes adonde dejes a estas almas, ellas transformarán ese lugar en el averno. Te lo repito: el mal les nace de dentro.

–¿Para ellos es mejor estar en el infierno que dejarlas vagar libremente por el cielo o la tierra?

–Créeme que sí. En el tártaro están con sus iguales y se sienten más a gusto. Aunque allí están deseando salir y venir aquí. Pero sólo lo desean para hacer daño, para vengarse. En el infierno están más tranquilos, más serenos. No tienen delante de sus ojos todas aquellas cosas que son un acicate para encender las brasas de su rencor.

EL PURGATORIO SUPERIOR



–Ven, te voy a mostrar el lugar donde se purifican las almas. Considérate afortunado, muy pocos han visitado estas moradas antes de la muerte. Mira.

El purgatorio tenía un cielo cubierto por nubes. Encima de ese velo de nubes, había otro. Tras los siete velos de nubes y ángeles estaba la morada de los bienaventurados. Esta morada no tenía límite hacia lo alto o hacia los lados. Del mismo modo, el infierno tampoco estaba limitado hacia los lados o hacia el oscuro abismo inferior. Sólo el purgatorio estaba encajonado entre el cielo y el infierno. Continuamente salían almas espirituales de la Tierra material para quedarse en ese estrato de purificación.

Como cuando zarandeas una flor en primavera bajo un potente haz de luz que entra por una ventana, y ves su polen salir de ella en todas direcciones, así surgían las almas de la Tierra. Y cada una iba a su destino. Unos granos de polen se elevaban, otros caían, otros se quedaban flotando en el aire.

Como cuando agitas con fuerza un tarro de agua al que has echado un puñado de tierra, y ves que unos granos de tierra se van directamente al fondo, otros cuerpos ligeros ascienden a la superficie y otros se quedan en suspensión, aunque elevándose cada uno a una velocidad propia. Algunos corpúsculos ascienden tan lentamente que parece que están inmóviles.

Lo mismo sucede con las almas, cada una va a su destino sin hacer nada. Cada uno pertenece a una morada y a ella se dirige de forma natural e inevitable. Las almas condenadas no pueden elevarse hacia el cielo, sienten que se hunden sin poder ir a otro destino. Las almas puras y buenas ascienden al cielo sin necesidad de alas, sin hacer ningún esfuerzo, simplemente ascienden.

Así observé la tierra desde lo alto. No era una fría visión astronómica. Contemplé el planeta en medio del mundo espiritual. Vi a miles y miles de ángeles, cada uno acompañado de un alma, ascendiendo. Cada espíritu celestial se elevaba de la tierra suavemente, guiando a su alma. Observé que la mayoría de los seres humanos, al morir, iban al purgatorio común.

Atravesaban las nubes y entraban en una morada de paz y tranquilidad, donde reinaba la luz. Allí se les instruía, se les predicaba, sobre todo por parte de ángeles mandados por Dios desde lo alto. Había quienes estaban allí unas semanas o meses. En esa parte del purgatorio nadie estaba demasiado tiempo, allí nadie estaba años.

Observé que en este purgatorio superior, en realidad, había numerosas moradas. En las moradas intermedias las almas hablaban entre sí enseñándose entre ellas, orando todas juntas, ayudándose unas a otras a luchar contra la tristeza y el desaliento. También eran enseñadas por los ángeles. Trataban de comprender. Iban entendiendo qué habían hecho mal por pequeño que fuera, iban entendiendo de un modo más profundo el sentido de la vida. Se arrepentían, uno a uno, de todos sus pecados. No bastaba arrepentirse una vez. El recuerdo de los pecados regresaba (como olas del mar en la orilla) y ellos se afanaban en borrar esa mancha de sus almas, suplicando misericordia, doliéndose con sinceridad.

En ese lugar donde reinaba el amor y la comprensión, no sólo había que limpiar la propia alma, también había que comprender, había que corregir las deformaciones de la psicología, había que dolerse suficientemente del mal realizado.

No era una mera cuestión de justicia. Si nada más morir hubieran sido inmediatamente arrojados al horno de amor que es Dios, la más mínima impureza les hubiera abrasado. El dolor de ver sus ofensas ante la Bondad Infinita hubiera sido un sufrimiento sencillamente irresistible, el más espantoso de los dolores.

—Fíjate lo que te digo —me explicó mi ángel—. El dolor de un alma buena en esa situación sería más agudo que la más cruel angustia del peor de los réprobos que habitan el infierno. Los condenados son torturados por su propia naturaleza de un modo humano, meramente humano. Pero un perdonado sentiría un dolor mucho más hondo, mucho más profundo. Pues al contemplar el Amor Infinito y ver lo malo que es él mismo, sufrirían confrontándose a algo Infinito.

—No acabo de entenderlo.

–Una es la tristeza del que sufre la tiniebla de la ceguera recordando los tiempos en que vio. Y otro muy distinto es el dolor del que abre los ojos y mira al sol con los ojos abiertos.

–Pero poco después dejaría de sufrir.

–Ante la visión del Sol Infinito, no. Si alguien con su ser malo y deformado (no hablo de un réprobo) fuese arrojado en el seno del Ser Infinito, sus impurezas hubieran sido algo tan abrasador, hubieran producido tales heridas en el alma, que habrían sido necesarios miles de años para restañarlas.

–Ya veo que el purgatorio no es una mera cuestión de justicia.

–Es una cuestión de justicia, pero no sólo de ella. Sin ninguna duda, es preferible irse purificando poco a poco, paulatinamente, a la velocidad de la que cada alma sea capaz.

–Entiendo, el purgatorio es completamente necesario.

–Dado que Dios es infinito, sí.

–Es precisa esa fase de transición. Lo veo.

Vi unos espíritus angélicos que llevaban en sus manos un agua de consolación que derramaban sobre algunas personas, quedando éstas refrescadas, rehechas, tranquilas de nuevo. Como si Dios velase para que en el purgatorio nadie se desesperase del todo.

–¿Y esos ángeles? –les señalé para ver si recibía alguna explicación más.

–Vosotros les podéis ayudar con vuestras oraciones y sacrificios. Dios convierte esas obras vuestras en gracias que les ayudan a acelerar el proceso.

–Nunca he valorado mucho las indulgencias, lo reconozco.

–Si tú supieras lo agradecida que te queda para siempre un alma a la que has ayudado. Podéis ganar muchos tipos de indulgencias para ellas. Algunas indulgencias están llenas de caridad y, a la vez, os cuestan mucho. Ésas son muy poderosas.

–¿Y con una indulgencia plenaria cada día yo podría sacar a todas estas almas, un alma cada día?

–Dios aplica los inmensos méritos de Cristo cuando ganáis una indulgencia plenaria. Esos méritos se convierten en gracias que acaban por purificar un alma. Ahora bien, hay almas que requieren de esta purificación aunque les ganéis la indulgencia. En esos casos, la salida tendrá que esperar. No porque los méritos de Cristo sean insuficientes, sino porque el alma tiene que madurar, necesita tiempo.

–¿Entonces no todas las indulgencias plenarias funcionan?

–La indulgencia funciona siempre por sí misma. Es decir, siempre gana las gracias finales que sacan al alma del purgatorio: gracias para comprender, gracias para pedir perdón de un modo más profundo, gracias para que uno con su voluntad y entendimiento acabe de purificarse. Pero no siempre puede su aplicación es instantánea. Hay almas que ya están tan a punto de entrar en el cielo, que vuestra indulgencia era el empujón que les restaba para salir. Pero otras almas tienen que madurar las gracias de la indulgencia plenaria que les habéis ganado con vuestra oración y sacrificios.

–O sea, la indulgencia plenaria se aplica, pero no instantáneamente.

–Se les aplican las gracias de forma instantánea. Pero recuerda que la medida temporal del evo (el tiempo de los

espíritus) no es la misma que la de la tierra. La indulgencia plenaria obra plenamente, pero en ese tiempo de los espíritus.

Te voy a mostrar algo que te servirá para entender.

Y me enseñó un cielo de nubes claras y serenas sobre las que había millones de almas en oración, pidiendo misericordia a su Creador. Reinaban un silencio y una paz perfectas, una total conformidad con la voluntad del Altísimo. Todas estaban con los ojos cerrados, recogidas en sus propios espíritus. Cerrando sus sentidos a todo lo que no fuera el pensamiento acerca de la bondad de Dios.

—Son millones y millones. Están tan adelantadas que si una persona les ganara una indulgencia plenaria, esa indulgencia se transformaría en una gracia que bastaría para que sus almas pudieran salir de aquí. Si en un año ganaras trescientas indulgencias plenarias, te aseguro que sacarías a trescientas almas de esta morada. Ahora bien, mira más abajo, en ese otro lugar.

Divisé, en el purgatorio medio, a una mujer que se golpeaba la cara, repitiéndose mil veces lo imbécil que había sido. Su amarga recriminación no tenía fin. Comprendí que estaba así día tras día. Alternando la rabia que descargaba contra sí con oraciones dirigidas a Dios pidiendo misericordia.

—Esa mujer fue una guardiana en un campo de concentración —me dijo mi ángel—. Hizo cosas tan increíblemente crueles... Ningún libro recoge las cosas que hizo. Los jueces sólo llegaron a saber las pocas cosas que un reducido número de víctimas vivas pudieron referir. Ella rechazó que el sacerdote la visitara en su celda. No creía en nada. Estaba totalmente segura de que no había nada después de este mundo. Mientras su cuerpo se balanceaba colgado en la horca, su vida pasó delante de sus ojos. En el último momento, creyó y pidió perdón de corazón.

–¡Menos mal! Menos mal. Gracias a Dios que se salvó –en la emoción con que dije eso, me di cuenta de que por fin yo captaba la tragedia que constituía cada condenación.

–Sí, su alma se salvó. Pero estará aquí todavía 358 años, ni uno menos. Nadie ha ganado por ella una indulgencia plenaria. Pero, aunque alguien lo hubiera hecho, ella tiene que enderezar demasiadas cosas. Su alma está pervertida y necesita tiempo. Algunos sólo requieren una gracia poderosa para inmediatamente salir del purgatorio, otros requieren años por más que se rece por ellos. A esta mujer ni mil indulgencias plenarias la sacarían de forma inmediata. Pero todas vuestras oraciones le ayudan a comprender y, por tanto, le ayudan a vivir este tiempo de purgatorio de un modo más sereno.

–Me queda claro. La indulgencia saca del purgatorio inmediatamente, pero en un tiempo que no es el nuestro. Con lo cual ese *inmediatamente* sólo se comprende al ver cómo es este tiempo. Y hay casos que, aunque se hayan salvado, precisarán de un larguísimo tiempo para reparar las deformidades de su alma.

–Pero recuerda, en la mayor parte de los casos, la indulgencia plenaria sí que logra completar de forma inmediata la purificación de las almas. No sabéis lo agradecidas que os están por esas indulgencias. Si lo supierais, siempre estaríais ganando indulgencias.

–También veo que en este purgatorio común hay como dos grandes moradas.

–Sí, cuando las almas ya están a punto de subir a la presencia de Dios, pasan a esta morada en la que estamos que es como una antesala de cielo. Aquí ya, prácticamente, no hay nada sucio, nada impuro, no hay mal. Sólo un tremendo amor de Dios.

Y entrar en esta morada todavía acrecienta más ese deseo de verle y ese amor.

Observé que las almas allí ya resplandecían. Estaban concentradas en su oración de un modo muchísimo más profundo. Nada las distraía. Ya no había llanto y remordimiento, sino sólo deseo puro, gratitud, cariño.

—Al contemplar esta antesala del cielo y quienes están en ella, el estrato inferior parece como sucio. Porque los que están en ese nivel inferior han llegado allí con todos sus pecados y corrupciones.

—Sí, es como un siervo que va a comparecer ante un rey y después de lavarse, entra en otra cámara para lavarse con un agua más pura, para impregnar su cuerpo de perfumes. Pero para pasar a esta fase hay que haber quitado todo el mal olor, toda la suciedad. Y esa suciedad está en el alma. No es sencillo lavar un alma. El mal olor sale del corazón.

Vi que los ángeles de esta morada eran superiores a los del purgatorio común. Hasta aquí bajaban santos a visitar a estas.

—¿Están mucho tiempo aquí antes de ver a Dios?

—Aquí no suelen estar más allá de una semana. En verdad es la antesala del cielo.

—Observo que en el purgatorio hay muchas moradas y muchos niveles.

—Sí, hay tantas formas de estar en el purgatorio, cuantas formas hubo de vivir en el mundo. El purgatorio es muy variado. No es una realidad uniforme. Lo único que tiene de común es ser un lugar de purificación. El purgatorio es distinto en intensidad, en duración y en las ayudas que recibe cada uno.

–Lo que está claro es que todo el purgatorio no es como el vestíbulo del cielo.

–Algunas pocas partes sí, pero muchas otras no. Algunas regiones del purgatorio están muy altas, inmediatamente adyacentes a la entrada del cielo. Pero otras están adyacentes al infierno. Otras almas moradoras de este lugar vagan sobre la faz de la tierra. Las que van errantes sobre la tierra son las que padecen un continuo desconsuelo. Están tan mal que ni siquiera han pasado al purgatorio común.

–¿Puedo ver a las almas que van errantes por la tierra?

EL PURGATORIO MEDIO



Vi a muchas almas vagar por la tierra sin consuelo. Por supuesto que para estar errando por la tierra con semejante tristeza, muchos y muy graves tenían que ser los pecados de ellos. Menos mal que ya había visto yo antes que la mayoría de los seres humanos iban al purgatorio normal. Pero los que erraban por el mundo eran los peores de entre ellos. Para los cuales no bastaba el proceso de purificación normal.

Los que vagaban por la tierra veían todo, escuchaban todo, pero no podían comunicarse con sus seres queridos, no podían tocarles. Algunas de estas almas, totalmente deprimidas, se dirigían a lugares tranquilos, sobre todo a los cementerios. Al principio, estos difuntos no entendían nada y, ante todo, buscaban no separarse de lo que habían sido sus cuerpos, como si todavía hubiera alguna solución. Pero veían que ese cuerpo se iba

corrompiendo lentamente. A veces en el féretro ya sólo había polvo y huesos, y el alma seguía sentándose junto a la tumba. Sollozando, con un llanto del que no salían lágrimas.

Ellas veían que el mundo seguía sin ellos, que sus familiares proseguían con sus vidas y que todos los familiares, vecinos y amigos se iban olvidando de ellos. Las madres eran las que más se acordaban de sus hijos. Pero hasta las madres morían en su ancianidad y sus almas iban al descanso eterno, mientras sus hijos seguían vagando sin descanso. Hay estratos del purgatorio muy horrorosos.

Vi como un hijo contemplaba el fallecimiento de su madre y como el alma de ella se elevaba hacia su feliz destino, sin que pudiera ver a su hijo al lado que intentaba gritarle y agarrarse a ella. Pero el alma de su madre se deslizó de entre sus manos sin que ella se apercibiese de la presencia del infeliz hijo.

Mi ángel me habló:

—Estas almas que no van ni al cielo ni al infierno ni al purgatorio normal, sino que quedan en los estratos inferiores del purgatorio: vagando sobre la tierra para comprender y pedir perdón. Sólo después de muchísimos años estaban ya preparadas y dispuestas para pasar al purgatorio normal.

Era penoso ver al alma azorada de un labriego en el campo sin saber qué hacer junto a su cuerpo muerto por un infarto fulminante. En el fondo, ese espíritu no perdía la esperanza de que algo sucediera y ese cuerpo volviese a levantarse, la esperanza de que el corazón tornase a latir y todo continuase como antes. Pero no. Ese cuerpo no se levantaba ni se iba a levantar. Estaba muerto y seguiría muerto.

Al final, unas horas después, alguien encontró el cadáver, lo llevaron al pueblo, lo velaron, el alma asistió a la misa. Ah, si los presentes hubieran podido ver el mundo de los espíritus. Asistió el alma a su propio funeral en la misma iglesia que todos. El sacerdote dijo en el sermón: *Antonio, ahora nos estará viendo*. Qué lejos estaba de saber que estaba allí, junto al ataúd.

Antonio, el difunto, estuvo presente en su entierro. Después se quedó solo, triste y como testigo mudo de la vida de su familia y de su pueblo. Su espíritu se llenó de tal melancolía que prefería vagar por lugares tranquilos. Por descampados cercanos a su pueblo. Vi infinitud de almas vagar en muchos lugares del mundo.

Mi ángel comentó:

—De los habitantes del purgatorio, con toda verdad, se puede decir que no descansan en paz.

Sentí yo un grandísimo deseo de ayudar a esas almas. Porque ahora entendía yo, en toda su profundidad, las letras RIP, *requiescat in pace*, descansen en paz, que se ponía en todas las lápidas del cementerio. Mi ángel continuó:

—Estas almas van errantes, unas llenas de desconsuelo, otras más llenas de melancolía. Algunas, sobre todo al principio, con rabia. Nada tiene que ver el estado de estas almas con las del purgatorio común.

—¿Rabia? ¡Pero si se han salvado!

—Han muerto con todos sus defectos, con todos. Con su propio carácter, con su egoísmo. Su arrepentimiento es muy imperfecto. Sólo en su penar aprenderán a corregirse. No se les puede imponer nada. Tienen que ser ellas mismas. Si ni siquiera con tanto sufrimiento encuentran rápidamente el camino, sin ese

sufrimiento, desde luego, no lo encontrarían. Serían egoístas y soberbios hasta en el cielo si eso fuera posible.

—¿Y están mucho tiempo?

—Sí. La estancia en el purgatorio medio suele ser muy larga, de muchos años. Algunas almas llevan siglos. Después, poco a poco, van comprendiendo y pasan al purgatorio común.

—Ah, qué interesante.

—Incluso algunas almas del purgatorio común han pasado unas horas vagando desconsoladas sin que nadie las recogiera al morir. Como ves, algunas almas pasan por las tres fases: vagando por la tierra desconsoladas, pasando al purgatorio común donde se corrigen, y de allí a la antesala del cielo donde aprenden a amar más y mejor.

Vi que las almas de los suicidas solían quedarse vagando en el lugar donde se habían suicidado. Aunque mi ángel me explicó que unos suicidas lo que sufrían era como una enfermedad o habían sido tentados de un modo casi sobre humano. Esos eran poco culpables y esos iban al purgatorio común y poco tiempo, pues habían pasado un verdadero purgatorio en vida.

Eso es una cosa que comprendí en esta visión: que algunos, habían tenido mucho sufrimiento en la fase final de su enfermedad antes de morir, y que eso ya era como un purgatorio en vida. La vejez, para muchos, ya era un tiempo de purificación en el que se volvían más humildes, más comprensivos.

Vi otras almas del purgatorio medio que habitaban preferentemente en los cementerios. Estas almas todavía estaban muy verdes, deprimidas, sin ganas por nada.

Pero, poco a poco, se iban poniendo en marcha. Y, finalmente, algunas almas iban a las iglesias a orar. La gente que asistía a misa no lo sabía, pero los difuntos estaban allí, a veces, cuatro o cinco, uniéndose de corazón a los cantos y alabanzas de esa pequeña feligresía.

El momento más emotivo para ver a estas almas, es cuando, al caer la tarde, el sacerdote cierra la iglesia. El templo está en paz, silencioso, con la luz atenuándose poco a poco. A veces, haces de luz entraban por las ventanas en ese lugar desierto. Se escuchaba como el párroco cerraba el portón de entrada para irse a cenar. Y yo veía como, por ejemplo, seis o siete almas se quedaban allí, arrodilladas, adorando el Santísimo Sacramento.

Era rara la iglesia del mundo que no tenía unas pocas almas orando. Vi templos con muchas ánimas. Les daba mucha pena que ya nadie se acordara de ellas. Ellas sí que pedían a Dios por nosotros. Las almas que estaban en las iglesias era porque ya les faltaba poco para ir al purgatorio común.

La visión de esas almas resignadas totalmente a la Voluntad de Dios me consoló. Pero el recuerdo de tanto sufrimiento me turbaba. Le pregunté a mi ángel, el cual me señaló al alma de una mujer tristísima que vagaba por una especie de vertedero en un lugar que supe que estaba en la India:

—Es como si Dios le dijese: *Muy bien, tanto has amado el mundo que vagarás por el mundo durante doscientos años*, tal había sido el decreto del Omnipotente respecto a ella. Se salvó, sí. Pero tuvo su pequeño infierno limitado. Un vivir en el que los años, créeme, se le hicieron inacabables.

Me volví hacia mi ángel con cara angustiada. Él notó la pregunta en mi rostro: ¿Era necesario que la Justicia fuese tan implacable con esa mujer?

Mi ángel, lejos de quitar hierro al asunto, me dijo:

—Doscientos años aquí no son como doscientos años en el mundo. Un mes sufriendo aquí no es como vivir en la tierra. Te aseguro que doscientos años son un trozo de la eternidad.

—¿Era necesario? ¿No podría haberle ahorrado tanto sufrimiento por decreto?

Mi ángel me miró fijamente y respondió acerbamente:

—No conoces lo que fue la vida de esa mujer.

Seguí viendo almas del purgatorio. Qué importante era que hubieran crecido en una familia cristiana, porque así conocían lo esencial acerca de Dios, de lo que estaba bien y de lo que estaba mal, de lo que era el más allá. Mientras que si los muertos eran paganos, les costaba mucho más entender el sentido de todo, porque estaban más llenos de prejuicios. No era lo mismo haber crecido en el cristianismo que en el paganismo. Vi almas que, de verdad, más parecían las almas de animales que de hijos de Dios.

Los animales no tienen alma. Pero si pudieran tenerla, sería como la de tantos que vi. Almas totalmente animalizadas. Almas crueles y duras que sólo se habían preocupado de comer, beber y saciar sus pasiones sexuales, sin que ningún otro pensamiento más elevado hubiera logrado abrirse paso en sus corazones.

Hijos de Dios que podían haberse ido pareciendo en algo cada vez más similar a los ángeles, pero que cuyos corazones se fueron transformando en algo más parecido al corazón de las serpientes o de las hienas.

Cuánta labor había sido dejada para el purgatorio. Sin embargo, Dios enviaba a sus ángeles para compensar. Porque a

algunos poco se les exigía, porque poco habían recibido. Aun así, ahora había que enderezar esas psicologías deformadas por toda una vida. Con muchos de estos, no vi que Dios fuera muy duro. Es decir, vi que aquí se subsanaba lo que no se había recibido en vida: el haber nacido en un ambiente cruel, el no haber recibido más que malos ejemplos y cosas así. A algunos el Padre Eterno les miraba como víctimas más que como culpables. Había que lavarles bien, que enseñarles, pero lo hacía con el amor más maternal imaginable.

Era muy distinto el purgatorio de estos hombres aselvajados, pero que eran víctimas, del purgatorio de aquellos que se hicieron malos a ciencia y conciencia. Mi ángel, viendo las masas de estos segundos, comentó con dureza:

—Compraron muy caros sus placeres, sus seguridades, sus haciendas. Hicieron la peor transacción posible: un poco de míseros bienes terrenos a costa de su alma. Ellos reían y se burlaban de los “tontos”. *Hay que ser realistas. El mundo es así.* Ahora ellos lloran y penan.

Ah, si los hombres pudieran ver el purgatorio. En silencio contemplo el purgatorio, sus moradas, sus millones de tristes moradores. Ante la visión de ese lugar, entiendo mejor la profundidad y naturaleza del infierno.

No sé cuánto tiempo estuve mirando en silencio aquel panorama. Después dije:

—Antes me has hablado de un purgatorio inferior.

EL PURGATORIO INFERIOR



Mi ángel me mostró la parte inferior del purgatorio que colindaba con el infierno, hasta allí llegaba el fuego de su rabia y desesperación. Tanto era el mal que habían cometido y tanto era lo que sufrían, que alguna que otra vez hasta dudaban de si no estaban en el infierno. Por más que otros se lo negaran, la duda volvía a aflorar. Y con razón, pues algunas de esas almas llevaban siglos en ese estado. La duda era su tormento: ¿y si me están engañando y estoy condenado para siempre?

A San Juan de la Cruz se le concedió profundizar en esta realidad oculta para el resto de los viadores. Por eso escribió:

Los que yacen en el purgatorio padecen grandes dudas de que han de salir de allí jamás y de que se han de acabar sus penas

Un argumento para pensar que no estaban reprobadas para siempre es que esas almas internadas en lo más profundo del purgatorio comprobaban que no podían descender más abajo. No veían a Satán ni a los peores moradores malditos del averno. Allí no había demonios. Pero pensaban que tal vez los estratos de la gehenna estaban incomunicados.

Pero la realidad de que no se habían condenado se imponía al ver que, esporádicamente, hasta allí descendían santos y bienaventurados a llevarles la Palabra de Dios. Les alimentaban con las palabras sagradas salidas de la Boca de Dios. Después de esa luz, volvía el penar. Pero si tenían deseos de quejarse, pensaban en el sufrimiento que había tras ese muro de hierro que era el cielo del tártaro. Era como si oyeran sus gritos desesperados. Sentían el sufrimiento que había allí.

Miré angustiado a mi ángel. Me sentí lleno de compasión. Mi ángel me miró como diciéndome:

–Sufren espantosamente, sí. Pero, bien es cierto, que ellas no han sido, precisamente, unas Hijas de la Caridad mientras estuvieron sobre la tierra.

–¿Pero era necesario tanto sufrimiento?

–Aquí se ve el peso, magnitud y dureza de los pecados. En este lugar de desolación se ve con los propios ojos la transcendencia de las transgresiones de la santa Ley de Dios. Aquí nadie sufre más de lo que tiene que sufrir para llegar limpio ante el Ser Infinito. El Señor no quiere que nadie sufra ni un poco más de lo que sea estrictamente necesario para limpiarlos.

Miré a esos desgraciados. De pronto, fue como si pudiera ver sus vidas mientras anduvieron sobre los caminos de la tierra. Estaban llenas de iniquidad: les oí reírse de la Justicia Divina, vi cómo habían engañado a sus mujeres, como les pegaron y las abandonaron, y vi como de esos pecados descendían a otros peores. Y de esos a otras acciones más perversas. Vi el camino que cada uno de ellos siguió hasta llegar a convertirse en monstruos.

Vi como unos habían sido inmisericordes dueños de esclavos, guerreros que habían cortado manos entre bromas y sacado ojos para después jugar con ellos. Todo aparecía claro y cristalino ante mi visión, como si sus actos desfilaran ante mis ojos. Vi sus bocas llenas de blasfemia, las lágrimas de las víctimas de las que no tuvieron piedad. Sus corazones desbordaban de mentira, robo y envidia. Y sus espíritus, mientras vivieron, siguieron descendiendo hasta llegar a simas de iniquidad más profundas. Parecían no tocar fondo. Ahora todo se pagaba. Esas simas de pecado, les habían llevado a estos valles del purgatorio.

–Todo se acaba pagando –musité.

–Aunque Dios sea infinitamente misericordioso. Muchos en la tierra entienden de forma muy equivocada la misericordia de Dios. Si vieran su Justicia, nunca se reirían de Dios.

–Pero ellos nunca se rieron conscientemente de Dios.

–Sus obras lo hicieron.

Era verdad, pensé. No se han reído con las palabras, sino con los hechos. Ahora ya es tarde. Sus vidas han acabado. Y pueden considerarse afortunados de que sus caminos no hayan finalizado en el lugar donde ya no hay dolor alguno que borre las culpas.

A ese fondo del purgatorio iba sólo un pequeño tanto por ciento de los hijos de Dios. Menos de un 1%. Pero hay que tener en cuenta que las almas se distribuían en todos los grados posibles entre el purgatorio inferior y el medio. De manera que repartidos en esos grados sí que vi muchas almas.

Lo que era el fondo del purgatorio constituía el techo del infierno. En mi visión de hacía unos días, había visto en lo alto del infierno como un muro oscuro, no visible para los ojos. Ese cielo cerrado era como una muralla de hierro. El ángel recitó con voz firme y segura:

Es un lugar unido al infierno, de modo que el mismo fuego que atormenta a los condenados en el infierno es el que purifica a los justos en el purgatorio

–¿Quién escribió eso?

–Un hombre que profundizó en muchos misterios. Vivió en la Edad Media. Su nombre era y sigue siendo Santo Tomás de Aquino.

–Entonces, ¿aquí llega el fuego del infierno? –pregunté.

–Sí. Es un fuego espiritual que nace de los condenados, de dentro de ellos. En esta parte del purgatorio, arde ese fuego también. También estos hombres están llenos de ausencia de Dios, de malos sentimientos. La diferencia es que para los que están bajo ese techo férreo ya no hay esperanza. Mientras que la gente que sufre en esta parte, lentamente irán entendiendo y llorando sus pecados.

–¿Y esas puertas? –pregunté.

En ese cielo plano, opaco, clausurado, se abrían algunas puertas. Estaban completamente cerradas. Impresionantemente clausuradas.

–Son las puertas del infierno. Algunas veces, por razón de los pecados de naciones enteras, algunas de esas puertas se abren por un tiempo y ascienden a la tierra millares de demonios.

–¿Después se cierran?

–Sí.

–¿Siempre?

–Sí.

–¿Y esa puerta tan grande?

–La gran puerta principal del infierno. Estará cerrada hasta el tiempo del Apocalipsis, un tiempo futuro en el que la Humanidad abrirá la Puerta del Abismo. Entonces las turbas del infierno camparán sobre la tierra.

–¿Camparán sobre la tierra?

–Los demonios seguirán siendo invisibles. Pero descarriarán a los hombres hasta un límite increíble. Les parecerá haber

vencido. Dará la sensación a todos de que el Infierno ha ganado finalmente. Así estarán las cosas, hasta que el Diablo sea arrojado al Abismo y esa puerta cerrada de nueva.

—¿Y cuándo será eso? —sabía que no me lo iba a decir, pero quería ver qué respondía.

—Ni siquiera nosotros lo sabemos. El tiempo en que eso será no se nos ha revelado ni a nosotros.

Bajo un cielo edénico

EL SEÑOR HA ASCENDIDO
ENTRE GRITOS DE ACLAMACIONES

Salmo 47, 5



29 de julio

El primer día pregunté si había alguna biblioteca y me fui a ella a escribir mi última visión y a retocar las anteriores. Escribir en el albergue era más complicado, no tenía ni mesa ni silla, sólo mi catre. Además, era más fácil que alguien aburrido se hubiera acercado a mí en plan de broma y hubiera husmeado lo que escribía. Sí, sin ninguna duda, antes o después les hubiera intrigado saber qué escribía. La biblioteca me ofrece anonimato. Almuerzo y ceno en un comedor común que ha organizado el ayuntamiento. Paseo un poco por las calles de la ciudad y retorno a la biblioteca.

Hay unas duchas comunitarias en las que se entra por veinte céntimos trayendo uno su propia toalla y jabón. El portero deja entrar a los indigentes gratis. La primera vez que fui, por más que pedí un poco de jabón a los presentes, ninguno cedió. Tuve que salir sin ducharme, volverme a vestir y emplear dos horas, hasta que un comunista de un almacén me dio una pastilla grande y dura como un ladrillo.

Regresé al albergue a dejar mi hatillo con los escritos. Pero era un riesgo. Colgar el hatillo en una de las perchas de la pared también significaba aceptar el peligro de que alguien lo robara. Al final, me decanté por el segundo riesgo. Me duché mirando cada diez segundos si alguien se acercaba a él.

Enjaboné todas mis ropas, absolutamente todas, las restregué y me las vestí de nuevo, mojadas. No tenía toalla para secarme, tampoco tenía otras ropas. Pero lo que, en principio, me pareció muy triste, resultó ser una bendición de frescor. Para no hacer el ridículo andando con esas fachas por la calle, me senté un rato en un banco. Con ese calor, en un cuarto de hora ya estaban secas.

Llevo dos días en esta ciudad muy bella en otro tiempo. Ahora parece que los demonios caminen por las calles. Me marcharé mañana. Cada vez hay más patrullas de sindicalistas y de partidos parando a la gente por la calle. Nadie tiene papeles que mostrar, pero los milicianos interrogan a los que les parece que son sospechosos de ser burgueses explotadores. Es curioso, todo el mundo se ha aprestado a vestir cada vez peor. Pero son muchas las patrullas y, de tanto en tanto, alguien reconoce a alguien y se lo llevan para interrogarle.

Un indigente de casi setenta años se sentó a mi lado en el banco mientras se secaba mi camisa y pantalones. Me saludó de un modo agreste, pero tenía ganas de conversación. Al cabo de un rato, los dos vimos cómo se llevaban a un matrimonio para interrogar a los dos esposos. El pobre de mi lado tenía un rostro curtido por el sol, el aire y el frío. Parecía sacado de una mina o de un campo de trabajo miserable. Me dijo:

—Tiene gracia. Tardaron dos días en sacarse las ropas bonitas. ¡Dos días! Lo llevaban metido en los huesos. Si salían a

la calle, seguían vistiendo con sombreros finos y pantalones bien planchados.

—Ahora ya no —dije.

—Ya no, ya no. Pero, aun así, siempre se les nota.

A mí, desde luego, no se me notaba ninguna otra cosa que no fuera mi pobreza. No me había podido afeitar desde que salí de Alcalá. Mi ropa hasta hoy había apestado. Ahora no apestaba, pero aparecía arrugada. Tampoco iba yo perfectamente peinado. Se me había olvidado el peine en casa. Me tenía que arreglar el pelo con la mano. No, yo no llamaba la atención, parecía un miserable.

Di gracias a Dios por ello, pues, en el centro de la ciudad, continuamente veía a ciudadanos normales a los que les habían dado una gorra de miliciano y un fusil o una pistola. Y todos esos individuos llevaban la sed de venganza escrita en los rostros. Cuando saludaban levantando el puño cerrado, lo hacían con vehemencia. Había que demostrar entusiasmo por ese régimen de terror. No todo se reducía al levantar el puño, los fusilamientos tenían lugar cada noche en las tapias del cementerio.

En aquella bella ciudad, cada día, había torturas, violaciones, interrogatorios, registros y saqueos de viviendas. Se preguntaba taimadamente a los niños, se inspeccionaban los desvanes. De vez en cuando, la caza del cura tenía éxito. Los mastines encontraban su presa. Y triunfantes llevaban su trofeo a que durmiera esa noche en la cárcel.

Yo dormía libre en ese albergue. Probablemente, en esa misma ciudad, más de una veintena de curas estarían desvelados o durmiendo en sus celdas, soportando el mismo calor que yo, los mismos mosquitos.

Esa noche, tumbado en mi lecho, pero desvelado por aquel inmisericorde calor, tuve la octava visión¹.

La visión comenzó justo viendo las almas del purgatorio del último día. Estaban siendo ayudadas por los ángeles que les llevaban un agua de consolación. Volví a ver la misma escena que el último día. Mi ángel me explicó:

—Esos ángeles, en concreto, son enviados por la Santísima Virgen María. ¿Quieres verla?

—¡Por supuesto!

Mi ángel me llevó hasta un planeta lejano, de iguales dimensiones que la Tierra. Era como nuestro planeta, aunque sin ninguna intervención humana para cambiar el paisaje. Todo estaba tan bello como la Tierra en los tiempos del Génesis cuando salió de las manos de Dios.

—¿Están en un planeta material? —pregunté mientras nos seguíamos acercando.

—¿Qué creías? ¿Qué Nuestro Señor Jesucristo y la Santísima Virgen María estaban flotando en el vacío del universo?

—¿Pero es que Dios ha creado un planeta entero sólo para ellos?

—¿Crees que a Dios se le gasta el poder por hacer un planeta o un millar de planetas? Algún día la Jerusalén celeste descenderá sobre la Tierra. Allí habitarán los cuerpos de los bienaventurados que resuciten para la dicha. Pero, mientras tanto, Jesús y María viven en este paraíso acompañados de ángeles y santos.

¹ La séptima visión sobre el Juicio Final se perdió. Un examen cuidadoso de la cuartilla donde aparecía el comienzo de la octava visión, mostró que habían sido borradas varias palabras escritas a lápiz. Sólo permanecía inteligible el título de esa visión y las palabras *almas perdidas*.

A lo lejos, vi a dos ancianos paseaban tranquilamente, charlando sobre la alfombra que formaban las margaritas, alfombra salpicada de unas pequeñitas flores violáceas.

—¿Y esos de más lejos?

—Son Enoc y Elías.

Entonces me quedé estupefacto al ver a un tercer hombre que se les acercaba.

—¿Es quien pienso que es?

—Sí. San José por un privilegio especial resucitó y está aquí en cuerpo y alma. Jesús quería tenerlo a su lado. Y su deseo es ley.

Aquello era tan bello. ¿A qué compararé ese planeta rodeado de millones de almas felices? Se asemejaba a una isla en medio del océano, sobrevolada por un increíble número de aves. Qué armonioso era ese conjunto. Ellas cantaban un cántico espléndido. De pronto, se hizo el silencio, y de lo alto se escuchó la voz del que es tres veces Santo:

ENTONCES EL SEÑOR BAJÓ EN LA NUBE
Y PERMANECIÓ ALLÍ Y PROCLAMÓ SU NOMBRE.
Éxodo 34, 5

Me quedé anonadado al escuchar a Dios mismo. Su Voz era incomparable a cualquier otra voz. Comprendí que, durante toda mi vida, no tenía que hacer muchas cosas, sino solo una: tratar de contemplar este Misterio. El fruto de toda mi vida se reducía a intentar conseguir la contemplación de la grandeza del Señor.

Se me acercó a mí un alma dichosa, llena de felicidad. Mostraba un rostro de gran dignidad y una barba de sabio, me citó a Aristóteles:

El más pequeño conocimiento que podamos tener de las cosas más altas, es más deseable que el conocimiento certísimo que tengamos de las cosas más pequeñas.

—¿Por qué me citas a un griego de antes de Cristo? ¿Por qué exactamente a él?

—Porque soy Aristóteles.

Me quedé sin habla. ¡Estaba hablando con el gran filósofo! Por detrás de él, se aproximó otra alma, todavía más luminosa. Llevaba sobre ella la marca y la luz de los que habían recibido el sacramento del orden. Esta alma me citó a San Agustín en su *Tratado sobre la Trinidad*:

Dios es buscado para ser encontrado con mayor delicia, y es encontrado para ser buscado con mayor avidez.

Al momento me di cuenta de que se había citado a sí mismo, era San Agustín. A nosotros se aproximaban más almas, pero mi ángel me hizo un gesto para que le siguiera.

Seguíamos acercándonos hacia ese planeta perfecto que era una sinfonía de la naturaleza. En mitad de esas tierras había un lugar especialmente bello, un verdadero Edén. Allí vi un árbol de una hermosura sin igual, ninguna descripción podrá hacerle justicia: era el Árbol de la Vida.

Miré a mi ángel para que me explicara.

—Dios plantó en este lugar un árbol muchísimo más bello y grande que el que hubo en el paraíso original. Del mismo modo que en el planeta infernal plantó un nuevo Árbol del Mal, como memorial visible del camino extraviado que los réprobos tomaron.

Junto al Árbol de la Vida divisé a Jesús y a su Madre paseando, charlando. Los veíamos muy de lejos. Mi ángel me indicó que se me había concedido verlos, pero no presentarnos ante ellos. Después añadió:

–Recuerda, parece poca cosa un cuerpo humano, pero recuerda que el Río infinito que viste hace una semana se contiene en ese cuerpo.

–¿El Río que vi existe también fuera de Él o sólo está en ese cuerpo?

–Existe fuera de Él. La Segunda Persona es espíritu y nunca ha dejado de serlo, ni siquiera después de la Encarnación. El espíritu de la Segunda Persona sigue llenando el universo material.

–Entonces hay una Persona en el Río infinito que es espíritu, y otra persona dentro de ese cuerpo de Jesús.

–No, en Jesucristo existe una sola persona con dos naturalezas. La Segunda Persona habla a través de ese cuerpo. Hay una sola Segunda Persona.

Seguía contemplando el diálogo de Jesús con su Madre. Se les acercaron unos santos y charlaron un rato con ellos. Mi ángel añadió:

–Como te decía, el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo es el de un humano, pero dentro de ese cuerpo está ese Río de Ser cuyas orillas no podías divisar. Su carne oculta un sol infinito cuya Luz te cegaría.

–¿Cuánta es la diferencia de santidad entre la Virgen María y el mayor de los santos que le sigue a Ella?

Mi ángel sonrió y hubo un silencio que me intrigó.

–¿Nunca te has parado a pensar por qué la Iglesia siempre ha insistido tanto en honrar a María? –me preguntó el ángel–. Si lo importante es Dios, si Dios es el centro, ¿por qué tanta insistencia en la devoción a María? Al fin y al cabo, es una criatura. ¿Por qué ese remachar una y otra vez en la devoción a Ella si hay millones de santos?

–¿Porque es la más santa?

–Esa razón sería insuficiente para tanta insistencia. Piensa que en la Iglesia el Espíritu Santo ha suscitado que se le levantaran ermitas, iglesias, santuarios y catedrales a su nombre. Allí donde se ha predicado el Evangelio se han pintado frescos y cuadros en su honor, se han tallado estatuas ante las que se encienden velas, se le cantan diariamente himnos. ¿Por qué tanta insistencia de Dios en que se honre a María?

–¿Por ser la Madre de Dios?

–Tienes razón, sí. Pero tampoco olvides que su maternidad podría haberse limitado a un hecho meramente físico. Podría haber sido madre y después haber pecado.

–Pues no sé.

–Si pudieras ver a través del velo de la carne el alma de María, lo entenderías. Pero el espíritu que mora en esa carne sólo lo pueden ver los bienaventurados. María es la obra maestra de Dios. María no sólo es la más santa de entre todos los hombres santos que ha habido en la Historia. Sino que si pusieras en el platillo de una balanza la santidad de la Madre del Señor y la de todos los santos de la Iglesia, comprobarías que en María hay más santidad que en todos ellos juntos.

–Me resulta un poco difícil de entender que una sola persona pueda pesar más en la balanza de los méritos que todos los demás monjes, ascetas, mártires, místicos y eremitas juntos.

–Te pondré una comparación para que lo entiendas. En el mundo ves que hay muchas personas que tienen unos pequeños ahorros, y pocas personas que son inmensamente ricas. ¿Por qué son tan ricos los inmensamente ricos? Porque tienen mucho dinero para invertir, y al invertirlo reciben más beneficios que los hacen más ricos. De nuevo vuelven a invertir esos ingentes beneficios y se hacen todavía más ricos, a la medida de las ingentes cantidades que han reinvertido. De manera que sus fortunas siguen creciendo más y más.

–Bien, lo entiendo.

–Pues lo que para un millonario es el dinero en la comparación que te he puesto, cámbialo por amor en el caso de María. Ella progresivamente amaba de un modo más perfecto, más intenso, más puro. Ella acabó convirtiéndose en un amor ardiente que daba cada vez más amor a Dios, y recibía cada vez más amor de Dios.

–Ajá, ¿pero eso no tiene un límite?

–No lo tiene. Mira, sé que no sabes lo que en astronomía es un agujero negro.

–¿En astronomía? Un agujero que es negro, de acuerdo. Pero podría ser de otro color.

–No te detengas en querer comprenderlo, sólo recuerda la palabra y el razonamiento. Un agujero negro cada vez atrae más masa. Y cuanta más masa atrae, más fuerza de gravitación posee. Cuanto más grande es, con más fuerza atrae más cantidad de masa. Lo mismo sucedió con María. También los santos poco a

poco aman más, y van recibiendo más tesoros de amor del Santificador. Pero María descolló de un modo totalmente único, dejando atrás a todos los demás.

–Pero eso fue don de Dios.

–Fue don de Dios, y generosidad y esfuerzo de María. Ella sufrió mucho. Al final, sufrió a la medida de su amor, a la medida de sus fuerzas. Por eso, en verdad, Ella puede ser llamada Corredentora. Ni un solo sufrimiento del cuerpo de su Hijo, dejó de sufrirlo Ella en su alma.

–¿Ella es la que tiene el mérito de ser quien es, o fue Dios quien la hizo como es?

–Ella se esforzó por amar como nadie se ha esforzado ni se esforzará nunca. Es merito de Ella. Aunque, al mismo tiempo, Dios se volcó con Ella como un artista que quisiera hacer su más perfecta obra, su obra maestra.

–Pero tan grandes gracias las recibió por ser Madre de Dios.

–Sí, a la mejor alma la puso en el mejor puesto. O dicho de otra manera más adecuada, tal era el puesto (ser Madre de Dios) que Dios creó y modeló la mejor alma para ese puesto. Los demás humanos somos hijos de Dios. Ella es la única que es Madre de Dios. Ella es el cáliz perfecto creado por la mano de la Trinidad. Ella es el templo que el Omnipotente erigió para morar en él.

–Veo que María resarce y consuela a Dios de todos los males de la Humanidad.

–Hasta donde llega realmente la santidad de María es el más grande secreto celado por la Trinidad a vosotros los humanos que no habéis muerto. Porque si los hombres pudieran ver la luz de su alma, su amor, sus tesoros, creerían estar viendo a Dios. Por eso

las almas, al entrar en el cielo, ven primero a Dios y después a María. Para evitar así la idolatría.

–¿No ven a María primero?

–Ven sólo su cuerpo, sólo el velo de su cuerpo. A veces ven una luz maravillosa que la envuelve, pero nunca la plenitud de su alma antes de contemplar a Dios.

–Ahora entiendo el por qué de la insistencia de la devoción a María.

–Honrarle a Ella es honrar a Dios. Ella es tan grande que te diré un gran secreto: Dios no pensó primero crear la Humanidad y después pensó en crear a la Virgen María. Sino que la Virgen fue el fin principal. El Universo fue creado como pedestal para Ella. Muchos místicos han visto esta realidad, pero no se atrevieron después a desvelar las dimensiones reales de la santidad de María en comparación a la Iglesia, porque los pobres hombres creerían que se estaba disminuyendo la centralidad de Dios.

Sin embargo, los místicos que entrevieron un poco de sus fulgores exclamaron sin ningún escrúpulo: *De María numquam satis*, de María nunca suficiente. Los santos nunca tuvieron escrúpulo por ensalzar demasiado a María.

–Sí, sí. Lo único que hay que hacer es no olvidar que Ella es una criatura y que su distancia respecto a Dios es infinita.

–Pero, aunque sea una criatura, es un ser totalmente divinizado. Es un ser finito y limitado, pero la obra más bella y perfecta que Dios ha creado o creará nunca. Una criatura verdaderamente digna del poder del Señor.

–Si escribo esto, muchos me acusarán de estar exagerando.

–¿Acaso Dios no puede hacer lo que quiera? ¿Acaso Dios está obligado a enriquecer a las almas sólo hasta cierto nivel? ¿Tiene el Creador que limitarse a la hora de forjar algo grandioso? Ella es el templo de la Santísima Trinidad, el Abismo de la gracia, quedó totalmente deificada. Te repito que si los hombres, nada más morir, vieran el espíritu de María, creerían estar viendo a Dios. ¿A qué otra criatura se le han dedicado largas letanías de alabanza? ¿Por qué todos los santos insistieron en que no tuvierais escrúpulo en pedir las cosas a través de la siempre Virgen? ¡Por encima de Ella sólo Dios!

–Ahora entiendo por qué Dios le ha puesto un planeta entero para que viva en él. Le hubiera creado cien universos sólo para el disfrute de Ella. Lo hubiera hecho sólo con tal de hacerla sonreír.

–Sí, ese planeta es un maravilloso nuevo Jardín del Edén para el nuevo Adán y la nueva Eva. Pero cuando se acabe el tiempo, los bienaventurados descenderán sobre la Tierra y vivirán en ella por los siglos de los siglos.

Mirando ese Edén, del que nos comenzamos a alejar con suave lentitud, exclamé:

–Qué bello es ese pedestal material que el Creador ha dispuesto para el cuerpo material de su Madre.

–Como has visto, hay un planeta, llamado Tártaro, en el centro del infierno. Un planeta, llamado Nuevo Edén, en el centro del cielo. Y la Tierra en el centro del purgatorio, pues muchas almas vagan invisibles llorando por su faz.

–Muchos se reirán de mí si escribo esto que he visto. Les parecerá que soy poco serio.

–Tú escribe lo que has visto. No te preocupes de otra cosa.

–¿Pero me comprendes cuando te digo que ese detalle va a lastrar todo?

–Sí, pero algunos comprenderán que en algún lugar había que colocar el cuerpo de la Virgen. Y ese lugar no podía ser una isla en medio del espacio. También algunos comprenderán que los réprobos, llenos de odio a Dios, tampoco podían estar mezclados con los bienaventurados en la Tierra después de la resurrección.

–Si hubiera dicho que Dios los había colocado bajo la tierra, en cuevas profundas, eso sí que les hubiera parecido más serio.

–No, Dios no va a colocar a sus hijos bajo tierra. ¿Cómo esa Trinidad Santa que has visto, tan llena de amor y felicidad, les va a enterrar en vida de esa manera?

–Pero sí que están encerrados.

–Encerrados en un lugar amplísimo. Amplio como un universo. Encerrados... sí, la expresión es correcta. Pero sería más adecuado decir que el único camino que les está cerrado es el camino hacia donde están los justos. Por su propio beneficio. ¿Para qué permitir que se sigan infligiendo daño a sí mismos? Tú has visto sobre la tierra como algunos se siguen abriendo continuamente las heridas del alma.

Mientras hablábamos nos habíamos ido alejando unos metros de ese lugar de un modo paulatino y muy sosegado, como flotando hacia atrás. Noté que nos íbamos a marchar definitivamente, así que le pedí a mi ángel un instante más. Quería contemplar el rostro humano de Jesús.

No me cansaba de mirarlo. En la gloria su cuerpo sigue siendo humano, pero se trasluce la luz del Poder Infinito que hay detrás de esa corporalidad. Era posible ver la luz que empapaba esa carne. Ya no es posible ver esa materia sin ver lo que hay

detrás. Y eso que a mí sólo se me concedía ver un reflejo limitado del fulgor infinito que era esa Luz de Luz. Quería recordar ese rostro para cada vez que leyera los Evangelios. Deseaba, a partir de ahora, leer el Evangelio poniendo esa cara concreta.

Después miré por última vez a María. En ella sucedía lo mismo, su santidad se traslucía a través de su cuerpo. El rostro de María era de una belleza incomparable. En verdad que ella era la Luna que reflejaba al Sol. Me hubiera quedado extasiado viendo a María durante horas. Pero bajo mis pies había una guerra. Debía volver a esa guerra. Todavía vivía yo en esa tierra abrasada por el ardor de julio, de seres humanos que vivían con odio, de noches en las que el cuerpo sudado no conciliaba el sueño.

Tenía que volver a ese mundo de abajo. Vi que María se quedaba sola. Su Hijo iba a hablar con algunas almas bienaventuradas. Entonces, tuve un arranque, algo que hice sin pensar: me lancé en dirección a la Virgen María. Estaba lejos, pero me acerqué llamándola:

—¡Madre mía, Madre mía! Santa María.

Ella me miró y no opuso ninguna resistencia a que me acercara. Al revés, su rostro me miró con una maternal sonrisa.

—¿Qué quieres, hijo mío?

Arrodillado lloré ante ella. Me tuve que rehacer. Estaba muy emocionado. Ella esperó sin dar ningún signo de impaciencia. Por el contrario, me miraba con ojos tan dulces.

—Madre de todos los hombres, tus hijos se matan en España. Tú tienes todo poder, detén la guerra.

Me miró en silencio, abrazándome con su amor. Después me contestó:

–Hijo mío, yo ya no puedo detener esa guerra.

–¿Por qué? ¡Tú lo puedes todo! Tu Hijo no te negará nada.

Me deshice en llanto. No dejaba de musitar: por qué, por qué. Al final, mi Madre me dijo:

–No seré yo, sino el mismo Dios el que responderá a tu pregunta. Ahora estás demasiado emocionado para comprender con calma. Pero tu pregunta recibirá respuesta. Adiós, hijo.

Y me alejé confortado, feliz de haber hablado a la Madre. Mi ángel me dijo:

–Muy bien. Serás llevado ante Dios y Él te responderá.

–¿Por qué no he recibido la respuesta ahora?

–Es por lo que te ha dicho, pero también porque las visiones se te fragmentan. Necesitas tiempo para ponerlas por escrito. Si las visiones se alargaran, harías un resumen. Los detalles se te olvidarían.

La visión acabó allí. En ese momento abrí los ojos y me encontré en el lecho del albergue. Era de noche. Tardé dos horas en dormirme.

Bajo el cielo de la guerra

EL SEÑOR HA ASCENDIDO
ENTRE GRITOS DE ACLAMACIONES

Salmo 47, 5



31 de julio

La estación de tren de Valencia era un hervidero de gente. El clima de terror hacía que muchos quisieran retornar a sus lugares de origen. Eran muchos los que querían abandonar las grandes ciudades. En ellas era donde el terror se había instalado de modo más intenso.

Lo bueno de una revolución de izquierdas es que el revisor no fue muy estricto con el asunto del pago del billete. Le dije:

—Camarada, mire en mi bolsa a ver si encuentra una sola perra gorda o chica.

Me miró de arriba abajo y se convenció de que no había necesidad de ello. El único tren en el que quedaban plazas era uno que iba a Castellón de la Plana, ningún asiento en los que iban a Barcelona. Y me dejó montarme, porque salía ya y quedaban cuatro asientos. Si hubiera tardado en partir, también se hubieran acabado ocupando.

En Castellón, vi que era imposible tomar otro tren. Era increíble las miles de personas que pone en movimiento una

guerra y una revolución. Era en una estación de tren como la de Valencia donde me di cuenta de lo impresionante que podía ser la maquinaria bélica de toda una nación. Hasta en los andenes de Castellón eso era visible. Todas las locomotoras disponibles se estaban dirigiendo hacia el centro y el sur de la península para desplazar contingentes y material hacia el frente. Ya no era posible seguir en tren hacia el norte.

Tras comer un poco de pan y una lata de judías en un comedor de un almacén de requisas, me puse en marcha hacia el norte por la carretera de Benicasim. A la hora de más calor, me detuve bajo unas encinas, junto a un río, y me puse a escribir mi última visión, compleja y llena de detalles.

Era una imagen idílica la mía tumbado en el suelo y escribiendo sobre las hojas en esa posición. El legajo de hojas escritas me hacía de superficie plana para la hoja en la que escribía. Era una estampa virgiliana, el poeta escribiendo bajo los árboles. Pero por muy virgiliana que pareciese, era una posición muy incómoda. Probé todas las posturas posibles. Pero tenía que parar cada poco y tumbarme boca arriba.

En esta operación de escribir y descansar pasé más de dos horas. Después anduve un par de horas y otra vez me puse a repasar mis escritos. Ahora lo hice bajo unos chopos que encontré junto al camino. Tras eso, seguí con la labor de pasar a limpio las partes corregidas, ampliadas y expurgadas de erratas. Al atardecer llegué a las inmediaciones de Torreblanca.

Justo al entrar en esa población, me paró una patrulla de campesinos con fusiles. Estos no llevaban ni gorra de milicianos. Sólo una banda roja cosida al brazo. Me acribillaron a preguntas. Buscaban a burgueses y curas huidos de las grandes ciudades. Me miraron a la cara fijamente para amedrentarme. Me hicieron sacar la boina, para ver si llevaba tonsura clerical. Secularizado como

estaba, el pelo me había crecido abundante desde los días de la sentencia del arcipreste.

Es curioso esto de las sentencias. La condena del arcipreste me había salvado la vida. Si yo hubiera seguido siendo sacerdote, ahora estaría yaciendo dentro de una fosa en el cementerio de Alcalá. Su condena, había sido mi salvación. El arcipreste me condenó a vivir. Ahora me doy cuenta. Mientras tanto, estos labriegos me hicieron abrir mi hatillo, pero sólo buscaban armas, dinero y joyas. Y nada de eso había dentro.

—Camarada, ¿y para qué quieres ir a Barcelona?

—Allí tengo primos. Vivo... en la más extrema pobreza. Tal vez ellos me ayuden.

A uno le dio mala espina que alguien tan pobre, llevara papeles, pluma y tinta.

—Oye, camarada, ¿cuál fue tu profesión? —la pregunta la hizo como un perro que se acerca a su presa, casi entornando los ojos.

—He trabajado de contable, en una frutería. Pero me quedé en la calle.

El miliciano no dejó de entornar los ojos con desconfianza, pero esa respuesta lo explicaba todo. Me dejaron seguir adelante.



1 de agosto

Seguí andando hacia Benicarló, hacia el norte. En mis descansos acabé de pasar a limpio lo que me quedaba. Esa noche dormí al raso, lo cual no era nada desagradable. En Castellón, me habían dado una manta gruesa, que me servía de colchón. A eso de la medianoche, mientras miraba las estrellas, me dio la sensación de que me acercaba a ellas, de que caía, cada vez a más

velocidad, hacia ellas. Me había dormido, era un sueño. En un momento dado, sin saber cómo, entré en un túnel. Una luz intensísima aparecía al fondo.

Al llegar a la claridad, mis ojos no se cegaron. Aquella blancura perfecta no molestaba a los ojos. Allí no sólo había luz. De en medio de las nubes salía un resplandor como el del atardecer, cuando los poderosos haces de luz del sol atraviesan las nubes llenas de arborescencias. Pero ese astro no era el normal. No lo vi, pero las nubes eran tan grandes como toda la Vía Láctea. La luz no era Dios, era sólo el resplandor de la verdadera Luz que ocultaba el velo de nubes. De esas nubes inmensas, salió una voz grave, poderosa, de fuerza incontestable, la voz de Dios. Esa voz me dijo:

No importa si tú trabajas mucho, si te mueves mucho, si te esfuerzas mucho: al final se hará lo que YO haya decidido. Al final, importa más tenerme contento que todo lo que tú puedas hacer.

Soy YO el que decido y mi decisión es perfecta, definitiva e inapelable. He decretado la fecha de la caída de imperios que ni siquiera han nacido. He sentenciado la muerte de odiosos e insaciables tiranos antes de que vean la luz del día. He decidido que algunos que no son nada tengan el poder absoluto durante toda su vida. Mío es el ascenso y mía la caída. Nadie podrá resistir mi decisión.

Mis sentencias son maravillosas y tremendas. Unos llorarán de gozo, otros de rabia. Unos se retorcerán de dolor y otros caerán de rodillas alabando mis justos designios. Unos recibirán medallas y más medallas sobre sus pechos. Otros se desplomarán con sus pechos atravesados por las balas. Entiéndelo humano, sólo ves las apariencias, lo externo, el Teatro del Mundo. Cuánto

te preocupas de las vanidades que se mueven sobre la superficie de la tierra. Si supieras, sólo te preocuparías de tenerme contento.

Es mi dedo el que decide. Señalo, y los más sólidos troncos caen. Elevo mi mano y una nueva era comienza para los hombres. Por mi querer los monos saltan de rama en rama en las verdes selvas. Por mi querer el desierto es abrasado por el sol y sus escorpiones se esconden bajo las piedras. YO contengo los monstruos, YO suelto los guerreros invencibles. Invencibles no por ellos mismos, sino simplemente porque así lo quiero. Pero el que quiero es caudillo invencible y morirá en la cama de viejo. Mía es la venganza. Mía la condena a muerte y la condena eterna. Mía la salud y la escapatoria en el último momento. Mía la coincidencia y la longevidad. Por mí, lo breve es breve. Por mi, el cetro se consolida.

YO perdono y YO digo: ya no hay perdón. Hago surgir del suelo las torres de las catedrales y veo caer mis templos. Veo como matan a mis sacerdotes y como enarbolan la bandera de la iniquidad. Por mí, unos danzan de alegría y decretan celebraciones de júbilo ante la victoria. Por mí, otros huyen en medio de lágrimas para no volver jamás a sus hogares.

Cuando se es omnipotente, nada te turba. Comprende, hijo de hombre, que, entre la más horrorosa derrota y la más increíble y arrolladora victoria, sólo media mi voluntad.

No tardo en hacer las cosas. Nunca me he retrasado. A veces os desesperáis, a veces os pruebo, a veces llevo vuestra paciencia al límite, y entonces clamo: ¡Contemplad el poder de Dios!

En ese momento, vi morir a más de 200.000 personas. Puede parecer imposible, pero fui testigo de los sufrimientos, dolores, lágrimas, de la agonía de cada uno de ellos. Vi miles de ángeles

con espadas en sus manos, que volaban yendo y viniendo por toda la nación.

Sé que Dios no tiene manos, porque es espíritu, pero vi la Mano de Dios. Inmensa, más grande que toda España. Resonó una voz en lo alto que dijo solemnemente: HÁGASE. La Voz no gritó. Sino que resonó con una serenidad infinita. Entonces vi esa Mano que como un torbellino arrastraba historias, destinos y existencias. Nada se podía oponer a su poder: el Poder de Dios.

Vi a alguno que se agarraba con sus manos, con todas sus fuerzas, a su existencia sobre la tierra. Pero el viento huracanado del torbellino le arrastraba. El huracán arrastraba a cientos de miles de personas que se aferraban con uñas y dientes a sus vidas. Las almas eran arrebatadas de este valle de lágrimas, ascendían y se agrupaban como formando pequeños ríos. Cada uno de estos ríos de almas se dirigía hacia su destino eterno escapando a mi vista.

Después vi España desde lo alto, a una grandísima altura. La vi en el futuro, acabada la guerra. Las torres de iglesias se elevaban como hierba que vuelve a crecer en primavera. Entre esa hierba se oía el rumor de millares de campanas que repicaban de alegría. El incienso subía, entre cantos de alegría, desde esas microscópicas construcciones humanas. Había paz. Todo estaba en orden. La tempestad había pasado. Todo se fue difuminando, abrí los ojos y me encontré en mi lecho.



2 de agosto

Camino lentamente hacia el norte. Sin prisa. He comprendido que nunca llegaré a Barcelona. Ahora sé con total seguridad que moriré antes de llegar. Fue una de las cosas que vi en medio de ese torbellino. También contemplé mi destino.

Un pastor con sus ovejas pasa por la carretera y me saluda en catalán. Es bonito caminar viendo el mar a mi derecha. Hay brisa. Todo es mucho más hermoso cuando sabes que son las últimas veces que ves las cosas.

Al final del día, llegué a una población que se llamaba Las Casas de Alcanar. Mendigué sin ganas. Saber que moriría, es curioso, quita el hambre. Mendigué sin ganas y comí con menos ganas. Entretuve mi ocio en ver la iglesia abierta, desvalijada y todo lo que en ella había, quemado. Esta vez entré sin miedo en ese pequeño edificio desolado. Caminé por él rezando varias avemarías.

Cuatro payeses se habían acercado a la puerta del templo y me miraban. Podían haber pensado que yo era un simple curioso. Pero no. Sabían que era un creyente. Vieron el dolor escrito en mi cara. Oí sus risitas. Escuché como comentaban, mientras se alejaban: *Se acabaron las misas.*

Me eché a dormir en la playa, escuchando el rumor de las olas. Por alguna razón sabía que hoy tendría un segundo sueño sobre la guerra. Lo que no sabía es que ya no tendría más sueños ni visiones. Era el último. Mi cuerpo estaba agotado. Sentía que el sueño hacía mis pensamientos cada vez más lentos sin yo poder evitarlo.

La Virgen me había dicho que Dios me respondería. Abraham regateó con Dios para tratar de salvar a Sodoma. Mucho puede la petición del justo cuando ésta es humilde. Yo haría como Abraham. Estos eran mis pensamientos cuando me dejé llevar por mi cansancio, poco a poco penetré en las oscuras regiones de la inconsciencia.

En un momento de la noche, dormido, vi un arcángel inmenso, grande como una torre de catedral. Ante él, había una

balanza. Iba colocando grandes pesas, pequeñas pesas, la equilibraba. Yo le observaba atentamente, en silencio, fijándome en todos los detalles de aquella escena en silencio. En el otro plato de la balanza había piedras negras, oscurísimas, que iba agregando de un montón. Sin cansarse lo más mínimo, su mano izquierda sostenía la balanza. Mientras que con su mano derecha, sin prisa alguna, iba haciendo cuentas en las páginas blancas de un libro muy grande. Su diestra ahora agregaba pesas, ahora escribía.

Números y más números eran anotados cuidadosamente sobre el libro. En el cielo, se llevaban cuentas meticulosas de cosas que se me escapaban. No pude ver las hojas de ese libro. Cuando el arcángel acabó de agregar las últimas pesas y acabó de hacer sus números, y eran números de hombres, presentó su libro ante el Trono del Señor de señores. Hubo un gesto silencioso de asentimiento.

Entonces resonó en el cielo un clamor:

–268.341 serán las víctimas de la Guerra Civil Española, ni una más, ni una menos.

Los ángeles salieron de aquel palacio y descendieron sobre la faz de la tierra. Dispuestos para actuar sobre las causas y los efectos. Con consignas claras de cuándo debían impedir y cuándo debían retraerse y dejar hacer.

En el sueño, en ese momento, la República todavía estaba en paz, nadie se había sublevado. El sueño se retrotraía veintiún días antes. Y, sin embargo, el designio ya estaba escrito: 268.341 víctimas. Ni una más, ni una menos. Pregunté:

–¿Pero por qué? ¡En ese cómputo hay niños, hombres inocentes de un bando y de otro, mujeres que simplemente

pasaban por el lugar equivocado, hombres malos, pero muchos hombres buenos! Tú podrías evitarlo.

Entonces la voz de Dios resonó tranquila y serena, pero llena de poder:

—No lo entiendes. Ese precio es el menor posible. Es precio de misericordia. Ahora ya es imposible pagar menos para evitar una hecatombe mayor. Si tú supieras... Es el precio de mi compasión.

Pregunté entre lágrimas:

—¿Pero por qué hay que pagar un precio? ¿A quién? ¿Quién es el deudor?

La Voz me dijo:

—Cada acción tiene sus consecuencias. Cada obra tiene sus efectos. Ese precio es el precio de las decisiones de millones de personas. No puedo hacer que no se pague ese precio, del mismo modo que no puedo evitar que las acciones no tengan consecuencias. Créeme, hijo de hombre, que no lo hago por satisfacer mi honor. Es la necesidad de las cosas. Y la necesidad de las cosas también conoce su límite. No conoces los caminos de las causas y efectos.

Con voz suplicante le dije:

—Tú lo puedes todo.

La Voz hizo una pausa y después repuso:

—Puedo abreviar, puedo contener, puedo atenuar, puedo aliviar. Pero, después de toda mi misericordia, ése es el precio más bajo. Ése es el precio necesario tras tomar una decisión: la decisión de cerrar los pozos de la oscuridad. Y cerrar esos pozos cuesta un precio, porque esos pozos son seres humanos.

–Señor, Señor, cierra esos pozos por decreto.

–Eso haré. Pero el coste total de dolor, sangre y lágrimas es el precio para recobrar la salud. El precio incluye la sangre de los mártires, el sufrimiento de los inocentes, todas las lágrimas de los que serán escuchados. Todo ello hace que la suma total sea menor de lo que debería. Ellos interceden. Sin ellos, las cosas serían de otra manera.

–Te acusarán de crueldad.

–Si supieran, comprenderían que mi mano ha permitido el mínimo dolor indispensable. Todo es una cuestión de conocimiento. Algún día, aquí, todos sabrán hasta donde ha llegado mi misericordia.

–¿Ya está decidido?

–Sí. Mi Mano, mis ángeles, las causas, todo está preparado. Como una maquinaria que se pondrá en marcha en cuanto llegue el día determinado. Esos ángeles harán que en un caso la bala se detenga, se desvíe, pase rozando. En otros casos no harán nada, dejarán que las causas actúen. A uno la bala le pasará cerca silbando, a otro la bala más inesperada le alcanzará. Se dispararán millones de balas, pero las balas siempre alcanzarán al que estaba decretado que debían alcanzar.

–Dirán que eres vengativo.

–Busco el bien de todos; de todos y de cada uno. Pero mis decisiones las toman unos como venganza y otros como recompensa. De mis decisiones unos se alegran y otros las lloran. Pero busco el bien de todos.

–Derrama fuego, desde el cielo, sobre los culpables. Sólo sobre ellos.

–Al final, el resultado será el mismo por mi camino que por el tuyo. Con una diferencia, en mi camino habrá espacio para la penitencia. Mi camino será progresivo. En mi camino habrá lugar para la intercesión de los justos. Los malos tendrán tiempo para ver los frutos de sus acciones. Tendrán más posibilidades de entender y cambiar. Con mi gracia, les ayudaré a comprender.

–Por favor, por favor, te lo suplico, envía el fuego o la peste sólo sobre los culpables. Qué todo acabe pronto. Que no mueran los inocentes.

–YO decido el modo. Y mi modo es perfecto. Te lo repito, dentro de un año, 292 días y tres semanas mi siega habrá acabado. El fuego bajado del cielo sería más espectacular, pero busco la conversión. Conforme se aproxime la hora y el minuto de cada uno, hablaré a cada uno en su corazón. Uno a uno, como el Padre que soy. Aunque sea en el último segundo, todos escucharán mi Voz.

–¿Y si no hay tiempo? La muerte les puede sorprender de forma fulminante, como cuando explota una granada y el cuerpo sale volando en incontables fragmentos.

–Soy Señor del Tiempo. Míos son todos mis hijos e intentaré salvar a todos. Al morir, el tiempo se puede ralentizar como sucede en el mundo de los espíritus.

Yo estaba deshecho ante el atroz peso de la balanza.

–¿Tan horrorosos son nuestros pecados?

Percibí una gran seriedad en Dios. Después dijo:

–Vuestros pecados son muy graves. Los hombres podrán entender la trascendencia espiritual de sus acciones al contemplar el peso del precio que hay que pagar. Sólo así.

–Señor, lo acepto. Somos niños, sólo Tú sabes.

–Ahora duerme y descansa. Pronto podrás descansar del todo.

Y mis ojos se cerraron y me dormí dentro de mi sueño. En realidad, estaba dormido sobre la arena de la playa, pero fue como si me durmiera en el mismo acto de soñar. Allí acabaron todas mis visiones y sueños.

Bajo el ardiente sol de agosto

AQUELLOS CUYO NOMBRE NO HA SIDO ESCRITO, DESDE LA
FUNDACIÓN DEL MUNDO, EN EL LIBRO DE LA VIDA.

Apocalipsis 13, 8



2 de agosto

Un automóvil paró en la carretera y me dijo que me llevaba hasta Reus. Al bajarme del coche y despedirme del conductor, observé que había unas cien personas formando un corro en mitad del pueblo, en un cruce de dos calles. No pocos eran alegres miembros del Partido Socialista Unificado de Cataluña que fusil al hombro se dirigían hacia Andalucía para sofocar la insurrección.

Me aproximé cautamente a ver qué pasaba. No me lo podía creer. ¡Estaban toreando a dos mujeres en plena calle! Pregunté a una madre con un niño qué pasaba. La madre, que miraba con desagrado la escena, me dijo que habían pillado en esa calle a tres monjas huídas de Badalona. Iban vestidas de seglares, pero los más sanguinarios habían desarrollado un olfato sensibilísimo para detectar a este tipo de mujeres.

Les habían dicho que si les ofrecían una buena corrida de toros, las dejarían seguir su camino. Un capitán miliciano entró a un bar y pidió prestado un mantel de una mesa. Una petición que no admitía un “no” por respuesta. El capitán del mantel les

explicó a las religiosas que tenían que embestir ese capote y poner los dedos índices en las sienes como si fueran cuernos. Si hacían una buena faena, las dejarían marchar.

—Pero tiene que ser una buena faena —añadió el militar mal afeitado, un joven sindicalista dedicado a la industria metalúrgica hasta hacía cinco días.

La más anciana se negó a humillarse de esa manera. El capitán la agarró por detrás, por el cuello de su vestido y la llevó trastabillando hasta un lugar más apartado de la calle. Allí le descerrajó un tiro en la cabeza. La llevó a ese rincón únicamente para que la sangre y, sobre todo, otros restos humanos no mancharan desagradablemente la mitad de la calle. Ese carnicero tenía experiencia. Como si nada, regresó donde las otras dos religiosas y les repitió cómo tenían que poner los dedos en las sienes.

El capitán, un sargento y dos soldados se lucieron como si fueran verdaderos toreros mientras la tropa les gritaba ¡olé! Los puntapiés de los presentes en el corro que se había formado les animaban a las monjas a embestir de nuevo con entusiasmo. Varias veces comentaron los toreros que era una pena que no tuvieran banderillas.

Yo contemplé esa escena horrorizado. Pero pronto oculté mis sentimientos. Un par de comisarios políticos, discretamente, estaban mirando no la corrida sino a la gente, para descubrir quién, entre los varones, se destacaba especialmente en la repulsa.

Me vino a la mente que no podía quedarme mirando, que tenía que decir algo si no quería ser un cobarde y un traidor. No podría mirarme en un espejo si me quedaba a ver la escena sin hacer nada. Si había que morir, moriría con ellas.

Ya tenía tomada la decisión, cuando una viejecita me sujetó la muñeca de la mano que había comenzado a levantar lentamente. Me dijo musitando:

—No lo hagas.

No dijo más. Pero sus ojos azules me taladraron hasta lo más profundo. Comprendí que tenía razón. Me quedé cinco minutos más, rezando interiormente. Después, la viejecita, me dijo:

—Ahora sígueme.

No la conocía de nada, pero en su voz había imperio. No me atreví a no obedecerle. Iba vestida como una campesina de la zona, con un velo sobre la cabeza. Me habló en castellano pero con un acento catalán muy cerrado. Cuando nos habíamos alejado, se paró y me miró a los ojos, diciéndome:

—Soy tu ángel de la guarda.

Me quedé petrificado. Continuó hablando con el mismo acento:

—Inmolarte en ese momento, no hubiera servido de nada. Dentro de dos días serán martirizadas en otra ciudad.

—¿Por qué has venido tú y no el ángel que hasta ahora me ha guiado?

—Porque las visiones han acabado. Te voy a guiar en estos próximos días. De lo contrario, caerías y tu escrito se perdería. Vamos, sígueme.

Me llevó a la iglesia de San Juan Bautista.

—Entremos.

—¿Cómo, no nos encarcelarán?

–Tranquilo, no te pasará nada.

–¿Seguro? –insistí, acordándome de las pobres monjas.

–Si te digo que estés tranquilo es que puedes estarlo.

Como siempre, la puerta de la iglesia estaba abierta. Con paso temeroso, entré en aquel templo saqueado. Mi ángel me indicó:

–Te quedan por pasar a limpio siete páginas. Aquí puedes hacerlo –dijo señalando la pila bautismal.

En la iglesia no quedaba ni un solo banco ni una silla ni un altar de madera. Todo lo combustible había sido sacado para usarlo, al menos, como leña. Pero sí que quedaban unos tablones que me los puso sobre la pila, para que ésta me sirviera de mesa, mientras yo escribía de pie.

Mi ángel tuvo razón, absolutamente nadie tuvo la idea de entrar allí durante más de una hora. Le pregunté ciertos detalles de la visión del purgatorio. La “viejecita”, acurrucada en el suelo junto a un muro, fue breve pero precisa en sus contestaciones.

Después, me senté a su lado y oramos un rato, una hora. Después descansamos un rato charlando. Vi cerca de mí unas hojas descuadernadas, esparcidas sobre las baldosas en desorden. Debían ser de la biblioteca del párroco.

Me acerqué. Sin tomarlas en mis manos, inclinándome hacia el suelo, les eché una hojeada. Había una poesía de San Juan de la Cruz a la Trinidad. Eso me interesaba. La tomé, la doblé con varias dobleces y la metí en mi bolsillo. Recogí alguna hoja más, unas cinco.

Vi una hoja suelta de otro libro. En ese momento no lo sabía, pero era un texto de Karl Marx. La hoja comenzaba con este párrafo:

El problema de si puede atribuirse al pensamiento humano una verdad objetiva no es un problema teórico, sino un problema práctico. Es en la práctica donde el hombre debe demostrar la verdad, es decir, la realidad y el poder, la terrenalidad de su pensamiento. La disputa en torno a la realidad o irrealdad del pensamiento –aislado de la práctica– es un problema puramente escolástico.

–No he entendido nada –le comenté a la viejecita, que me sonrió. Había media docena más de hojas de Marx.

¿Cómo habían acabado esas hojas allí? ¿Qué encadenamiento de causas habían hecho que acabaran allí en el suelo? Probablemente, nunca lo averiguaría. *La disputa en torno a la realidad... del pensamiento... es un problema puramente escolástico*, volví a releer, intentando comprender.

Seguí mirando al suelo. Bajo esos textos de Marx, había un libro entero titulado *El alma de todo apostolado*. Como marcador el párroco había usado un fragmento de una revista francesa que reproducía una iluminación medieval, no aparecía la fecha. La iluminación estaba perfectamente recortada, se ve que le había hecho gracia al cura. La pintura medieval, de una candorosa ingenuidad, representaba al mundo flotando en el universo, en medio de las estrellas. Sobre el mundo, en lo alto, estaba el sol iluminando la mitad de la tierra. Bajo el mundo estaba la luna: en la mitad de la tierra reinaba la noche. La Segunda Persona de la Trinidad aparecía en una esquina creando o vigilando o bendiciendo su obra.

Qué bonito, pensé. Qué diferencia entre los pensamientos extraviados y torcidos de ese hombre sin Dios, y esta bella iluminación de un universo armonioso, en orden, bajo la Mano de Dios.

Mi ángel consideró que el descanso ya había sido suficiente. Así que me indicó que le siguiera. Andamos bajo unos soportales, nos metimos por una calle estrecha con una fuente muy pequeña en el centro. Llegamos a un caserón grande que formaba una continuidad con las otras viviendas de la calle.

—Llama y pregunta por el señor de la casa.

Lo hice. Por el balcón un niño muy rubio me preguntó que qué quería.

—Deseo hablar con el señor de la casa.

El niño raudo se metió hacia dentro. Tardó un par de minutos en abrirse la puerta de abajo, un portón bajo un arco de piedra. En el umbral apareció un hombre fuerte, grande. Era Pedro el farmacéutico. Miembro del partido socialista desde 1930. Con gesto decidido, me preguntó que qué quería.

—Mire —le dije con aire tímido y vacilante—, le tengo que dar esto.

Y puse en sus manos en legajo de papeles donde estaban mis ocho visiones y los dos sueños. La mujer anciana (mi ángel) estaba detrás de mí, no intervino. Yo estaba siguiendo escrupulosamente sus instrucciones. El farmacéutico miró los papeles que, atados con un cordel, formaban un cilindro. Allí estaba todo pasado a limpio. La caligrafía era buena y el dueño de la casa la miró por un segundo. Después me volvió a mirar como preguntándome qué significaba aquello, qué quería que hiciera.

—Mi misión acaba en entregarle estas hojas. Le deseo que tenga un buen día.

Lo lógico era que me hubiera preguntado algo, que me hubiera interrogado acerca de esos papeles. Pero se quedó tan

sorprendido que se me quedó mirando mientras yo me alejaba, seguido por la ancianita.

Cuando ya doblamos la esquina y seguimos andando un minuto, le pregunté a mi ángel:

–¿Esto es todo? ¿No tengo que hacer nada más?

–Sí, esto es todo.

–Pero después de tanto trabajo... ¿y si lo rompe?

–Tu tarea acababa en hacer lo que has hecho. Eso es todo.

Me encogí de hombros. Pero, al cabo de caminar en silencio un minuto, no pude dejar de comentar entre dientes:

–Tanto trabajo, tantos peligros para que quizá todo acabe en la estufa de su casa.

Seguimos andando. Cinco minutos después, vi con claridad que la ancianita que me acompañaba enfilaba hacia la salida de la ciudad.

–¿Y ahora qué? –le pregunté ya en el campo.

–Ahora vamos en dirección hacia Barcelona. Todo tu trabajo ya está hecho.

Como no me quedaba en paz, pregunté al cabo de un rato:

–Pero... ¿esas hojas que le he dado no serán destruidas?

–No.

–¿Y qué hará con ellas?

–Las guardará. Finalmente, decidirá conservarlas. Aunque bien a punto estarán, como tú dices, de servir para encender la madera de la estufa. Pero las guardará. Y con el tiempo pasarán de mano en mano. Ochenta años después de ahora, verán la luz.

–Qué bien. Tú todo lo tienes claro.

–Para Dios todo está claro.

–Al menos, todo este esfuerzo servirá para algunas almas.

–Tu escrito ayudará a algunas personas a conocer algo más el misterio de que las tres Personas sean un solo Dios.

–¿Y ahora todo está hecho?

–Sí.

–¿Y vamos hacia Barcelona?

–Sí.



Por el camino, saqué varias de las hojas que había recogido en la iglesia y me puse a leerlas en silencio. Al leer la poesía acerca de la Trinidad, quedé admirado de su belleza y lo hice en voz alta:

¡Qué bien sé yo la fonte que mana y corre,
aunque es de noche!

I

Aquella eterna fonte está escondida.
¡Que bien sé yo do tiene su manida
aunque es de noche!

II

Su origen no lo sé pues no le tiene
mas sé que todo origen della viene
aunque es de noche.

III

Sé que no puede ser cosa tan bella,
y que cielos y tierra beben della
aunque es de noche.

IV

Bien sé que suelo en ella no se halla
y que ninguno puede vadealla
aunque es de noche.

Aquí me interrumpí y le pregunté al ángel:

—¿Has escuchado? Escribió que *suelo en ella no se halla*.

—Sí, lo que tú dijiste.

—Y que ninguno puede vadearla.

Seguí leyendo:

V

Su claridad nunca es escurecida
y sé que toda luz de ella es venida
aunque es de noche.

VI

Sé ser tan caudalosos sus corrientes,
que infiernos cielos riegan y a las gentes
aunque es de noche.

—¿Has escuchado? Habla de las corrientes de Hijo. ¡Y que riegan los cielos!

—Ya, ya.

Seguí leyendo.

VII

El corriente que nace desta fuente

bien sé que es tan capaz y omnipotente
aunque es de noche.

VIII

El corriente que de estas dos procede
sé que ninguna de ellas le precede
aunque es de noche.

–Habla de una corriente que procede de las otras dos.
¿También él tuvo visiones de los misterios que yo vi?

–Sí, también él pudo ver las cosas del más allá. Pudo ver sin
morir las cosas que hay ocultas tras el velo de la muerte.

IX

Aquesta eterna fonte está escondida
en este vivo pan por darnos vida
aunque es de noche.

X

Aquí se está llamando a las criaturas
y de esta agua se hartan, aunque a oscuras
porque es de noche.

XI

Aquesta viva fonte que deseo
en este pan de vida yo la veo
aunque es de noche.

Allí acababa la poesía escrita más de trescientos años antes.
La releí y la medité.

–Entiendo que hable de las corrientes que riegan los cielos,
¡pero los infiernos! ¿Las corrientes de Dios riegan los infiernos?

–Claro, Dios también está en el infierno. No hay ningún lugar donde Él no esté presente: viendo, actuando, manteniendo en el ser. También el Padre de los espíritus alivia la existencia de esas almas desgraciadas. Ocultándose todo lo posible al hacerlo, para no provocar más rabia en ellos.

–También nosotros, en ocasiones, tenemos que hacer el bien sin ofender, ayudar sin que se sepa que estamos ayudando.

– Incluso te voy a decir algo que te va a sorprender.

–¿El qué? Nada creo ya que me sorprenda.

–Veras, es cierto que el infierno es un lugar sin Dios.

–Lo vi, sí.

–Es el reino de la ausencia de Dios en cuanto que no se manifiesta. Pero los condenados también pueden recorrer la Trinidad si lo desean.

–¡Pero qué me dices!

–Ellos nunca van a ver la Esencia del Altísimo, el Rostro de Dios. Pero pueden conocer lo que tú has conocido.

–No lo entiendo. ¿Pero no odian a Dios?

–Sí, pero la eternidad es muy larga y también ellos, antes o después, también buscan conocer más a Dios.

–Me imagino que de un modo puramente natural.

–Sí, no sobrenatural.

–¿Y ese conocimiento no les lleva al arrepentimiento?

–Desgraciadamente, no. Ese conocimiento no les lleva ni al amor ni al arrepentimiento. Lo mismo que tú puedes conocer más y más el infierno, recorrerlo en todos sus detalles, y no por eso

sientes el más mínimo deseo de pensar y sentir como ellos; así también los réprobos, si lo desean, pueden conocer más y más a su Creador, pero eso no les cambia.

—Jamás hubiera pensado que eso fuese posible.

Me quedé pensativo un rato. Después objeté:

—Pero yo vi la Esfera de Dios, la que representa al Dios Uno, muy lejos del infierno, como una estrella en su firmamento oscuro.

—En cierto sentido, Dios está tan lejos de ese lugar como ese astro de luz lo está de esa región tenebrosa. Pero, al mismo tiempo, es verdad que el conocimiento de Dios no les está vedado a esos hijos de Dios.

—¿Y ese conocimiento les da placer?

—Sí, alivia su eternidad. Aunque sea un mero conocimiento natural. Se trata de un mero conocimiento de la razón. Les distrae, les atrae intelectualmente. De manera que ellos pueden recorrer esa Esfera que representa al Dios Uno. O también pueden recorrer la Montaña Infinita y su Río y Océano.

—Pero no se mezclan con los bienaventurados.

—No, no se mezclan.

—¿Cómo puede ser eso posible?

—Recuerda que la Montaña es infinita. Y lo mismo las otras dos Personas.

—Entonces... ¿hay regiones de la Montaña recorridas en espíritu por los demonios y los hombres réprobos?

—Sí, son recorridas por el conocimiento de esos seres intelectuales. La entera Trinidad tiene regiones donde, digámoslo

así, ellos deambulan. Piensa que la Esfera del Dios Único es infinita.

–Es difícil imaginarse una Trinidad rodeada de demonios.

–Sin embargo, es así. El Altísimo no se cierra a nadie. Dios es apertura. Y recuerda que no tienen que salir del infierno. El Todopoderoso también llena esa región.

–Pero se oculta para no atormentarlos.

–Sí, se oculta. Pero si lo desean, pueden dirigirse hacia Él sin salir de la región que es su morada.

–Veo que gracias a Dios el infierno no es tan terrible.

–El infierno es terrible, pero atenuado. El Padre Celestial es bueno con todos. Si la ausencia del Creador fuera perfecta, verdaderamente no se podría sobrellevar la existencia. El infierno es soportable. Sin Dios no lo sería, créeme.

–Pero Nuestro Señor Jesucristo habló del fuego.

–El fuego son los abrasadores momentos de rabia. No hay manera de apagar ese fuego espiritual, porque nace de dentro. Pero no atormenta siempre de modo extremo, eso sería insoportable. El fuego, la mayor parte del tiempo, se va apaciguando. Y sigue sólo en forma de rescoldos, para volverse a prender de tanto en tanto.

–¿Por qué se vuelve a prender?

–Esas llamas vuelven a morder las carnes del alma cuando éstas recuerdan ciertas cosas, cuando se torturan con ciertos pensamientos. La carga del remordimiento es el gusano que nunca muere, siempre horadando, siempre con sus continuos y leves mordiscos.

–Bien. Un lugar de sufrimiento. Un lugar en el que su Padre atenúa el dolor de la existencia.

–Sí, así es.

Seguimos andando en silencio. El ángel me preguntó:

–¿Te ha sorprendido que te haya dicho que ellos pueden recorrer con su conocimiento a Dios?

–Ya lo creo. Jamás lo hubiera pensado.

–La eternidad es muy larga. Dios es bueno con todos. El infierno es triste y, en ocasiones, como te he dicho, terrible. Pero no al modo que vosotros creéis: con tridentes, calderos y máquinas de tortura.

–¿Pero ellos, los condenados, no se sumergen en esas aguas del Ser?

–No, contemplan el Misterio de Dios desde fuera, pero no se sumergen en esas corrientes de las que habla el grandioso San Juan de la Cruz, tampoco penetran en el seno de la Montaña. No beben de sus corrientes. Miran a Dios de un modo externo. Lo recorren detalladamente con su conocimiento, pero no de un modo sobrenatural.

–¿Es como recorrer una mansión por la parte de afuera? –pregunté—. Los bienaventurados estarían dentro de la casa; los réprobos, fuera.

–Es una buena comparación –me confirmó mi ángel—. Dios es morada para sus amados hijos. Pero también es visible esa morada, desde la lejanía, para los hijos pródigos.

Seguimos andando. Yo le daba vueltas a todas estas cosas por ese camino polvoriento, en medio de un calor denso, flanqueados por campos fustigados por el sol.



Nada más salir de Reus, nos tenemos que detener ante una barrera de control. Los milicianos nos revisan todo, bolsillos incluidos. Vemos pasar a pie a varios militares detenidos, también a unos veinte civiles. Varios de ellos hasta hacía nada habían sido representantes del orden. Un sargento a caballo los trasladaba.

Este sargento sin apearse de su cabalgadura, siguiendo su camino, le gritó a un teniente que en ese grupo había dos jueces y cuatro inspectores de policía. Los mismos sentenciados y detenidos de hace unos meses eran los que habían ido deliberadamente a por ellos. Ahora los custodios de la Ley eran los que caminaban detenidos.

—A ver, ¡las manos en la nuca! —ordenó el sargento a los prisioneros entre las burlas de un grupo de anarquistas.

No sé donde los llevarían. Era evidente que las cárceles de muchas poblaciones se estaban llenando y había que aliviarlas. Pero, al cabo de unos minutos, llegaron dos carros tirados por mulos rodeados de una comitiva de unos veinte hombres. Los carros iban cargados con cuatro campanas, más de una docena de cálices, dos cruces procesionales y unas diez cruces de altar, un sagrario, una docena de relicarios. Todo eso en medio de un buen número de candelabros en el que se distinguía por lo menos un incensario. Todo había sido arrojado en el carro formando un montón.

Escuché a uno del pueblo que comentaba sarcástico:

—¡Para fines industriales!

Los carros no se detuvieron. Esos sindicalistas eran bien conocidos de los integrantes del puesto de vigilancia. El del final de la comitiva, le comentó a su amigo:

—Ése de ahí no servirá para esos fines.

—¿Cuáles?

—Los industriales.

Y miró al hombre de unos sesenta años, con un poco de sobrepeso, con las manos atadas a la espalda, caminando a pie junto al carro. La cabeza la tenía baja, mirando al suelo. El sindicalista que había desvalijado el monasterio añadió:

—Es un obispo.

—¡No fastidies!

—Se había refugiado en el monasterio. Le vamos a dar los parabienes que merece su dignidad. Después lo enviaremos a Barcelona.

Los dos carros y los que los custodiaban se fueron alejando. La viejecita y yo vimos como uno de los milicianos le golpeaba en la espalda y la cabeza como si fuera un buey.

Los dos grupos, conducidos por amigos del sindicato, habían tenido prioridad sobre nosotros. Eso nos había tenido esperando unos ocho minutos. Cuando a nosotros nos dijeron que podíamos seguir adelante, la viejecita (mi ángel) le comunicó al miliciano que deseaba hablar con el jefe.

—¿Con el jefe del puesto?

—No —respondió ella—. Con el jefe de todo esto —dijo señalando las treinta tiendas de campaña y los vehículos aparcados allí.

–Esto es un campamento de las milicias de la CNT. Aquí el que manda es el capitán.

–¿Dónde lo puedo encontrar?

En ese momento, miré a la viejecita con terror. Creí que me desmayaba. No me había dicho que iba a hacer eso. ¿Para qué? El hombre armado inspeccionó a la anciana con la mirada. Después dijo:

–Ve a esa tienda de lona verde, donde está ese camión. Detrás verás unos árboles Allí hay una masía requisada. Ése es su cuartel general. Allí le encontrarás.

No sé ni cómo pude seguir a la ancianita, las piernas era como si no me sostuvieran. Tratábamos de pasar inadvertidos y ella se metía en la boca del lobo. En menos de un minuto, estábamos delante del capitán, todos le conocían como *El Asturiano*. En una habitación de la planta baja, había emplazado su despacho. Ella se aproximó a la mesa. Yo me quedé mucho más atrás, cerca de la puerta por donde habíamos entrado. No se me ocurrió abrir la boca.

–Vamos a ver, ¿qué quieres? –le pregunta el oficial sin dejar de firmar papeles y revisar listas.

La anciana le suplica con lágrimas la vida de un hombre de 37 años. Desgrana unas cuantas virtudes del condenado. Pero más que exponer virtudes, pide compasión. El capitán impertérrito, al ver de qué se trataba, no ha dejado de revisar papeles, hacer anotaciones, estampar firmas y sellar salvoconductos.

–Bueno, cállate y márchate –le ordenó con malos modos el militar anarquista–. Déjame en paz, tengo mucho trabajo.

—¿No quieres que te cuente la vida de este pobre y desgraciado hombre? —la mujer le tuteaba, tal como querían los anarquistas.

—No me interesa lo más mínimo. Si ha sido condenado, pues que muera. Algo habrá hecho. Salud, camarada.

—No te he dicho el nombre del sentenciado.

—¡Me es indiferente! Anda, venga, sal.

La mujer, que no se había sentado en ningún momento, se dirigió hacia la puerta. Unos pasos más adelante se volvió y le dijo:

—Camarada capitán, el condenado eres tú.

El oficial levantó sus fríos ojos negros hacia ella sin atemorizarse. ¿Querría vengarse por la muerte de su marido o su hijo? ¿Tendría algún arma escondida? Le bastó mirar los ojos bondadosos y doloridos de esa mujer, para saber que ella no le iba a matar. A sus casi cuarenta años, la vida algo le había enseñado acerca de la psicología humana: no, esa mujer no llevaba ningún arma. *El asturiano* tranquilo le preguntó:

—¿Y quién lo va a hacer si se puede saber?

La mujer se acercó y a cinco pasos de él le respondió con serenidad:

—Dios.

Hubo un momento de silencio. El capitán le miró a los ojos fijamente.

—Así que Dios.

Asintió con la cabeza la mujer.

—Y... ¿voy a caer fulminado por un ataque al corazón?

—No.

—¿Se va a abrir la tierra bajo mis pies?

—Al Señor no le gusta abusar de lo teatral.

—¿El enemigo va a lanzar una bomba sobre este cuartel?

—Las filas adversarias están muy lejos.

—Mira, márchate ahora que puedes. Pasado mañana me imponen una condecoración y me ascienden. ¿Entiendes, vieja chiflada? Tengo trabajo. Quiero dejarlo todo acabado antes de que me trasladen. Las mujeres locas no me interesan. Pero si me importunas más, te aseguro que hoy servirás de divertimento a parte del regimiento aburrido. También tenemos camaradas veteranos en nuestras filas que no harán ascos a la carne pasada. Te aseguro que estás en una posición más peligrosa de lo que piensas.

—¿Has sido fiel al Partido?

—¡Más fiel que nadie! —respondió airado—. ¡Pero qué chalada!

—¿No has sido corrupto?

—Jamás. He sido austero como un monje.

—¿No te has desviado ideológicamente?

El capitán pensó que ése no era el lenguaje de una pobre aldeana. Quizá sería conveniente enviarla a que la interrogaran un par de días. La mujer continuó:

—Pasado mañana no te condecorarán.

—¿Por qué, vieja urraca?

–Porque esta tarde morirás, dentro de dos horas. He sido enviada desde el cielo para que te arrepientas y salves tu alma, ya que tu vida no puedes salvarla.

El capitán lo tenía decidido, había que interrogar a esa mujer. Lo más seguro es que estuviera desquiciada, pero no le importaba. La mujer añadió:

–Vas a sufrir mucho antes de morir. Vas a padecer en cada parte de tu cuerpo por la más acerba de las fieras. Tienes unos segundos para cambiar tu destino. Una última oportunidad que te concede tu Padre que está en los cielos por las muchas oraciones de tu madre y de los mártires que has mandado asesinar.

–¡Calla!

–Ven hacia aquí y siéntate.

El capitán ya tenía decidido el destino de esa mujer, su triste destino. Pero antes quería acabar de rellenar el papel que tenía a medio hacer.

–Siéntate aquí y calla –ordenó enérgico.

–No te ocupes en esos papeles inútiles. Ocúpate de tu alma. Si te arrepientes, te salvarás.

–Lechuza chiflada –y le arrojó el cenicero para que se callara.

Pero ella seguía.

–Te he pedido piedad y no has tenido piedad. Te he suplicado misericordia y no has mostrado misericordia. Y no sabías que eras tú por el que estaba pidiendo.

–Si me interrumpes una sola vez más, te sacaré de aquí arrastrándote de los pelos y no será precisamente para llevarte a tu casa. Además, estás detenida.

–Como desees, no te interrumpiré ni una sola vez más. Pero yo saldré tranquilamente por esa puerta, tan libre como he entrado.

–Puedes apostar a que no será así –sentenció acabando de redactar el último papel.

Mientras lo firmaba y sellaba, entraron como una avalancha tres oficiales apuntándole con sus pistolas.

–¿Pero qué es esto? –preguntó el capitán.

–Traidor, estás detenido. Aquí tienes la orden de Durruti. Si nos dices los nombres, aun puedes salvarte.

–¿Qué nombres?

–Vamos, sinvergüenza –le ordenó uno de ellos haciendo un gesto con la cabeza para que les siguiera, mientras otro le tomaba la pistola del cinto.



No hace falta decir que salimos del despacho de *El Asturiano* sin que nadie reparara en la presencia de dos pobres campesinos. Eso es lo que debieron pensar de la insignificante apariencia de dos civiles allí. Salimos del campamento y, tomando la carretera hacia Barcelona, reemprendimos el camino. Me encontraba en tal estado de impresión que no dije nada por un buen rato.

Sólo al cabo de una hora comencé a comentar con la viejecita el episodio vivido. Un rato después, ya aburrido, le pregunté:

–¿Pero vamos a llegar a Barcelona?

–No.

Silencio por mi parte.

—Entonces, ¿para qué caminamos hacia un destino al que nunca llegaremos?

—Llegarás a tu destino.

No volví a preguntar nada. Cuando mi ángel quería mostrarse críptico, nadie le ganaba a eso.

—¿Te has enfadado? —me preguntó mi ángel con una sonrisa.

—No, es por lo de *el Asturiano*. De verdad que casi muero de un infarto.

Mi ángel rió y añadió:

—¿Te gustaría que lo hiciera una vez más?

Mi mirada lo dijo todo.

—Pues tenemos poco tiempo —dijo el ángel—. Hay que aprovecharlo. No te enfades si lo hago una vez más, la última.

—Hazlo una vez más y me hago luterano.

Los dos reímos.



De nuevo el camino. Más camino. Más sol. Horas de camino con cada vez más necesarios descansos. Allí donde he encontrado una acequia me he agachado a beber, sin importarme si en ella había un poco de barro. En esas acequias he lavado mi cara sudorosa, salada. En ellas me he limpiado mis manos grasientas. Con mis manos me he mojado la camisa. Alivio vano, se seca rápidamente.

Y, de nuevo, nos ponemos en marcha. En el cielo no hay ni una pequeña nube. Se oyen las cigarras. Un labriego pasa

montado en su burro. Nos mira con desconfianza. En descampado, en un país donde, en los pasados días, han reinado los incendios y los asesinatos, en mitad de la soledad del campo, nunca se sabe si el desconocido con el que te encuentras te va a causar problemas. Su mirada es muy torva.

Seguimos andando. Se nota nuestro cansancio en que hablamos muy poco. En la última media hora, ni una sola palabra. La única ambición que ahora tengo en esta vida sería tener colgada al hombro una bota de cuero de la que beber agua a voluntad. Pero no tengo ni una perra chica.

He visto el Océano de Ser en el que algún día me sumergiré, un Océano que saciará toda sed mía. Pero ahora me crucifica este deseo de un poco de agua. He visto ese Océano inmaterial, pero ahora necesito un poco de agua.

La caminata inacabable me dio tiempo a repasar mi vida, a pensar muchas cosas, tal vez inútiles: ¿Y si hubiera nacido en China? ¿Hubiera sido budista? Ese pensamiento me turbó.

Si hubiera aparecido en el mundo en otro lugar, nada hubiera conocido de la Santísima Trinidad. Probablemente, me hubiera casado y ahora mismo estaría, tal vez, sentado sobre una estera en el salón de la casa comiendo un cuenco de arroz. La idea de estar yo tranquilamente acomodado en el suelo comiendo, rodeado de muchos hijos, con una sonriente y feliz mujer frente a mí, me desconcertaba. Sin haber hecho el mal, sin haber traicionado nada, hubiera yo podido acabar de forma muy distinta a la que ahora sufro. No le dije nada a la viejecita que iba a mi lado, pero este pensamiento me dolió.

Si hubiera tenido otros padres, tal vez yo hubiera acabado afiliado a Izquierda Republicana. Un pequeño cambio en la sucesión de causas y efectos, al comienzo de mi adolescencia, y

yo hubiera podido acabar en el papel de verdugo en vez de en el de víctima. Pero no. Existe el concepto de responsabilidad. Son las decisiones las que forjan nuestra alma. No somos hojas lanzadas en un río que son zarandeadas sólo por el azar. Me rehíce. Mi alma se sobrepuso a esa tentación.

Cómo podía acoger en mi pensamiento las falacias de los que me perseguían. Menos mal que la viejecita que caminaba a mi lado no se dio cuenta. Qué vergüenza. El Mal y el Bien están luchando. Qué tonto puedo llegar a ser. Es el cansancio. Y estas heridas de los pies. Cada vez cojeo más. Las tengo abiertas, húmedas. No sé qué quiere hacer Dios, como no sea un milagro. Tendría que dejarlas abiertas al aire durante días para que cicatrizaran, sin andar lo más mínimo. (Suspiro). Tengo la certeza de que todo un Dios se preocupa de estas llagas de mis pies. El dolor de mis pies no es indiferente a la Montaña Infinita de Ser que he visto. Aunque, a veces, tenga la impresión de que Él se ha olvidado de mí. Aunque, en ocasiones, el Maligno, el repugnante sembrador de la tristeza, me diga que me he vuelto loco y que la viejecita a mi lado es fruto de mi imaginación.

Es refinadamente maligno. Me repite que, aunque la toque, eso no significa nada, que los locos están convencidos de estar tocando algo, o que sienten como se abrasan. Es la baba del demonio que me repite que si esta viejecita no fuera verdadera, quizá fuera mejor que los del Frente Popular acaben con el cristianismo. Ahora ella se vuelve y me sonrío con su frente empapada en sudor, con su velo gris envolviendo su cabeza, con su falda larga de florecitas menudas. No dice nada ella, sigue mirando hacia delante. Pasamos al lado de un estanque evaporado. La arcilla está cuarteada, con los bordes de los fragmentos de tierra levantados hacia arriba.

Me agobia la sed. Debe ser la diabetes. Me gustaría saber cómo de alto tengo el azúcar. Estará totalmente descontrolada. La muerte serpentea por mis venas. Y encima este sol, este horno. Vistos desde lo alto debemos ser como hormigas. Desvalidas e insignificantes, dando pasitos sobre una tierra amplia y ciega a nuestras cortas patitas. La ancianita podría decirme algo. Pero calla.



Tras tres horas más de caminata y otras dos de descanso, llegamos a las inmediaciones de Tarragona. En el seminario, nos había dicho el bueno de don Teodoro, profesor de Historia de la Iglesia, que tal vez en ella predicó San Pablo. Por lo menos, existía tal tradición en la ciudad. A los comunistas que fanfarrones y bien armados nos dieron el alto en un control miliciano a la entrada de la ciudad, no les preguntamos cuál era su opinión acerca de esta tradición.

Reconozco que sin mi ángel, con mi falta de malicia y candidez, probablemente hubiera acabado en una prisión en cualquiera de los puestos que habíamos pasado. Cuando ya todo estuvo arreglado y los que guardaban el camino nos dijeron que podíamos seguir adelante, la ancianita les preguntó:

–Desearía ver al que manda aquí.

–Aquí no manda nadie. Somos libertarios.

–¿No hay un comandante, un teniente?

–En otras tropas sí. Aquí sólo tenemos un comisario. Y en la ciudad hay un comisario-inspector.

–Con ese quiero hablar. ¿Dónde encuentro al comisario-inspector?

Creí que me daba un infarto. Me dieron ganas de dejarla ahí. Tuve que sentarme en el suelo un momento.

—Tranquilos —me excusé cuando quisieron ayudarme—. Es que estoy débil —hice varias inspiraciones hondas—. No me pasa nada. —miré fijamente a la ancianita—. Estaré bien en un momento.

Diez minutos después estábamos delante del edificio del ayuntamiento de Tarragona. Mi primer impulso fue alejarme de esa mujer. Si no hubiera sabido que era un ángel, lo habría hecho. Aquello era un suicidio y Dios no quería que nos suicidáramos. Fuimos riñendo hasta la plaza. Me tuve que callar en cuanto entramos por la amplia y solemne puerta del consistorio. La ancianita le dijo al guardia de vigilancia:

—Queremos hablar con Emiliano.

—¿Con el *Matacuras*?

—Sí, con él.

Tuvimos que esperar media hora en una sala. Varias veces nos indicaron que si no preferíamos hablar con un delegado político. Pero mi querida ancianita insistió que quería hablar directamente con el comisario-inspector. Después nos dejaron entrar en su despacho. Un despacho totalmente desorganizado que más parecía un desván. Habían amontonado cajas de requisas por todas partes, pilas de papeletas para salvoconductos y varios macutos de oficiales con sus pertenencias personales se custodiaban allí. Había incluso una caja de herramientas para reparar la persiana del balcón principal al que daba ese despacho.

La escena de unas horas antes se repitió con variantes. En ese despacho me quedé atrasado, sin abrir la boca. La ancianita no pidió clemencia a favor de nadie. Se puso a hablar de religión desde el minuto cero. Yo literalmente me eché las manos a la

cabeza. La viejecita le habló de conversión, de la existencia de Dios. El comisario pasó de un primer momento de perplejidad a la cólera. Se fue enfadando más y más conforme avanzaba la conversación.

En un momento dado, el militar perdió los estribos y le apuntó con su pistola a la ancianita:

–Yo te puedo matar ahora mismo.

El cañón de la pistola le apuntaba a ella.

–No, no puedes.

–Te aseguro que únicamente tengo que apretar este gatillo.

Negó con un gesto de la cabeza que tuviese tal posibilidad. Ésa fue la gota que colmó el vaso. El miliciano apretó el gatillo. El percutor se encasquilló. La ancianita estaba tranquila. Tres veces más lo intentó y tres veces se encasquilló. Ninguna de las tres veces ella se alteró lo más mínimo.

–Esto no es un milagro. Simplemente mi revolver tiene un problema. Eso es todo.

–Claro, claro. No tengo la menor duda. Pero mira, para que tú tampoco tengas ninguna duda, te digo que pasado mañana morirás antes del mediodía. Tú dices que puedes matar a quien quieras, pero no me has podido matar a mí. Tú no has podido, pero Dios sí que va a poder. Yo te digo que pasado mañana morirás.

–Estás loca. Rematadamente loca. No necesito un arma para acabar contigo.

Y agarrando un martillo de la caja de herramientas que estaba detrás de él quiso abalanzarse sobre la anciana. Pero con tal mala suerte, quizá porque estaba fuera de sí, que en la

violencia de la acometida no se dio cuenta de que su macuto estaba en el suelo, junto a la mesa. Tropezó golpeándose el hombro izquierdo con la esquina de un taburete.

Yo, ante su acometida, me asusté tanto que di un paso hacia atrás con fuerza, golpeando un pequeño armario lleno de papeles en su parte superior. Al instante, sujeté el pequeño armario, pero no pude evitar que todos los papeles se desplomaran encima del jefe de milicianos caído sobre las baldosas.

Hubo quejidos en el suelo. El golpe había sido tan violento que se había roto el hombro. La ancianita no se había movido ni un centímetro, ni había parpadeado durante el intento de ataque. Ella, sin decir nada, moviendo la cabeza, se dirigió a la puerta para salir. El *Matacuras* con rabia, retorciéndose de dolor en el suelo, se dirigió a ella:

—¿Que no puedo matar? ¡Te equivocas! Mañana mandaré fusilar a más de cien detenidos.

La ancianita se volvió:

—Sí, podrás matar. No a todos los que quieres, ni siquiera ese número. Pero podrás hacer eso que tanto deseas. No a cien, por más que te empeñes. Únicamente podrás asesinar a veintinueve como máximo. Recuerda, veintinueve o menos. Ni a uno más.

Riéndose, el *Matacuras* exclamó con la rabia del dolor de su hombro:

—¡He ganado!

—Desdichado. No les matas a ellos, te asesinas a ti definitivamente.

—Qué tontería. Bobadas. Lo único cierto en este mundo es que yo podré dar el paseo a esas cien personas.

–Para el número que mañana efectivamente morirán, ha llegado su hora. Dios les llama. Con esta guerra o sin ella, sus vidas han llegado a su término. El modo es lo de menos.

–Ya, ya. Me haces reír –murmuró entre dientes mientras se levantaba con dolor–. ¿Entonces por qué permite que sea yo el que dé la orden?

–Para que se consume tu transformación. Dado que has decidido, Dios, en los cielos, ha decretado: hágase.

El jefe de milicianos se levantó definitivamente del suelo con una risa propia de un demente.

La ancianita se dirigió hacia la puerta de salida, musitando entre dientes:

–Hágase, para ellos... y para ti.

Curiosamente, pudimos salir sin que el comisario lo impidiera. En ese momento, todos sus pensamientos se concentraban en su dolor. Se tocaba el hombro preguntándose si se habría roto el hueso. En medio de esa dolorosa comprobación, no nos quiso prestar ya más atención. Deliberadamente nos ignoró. Era su último desprecio hacia nosotros. Salimos. Sólo escuchamos a lo lejos como él se decía a sí mismo:

–Malditos locos. ¿Por qué habré prestado atención a esos chiflados?

Llegando al final del camino

QUE SEAN EXCLUIDOS DEL LIBRO DE LA VIDA
Y QUE NO SEAN ANOTADOS CON LOS RECTOS.

Salmo 69, 28



3 de agosto

En mitad del campo, mientras amanecía, hicimos un rato de oración. Sentados en un olivar, con los ojos cerrados. Después de comer yo un poco de pan de mi hatillo y media docena de higos secos, me levanté para ponernos de nuevo en camino. Al llegar a la carretera, la ancianita me dijo:

–Ahora te tengo que dejar.

La miré fijamente sorprendido.

–Pero si ahora te necesito más que nunca –le supliqué.

–Estaré a tu lado, aunque no me veas.

La vi decidida. Pero insistí en que no me dejara. Me besó en la frente como haría una abuela con su nieto, me sonrió, pero calló. En ese momento, supe que no tenía nada que hacer. Había que aceptar la situación.

–Al menos mi escrito se salvará.

–Sí, se salvará. ¿Has puesto tu nombre en él?

Entonces me acordé que en ningún momento había consignado en esas hojas mi apellido. Repasé mentalmente a ver si había escrito mi nombre de pila en algún lugar. Pero me di cuenta de que tampoco. Se lo dije a ella y añadí:

–Pero sí que hay un momento en que menciono mi situación de expulsión del sacerdocio. En el futuro podrán mirar los archivos y ver quién era el sacerdote secularizado en esa ciudad en 1935.

–Los dos únicos archivos eclesiásticos en los que apareces, no se salvarán.

Después, la ancianita comenzó a alejarse, despidiéndose con la mano.

–Por favor, no te vayas. Te necesito.

La viejecita dio dos pasos hacia mí, tomó mis manos, las besó y dijo solemnemente:

–Dichoso el sacerdote en cuyas manos se encarna el Hijo de Dios lo mismo que en el seno de María.

Y de nuevo se alejó de mí, despidiéndose con la mano.

–Por favor, no.

–La vida es una prueba –me recordó para tranquilizarme–. Acuérdate de tantos que han tenido que beber el cáliz del sufrimiento a solas. Tú has sido más afortunado. Adiós, adiós.

Y tomó la dirección opuesta a la de Barcelona. Yo no me moví de mi sitio hasta que la perdí de vista.



Me puse a andar con una sensación de orfandad como no había experimentado nunca desde que salí desde Alcalá. El afán

de salvar los escritos había sido un fuerte acicate para luchar. Pero ahora me sentía como el que ya todo lo tenía hecho. Anduve tres horas con gran presencia de Dios en mi corazón, con largos descansos que dedicaba también para orar.

A la entrada de Creixell me encontré con otra patrulla de vigilancia. Como me enteré después, perteneciente al Comité Central de Milicias Antifascistas. El pasar tantas veces por sus registros y preguntas me había hecho afrontar con total tranquilidad este tipo de situaciones. La miliciana que estaba al frente de ese grupo de tres me quitó de un manotazo la boina. Como siempre, quería ver si tenía la tonsura.

No la encontró, pero percibí que no se quedó tranquila. Que el manotazo se debía a haber percibido algo. Es curioso, había individuos verdaderamente satánicos que habían desarrollado un sexto sentido para excavar en la masa humana para desenterrar las trufas de curas y monjas.

A la joven miliciana, no le entraba en la cabeza que yo hubiera salido a pie desde Alcalá y llegara hasta allí sin ningún vehículo ni salvoconducto ni razón convincente. Para ella era evidente que estaba huyendo de algo. Las primeras preguntas indagaban la posibilidad de que yo fuera un falangista o algo así. Después fue ganando terreno la sospecha de que yo fuera un franciscano o cosa similar, según le oí comentar.

De esta manera me dijo:

–Mira, camarada, sólo tienes que repetir las siguientes palabras: Yo juro por Dios que no soy sacerdote.

Dudé un momento. Estaba reducido al estado laical, pero seguía siendo sacerdote. Aun así miré si, en conciencia, podía jurar algo parecido, alguna fórmula distinta, sin negar la verdad. No podía mentir por salvar mi vida.

Pero en los momentos en que tardé en pensar estas cosas, el compañero miliciano reconoció:

–Pues tenías razón, Pepa, duda. Es un cura.

–Ya lo sabía yo.

Intenté decir algo. Pero era tarde. Había dudado demasiado tiempo y era evidente que no había podido afirmar un “no” rotundo e inmediato. Me sentí descubierto. No dije nada, ya no tenía sentido. La miliciana, tras una sonrisa de triunfo a sus compañeros, se limitó a agarrarme por la hombrera de la camisa y a decirme:

–Sígueme, parásito que vamos a rezar un poco.

Me sorprendió la confianza que esa mujer joven tenía en ella misma. Llevaba a un hombre más alto que ella, probablemente más fuerte. El fusil lo llevaba colgado al hombro. Si me hubiera vuelto contra ella de improviso, sin duda no lo hubiera podido utilizar. Estábamos a la entrada de Creixell, podría haberme tratado de escabullir por las viñas que rodeaban las afueras del pueblo.

Pero me sentía derrotado interiormente. No me apetecía ponerme a correr a mis más de cincuenta años, con mis pies heridos por la diabetes. Estaba agotado para resistir una caza del cura por las viñas y olivares de los alrededores. Algo en mi interior me hacía sentir lo vano que hubiera sido el intento de luchar por mi vida.

Menos mal, porque, en un momento dado, miré hacia atrás y me di cuenta de que, por casualidad, por el mismo camino, venían detrás de nosotros dos soldados jóvenes, sin fusiles, pero repletos de fuerza. Me alegré. Así sabía con seguridad que era inútil la

idea de huir, y no me sentía culpable por dejarme guiar por aquella jovencita de veinte años.

Fui metido en la dependencia del pueblo que había sido habilitada como cárcel. Una bodega pequeña sin ventanas, bajo tierra, en la casa del más rico del pueblo. El dueño había sido el primero en probar el sabor de la revolución, el plomizo sabor de las balas. La bodega, ya vacía, mantenía el fuerte olor de los toneles de vino que ya no estaban allí. La puerta la habían reforzado y estaba cerrada por fuera, era imposible escapar. Había una especie de pequeña claraboya redonda en el centro del techo, por donde entraba la luz del bien soleado piso superior. Había poca luz, pero se estaba fresco.

Tuve tiempo para pensar. Allí tuve mi último momento de tentación. ¿Y si todas mis visiones habían sido producto de mi subconsciente? ¿Y si la expulsión del estado clerical me había desequilibrado?

—No, aléjate de mí, Satanás.

Sí, no estaba solo en esa bodega. Una serpiente invisible pululaba por los rincones de ese lugar oscuro y húmedo.

—Señor, creo —repetí.

Hubo un momento en que me entró una gran angustia. Después me fui calmando progresivamente.

—Señor, creo.

Era agosto, había sudado mucho y no había bebido en las últimas cinco horas. Tenía mucha sed. Recé el rosario en silencio. El tiempo allí era otra cosa. Era como un foso atemporal en el que ni un segundo se movía. El tiempo se había paralizado. Creo que pasaron un par de horas, cuando cinco sindicalistas vinieron a hacerme algunas preguntas. No había ninguna escapatoria.

–Soy contable –respondí a la primera pregunta para intentar escapar. Todo ser humano intenta escapar. Es como una ley impresa en el instinto humano.

–Sí, sí, muy bien, muy bien. Júranos por Dios que no eres sacerdote, fraile o monje y que nunca lo has sido.

Por supuesto guardé silencio. Ése fue el interrogatorio más breve de aquel comité. Salieron sin necesidad de hacerme más preguntas.

Sólo la joven miliciana se quedó a interrogarme con su estilo de matón, mientras los otros salieron al vestíbulo a deliberar:

–¿En qué ciudad eras cura? ¿A qué te dedicabas? ¿Eres obispo? ¿Por qué no tienes tonsura? ¿Guardas algo de valor escondido en alguna parte?

Fui respondiendo sumisamente. Siempre he obedecido a la autoridad.

–¿Podrías darme un poco de agua?

–Dime si has enterrado algo de valor cerca del pueblo y te daré de beber.

Seguí respondiendo a sus preguntas. Un rato después me atreví a repetir mi petición de un poco de agua. La chica se molestó y me soltó un sonoro bofetón. Los otros se asomaron y se rieron. Cuando el interrogatorio acabó, se fue y no trajo agua. La puerta se cerró para no abrirse hasta las diez de la noche.

Me ataron las manos con una cuerda gruesa y áspera. Percibí con toda claridad la fuerza con que me las amarraron. Sentí el alma poco tranquila en el que lo hizo.

–¿Podría beber un poco de agua?

Me dijeron que enseguida, sin darme de beber. Por las calles desiertas y silenciosas, me condujeron a la tapia del cementerio. Eran los mismos hombres del comité los que se estaban encargando de esa tarea nocturna para construir una sociedad nueva.

Me pusieron de cara a la pared. Pero vino uno más viejo y me puso con una sonrisa de maldad de cara hacia ellos. Qué lejos estaba de saber lo indiferente que aquel gesto me resultaba. Me llamó la atención que hicieran entre ellos varios chistes de aquella situación. Tuve tiempo de escuchar la descarga de tres disparos antes de perder la consciencia y derrumbarme.

Había estado rezando todo el tiempo. Llamando a Jesús y María. Pero justamente el último pensamiento que tuve antes de sentir el dolor que me hizo caer inconsciente fue el de que no me importaba tanto el morir, que por fin iba a descansar. Había llegado a ese momento en que no se ve la muerte como una tragedia. Habían sido necesarios todos y cada uno de esos cincuenta y seis años de vida para mirar con cierta satisfacción a ese grupo de inconscientes que me apuntaban con sus fusiles.



www.fortea.ws



José Antonio Fortea Cucurull, nacido en Barbastro, España, en 1968, es sacerdote y teólogo especializado en el campo relativo al demonio, el exorcismo, la posesión y el infierno.



En 1991 finalizó sus estudios de Teología para el sacerdocio en la Universidad de Navarra. En 1998 se licenció en la especialidad de Historia de la Iglesia en la Facultad de Teología de Comillas. Ese año defendió la tesis de licenciatura *El exorcismo en la época actual*. En 2015 se doctoró en el Ateneo Regina Apostolorum de Roma con la tesis *Problemas teológicos de la práctica del exorcismo*.



Pertenece al presbiterio de la diócesis de Alcalá de Henares (España). Ha escrito distintos títulos sobre el tema del demonio, pero su obra abarca otros campos de la Teología. Sus libros han sido publicados en ocho lenguas.



www.fortea.ws